

Tipos de mi tierra

Miguel Pereyra de Armas



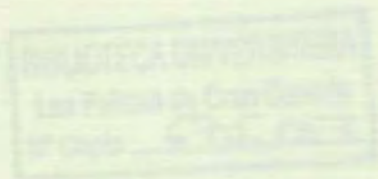
LA BIBLIOTECA OLVIDADA

TIPOS DE MI TIERRA

Comunicación de un tipo
por
Miguel F. P. de A. de A.

Impreso
en la imprenta de

Imprenta de



LA BIBLIOTECA OLVIDADA

TIPOS DE TIENRA



TIPOS DE MI TIERRA

Estudios del natural

por

MIGUEL PEREYRA DE ARMAS

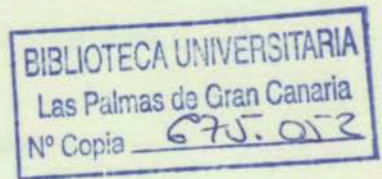


Prólogo

Antonio Zerolo

Estudio

José R. Betancort Mesa



Lanzarote, 2002

TIPOS DE MI TIERRA

Escuela de Agronomía
Instituto Tecnológico de Costa Rica

San José, Costa Rica

1998

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Las Tablas, Costa Rica
No. 1000 - 1000

1998

Agradecimientos

Museo Canario • Biblioteca de la Sociedad Democracia de Arrecife
• Rafael Cabrera Díaz • Francisca María Perera Betancort •
M^a Carmen García Pereyra • Fernando Capdevilla Galés

I. INTRODUCCIÓN

1. *Dejura de Armas y su tiempo*

- 1.A. Algunos aspectos biográficos sobre Miguel Perera de Armas 11
1.B. Consideraciones socio-literarias en torno al "Cuento
de Lucheros"

2. *Dejura de Armas y las letras canarias*

- 2.A. Notas sobre la prensa regionalista escrita en Canarias a finales
del S.XIX

- 2.B. *Dejura de Armas: Del Regionalismo al Nacionalismo literario*

3. *Letras de *Tipos de mi tierra**

- 3.A. Los "diez años de soltería" de *Tipos de mi tierra*

- 3.B. Para una historia de *Tipos de mi tierra*

Conclusiones

Notas

II. *TIPOS DE MI TIERRA* (Resumen del No. 1)

El libro *Tipos de mi tierra* de Miguel Perera de Armas, publicado por R. S. Betancort en 1972, es el primer volumen de la colección de la editorial "Cuento de Lucheros". Este libro, que forma parte de la colección "Cuento de Lucheros", es el primer volumen de la colección "Cuento de Lucheros".

© de los textos: Miguel Pereyra de Armas

© introducción: José R. Betancort Mesa

© de la edición: Cabildo de Lanzarote

Servicio de Publicaciones: Félix Hormiga, Eva de León y M^a José Alonso

Diseño: Juanje Luzardo (CDIS, Cabildo de Lanzarote)

ISBN: 84-95938-01-4

Depósito legal: GC: 1.056/2002

Imprime: Litografía Valverde (Irún)

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN

1. Pereyra de Armas y su tiempo	
1.A. Algunos aspectos biográficos sobre Miguel Pereyra de Armas	13
1.B. Consideraciones socio-literarias en torno al "Grupo de Lanzarote"	22
2. Pereyra de Armas y las letras canarias	
2.A. Notas sobre la prosa regionalista escrita en Canarias a finales del S.XIX	27
2.B. Pereyra de Armas: Del Regionalismo al Naturalismo literario	32
3. Lectura de <i>Tipos de mi tierra</i>	
3.A. Los "cien años de soledad" de <i>Tipos de mi tierra</i>	39
3.B. Para una lectura de <i>Tipos de mi tierra</i>	55
Conclusiones	75
Notas	76
II. <i>TIPOS DE MI TIERRA</i> (Estudios del Natural)	85

INTRODUCCION



1. PEREYRA DE ARMAS Y SU TIEMPO

1.A. ALGUNOS ASPECTOS BIOGRÁFICOS SOBRE MIGUEL PEREYRA DE ARMAS

Según consta en el Archivo Parroquial de la Iglesia de San Ginés de Arrecife, **Miguel José Pereyra de Armas** nació en el **Puerto del Arrecife (Lanzarote-Islas Canarias)** el **11 de enero de 1841** y fue bautizado el día 17 del mismo mes en la mencionada Iglesia. Sus padres fueron **Fernando Pereyra de Castro y Grijalba**, natural del Puerto de La Orotava (Tenerife) y **Josefa de Armas Cabrera**, natural de Arrecife de Lanzarote. Sus abuelos paternos eran Rafael Pereyra y M^a Ana de los Dolores Grijalba (ambos de Tenerife) y los maternos José de Armas y Bárbara Cabrera (los dos de Lanzarote). Recibió las aguas bautismales del primer párroco que tuvo la Iglesia de San Ginés, Francisco Acosta Espinosa, y actuó como padrino de la criatura José Marcial Garcés, que en ese momento es coadjutor de la Parroquia.

El *Nobiliario de Canarias* del lanzaroteño **Fco. Fernández de Bethencourt**, editado por J. Régulo Pérez en 1954, recoge que la familia *Pereyra de Armas* tuvo *cuatro hijos*: **Joaquina M^a de los Dolores**, **Miguel José**, **José Fernando** y **M^a Ana Toribia de los Dolores** (1).

Fernando Pereyra, padre del escritor lanzaroteño, era un hacendado tinerfeño que se había trasladado al Puerto del Arrecife en la década de los años veinte del siglo XIX al calor del comercio de la barrilla, al igual que otros muchos isleños. Este aporte poblacional de comerciantes procedentes de las otras islas, de la Península y de algunas nacionalidades europeas se fundirá rápidamente con la población local y conformará una sincrética y rica burguesía de perfil foráneo y emprendedor vinculada socialmente a la oligarquía política y a las transacciones comerciales de los productos agrícolas de la isla.

El profesor **Agustín Millares Cantero**, en su estudio *Arrecife, el puerto de la barrilla*, al hablar sobre los diferentes aportes poblacionales que iban configurando la nueva ciudad, hace referencia al padre del escritor que nos ocupa cuando dice: “La afluencia de elementos de otras islas, ya considerada mediante la incompleta relación de Álvarez Rixo de 1810, continuó en lo sucesivo, reportando al fin otra considerable inyección para la burguesía portuaria. Los tinerfeños prosiguen en primer plano (...) Fernando Pereyra y Domingo Martínón llegaron a principios de los veinte. El primero, especulador de barrilla y hacendado, contó con inmuebles en Arrecife, Tías, Yaiza, Teguiise...” (2).

Tomando como referencia cronológica la fecha que aporta Millares, varios años después, en 1830, tiene lugar el casamiento del tinerfeño afincado en Lanzarote, Fernando Pereyra, con la lanzaroteña Josefa de Armas. Posteriormente, según consta en un documento de Venta, en el año de 1832 Fernando Pereyra compra a un tal Pedro Reyes una casa en la Calle Real de Arrecife que lindaba con la de Guillermo Topham y la de José Domínguez Aldana (3). En esta casa residirá la familia Pereyra de Armas y posiblemente en ella nacerán sus descendientes. En la actualidad se conserva dicho inmueble en el cual, después de varias remodelaciones, se encuentra un local comercial y otro recreativo. La vivienda se conserva en aparente buen estado y presenta las características arquitectónicas del tipo de casa burguesa arrecifeña del siglo XIX, de dos plantas, con patio interior balconado y estructurada fachada con ventanas, puertas y rematada con una elegante cornisa de piedra; lo cual la emparenta con las edificaciones urbanas decimonónicas de Gran Canaria, Tenerife y La Palma. La casa se haya situada en la mencionada calle Real, número 35, y durante mucho tiempo ha sido conocida popularmente por ser el hogar de doña Bienvenida de Páiz y don José Pereyra Galviatti, sus últimos moradores.

La cuantiosa herencia que deja a su muerte el matrimonio Pereyra de Armas (Fernando Pereyra fallece el 15 de noviembre de 1867 y Josefa de Armas el 10 de julio de 1881) no sólo abarcaba bienes patrimoniales en el Puerto del Arrecife y en varias zonas de la isla, sino que también comprendía importantes propiedades en Tenerife (las cuales hereda el escritor objeto de este estudio) y en Fuerteventura (4).

Hay que señalar también que la familia materna de Miguel Pereyra, los Armas Cabrera, eran ricos hacendados estrechamente vinculados a la oligarquía de terratenientes y burgueses de la isla. Su madre, Josefa de Armas Cabrera, era hija de José de Armas Cabrera y de la rica hacendada Bárbara M. Cabrera Bethencourt. Téngase en cuenta que la madre del escritor lanzaroteño, Josefa de Armas, era nieta de Domingo Ambrosio de Armas-Scorcio y Bethencourt, Gobernador Militar de la isla, el cual está estrechamente relacionado con el conocido inmueble Casa Armas-Arroyo, vivienda que todavía se conserva en la Avenida Coll de Arre-

cife, frente al Puente de las Bolas. Resta decir, que la mencionada abuela de Miguel Pereyra, Bárbara Cabrera Bethencourt, era ya viuda de José de Armas cuando nace el escritor.

Como dato histórico, el profesor **Millares Cantero**, en el estudio antes señalado, sitúa a Bárbara Cabrera entre los principales propietarios urbanos de Arrecife en 1841 con "6 casas, 1 sitio y 6 cuartos", según el Padrón de Habitantes de ese año. Asimismo, Millares Cantero dice posteriormente, hablando del servicio doméstico en algunas casas burguesas, lo siguiente: "Bárbara Cabrera, que vive con su hija Carlota en el núm. 1 de la calle de la Marina, cuenta con cinco empleados de uno y otro sexo." (5).

De la infancia de Miguel Pereyra de Armas muy poco sabemos, si exceptuamos las pinceladas que el mismo escritor dibuja en la Introducción de *Tipos de mi tierra*, cuando habla de sus primeros años en el Charco de San Ginés y en los alrededores de Arrecife, una ciudad atlántica donde "llegaban entonces, y sólo de tarde en tarde, los ecos perdidos de la civilización europea" (6).

Según se constata en la semblanza que se publica a su muerte en el periódico santacrucero *El Tiempo* (6 de abril de 1908), Pereyra, siendo todavía joven, sintió gran vocación por el mundo de las representaciones teatrales, al igual que los hermanos Luis y Agustín Millares Cubas. Veamos cómo lo resume el mencionado diario:

"En su juventud sintió vocación grandísima por la escena, y en cuadros de aficionados lució sus estimables facultades de actor. Después, siempre sus consejos y sus observaciones sobre el arte teatral fueron aceptados y seguidos".

Su vinculación directa con la oligarquía burguesa local lo situó, desde su nacimiento, dentro de los círculos sociales de Arrecife donde se discutían, se fraguaban y se tomaban las decisiones políticas y administrativas vinculadas a la isla, en el seno de las tertulias que se daban cita en las sociedades recreativas o en reuniones secretas. Fue entre sus miembros y en estos círculos donde germinaban, por aquel entonces, las ideas progresistas y liberales que alentaba el Nuevo Régimen y que pronto recogerá como suyas el joven Pereyra de Armas. Así lo reconoce el mismo en un artículo titulado "Adios al siglo", publicado en el periódico *La Atlántida*, el 1 de enero de 1901, en Las Palmas cuando, hablando de su trayectoria vital e ideológica durante el siglo XIX, dice:

"Hijo del siglo y nacido en sus comedios, auras de democracia y libertad refrescaron mi corazón juvenil e infiltraron en mi ser ideas y sentimientos que en él alientan hoy, a pesar de las influencias del medio, de los accidentes de mi exis-

tencia y de la pesadumbre de los años, tan frescos y lozanos como en el momento en que germinaron. Más y más cada día han arraigado en mí los ideales de la juventud; y mi fe en el triunfo de la democracia y de la libertad en España permanece inquebrantable...”.

Por ello, no deberá sorprendernos encontrar a Pereyra de Armas junto a otros inquietos jóvenes arrecifeños de su tiempo, vinculado y atento a la política insular y regional del momento desde posicionamientos progresistas y liberales. Así se constata, por ejemplo, a través del periódico republicano santacrucero *El Progreso de Canarias*, donde en el nº 119, del 21 de junio de 1869, aparece publicada la siguiente crónica política:

“El partido republicano de Arrecife en Lanzarote ha nombrado su comité, que lo componen los ciudadanos D. José Bethencourt, Presidente; Santiago Pineda, Vicepresidente; Eduardo Coll, Felipe Recio, Domingo Negrín, José M^a Díaz, Lorenzo Cabrera, Segundo Martinón, Miguel Pereira, Ginés Cerdá, Ildefonso Fernández, vocales; y Carlos Schwartz y Domingo Vázquez, Secretarios. Felicítamos cordialmente a nuestros correligionarios de Arrecife”.

Un año después, en 1870, a la edad de 29 años, Miguel Pereyra de Armas contraerá matrimonio en la Iglesia de San Ginés de Arrecife con la joven María del Carmen Gil y García, natural de Montevideo. El matrimonio tendrá *tres hijos*: Fernando, Domingo y Rafael Emilio José. Todos nacen en Arrecife entre 1871 y 1876. Hay que mencionar que el primogénito, Fernando, muere siendo todavía un niño.

En la semblanza que el diario santacrucero *El Tiempo* publica a su muerte el 6 de abril de 1908, se señala que Pereyra de Armas estuvo también vinculado al ejército, actividad que, al parecer, terminó abandonando. Así lo matiza el mencionado diario tinerfeño:

“Pertenció al Ejército como oficial de Estado Mayor: sus compañeros de armas son hoy generales, pero Pereyra abandonó la carrera porque su carácter independiente se rebelaba contra las imposiciones de la disciplina”.

Antes de acabar la década de los setenta del siglo XIX encontramos a Miguel Pereyra de Armas ya trasladado y residiendo en Santa Cruz de Tenerife. Allí ejercerá diversas tareas profesionales y socio-culturales hasta su muerte. Pereyra sólo abandonará Tenerife durante los veranos para trasladarse a Lanzarote, según se desprende de un artículo que dedica Miguel Sarmiento al escritor lanzaroteño, publicado en Las Palmas de GC. en el periódico *España*, el 20 de septiembre de

1897, y que lleva por título “Un hombre y un libro”, de donde recogemos el siguiente fragmento:

“Pereyra es un talento, un orador de palabra fácil, un recitador de ritmo elegante y espontáneo. Y por encima de todo; un gran patriota. En agosto, anualmente, abandona a Tenerife, deja sus ocupaciones y olvida a sus amigos. Viene a Lanzarote, al terruño amado, al rincón del nido dichoso de la infancia perdida, cuya luz y calor busca el hombre a la hora crepuscular de la existencia, en el ocaso último”.

Entre las tareas profesionales a las que se dedicará durante toda su estancia en Tenerife destacan la docente, la literaria y la actividad periodística. Como profesor, se sabe que en Santa Cruz de Tenerife impartió diferentes materias (entre ellas matemáticas o lengua francesa, idioma que conocía bien y que lo llevó a traducir algunos textos de escritores galos de la época). Así lo podemos constatar a través de un anuncio publicado en el periódico liberal *El Progreso* de Santa Cruz, en el nº 17, del 22 de agosto de 1880, donde Pereyra de Armas se anuncia como Director de una Academia de Enseñanzas. El mencionado anuncio reza así:

'Academia Preparatoria para Carreras Especiales'

Director:

Miguel Pereyra de Armas

Esta academia, que cuenta ya con tres años de experiencia, abrirá de nuevo sus clases el 15 del próximo octubre, y en ella podrán adquirir los jóvenes, que a ellas se dedican, todos los conocimientos necesarios para el examen de ingreso en las Escuelas respectivas. Su Director dará lecciones de francés a domicilio, así como también de español a los extranjeros que posean aquel idioma:

Para más información, dirigirse a D. Rafael Calzadilla, Castillo, 14.

Años más tarde, en 1887, es nombrado Depositario del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, según la semblanza que de él hace **Sebastián Padrón Acosta** en el libro *Retablo Canario. Siglos XIX y XX* (7). Cargo que debió compaginar con las tareas docentes. Pereyra llegó a ser Catedrático de Matemáticas de la Escuela de Náutica de Tenerife, centro donde ocupó también el cargo de Director, según la mencionada semblanza.

Otro capítulo importante, y no menos interesante, de Pereyra de Armas es su dispersa producción periodística en la prensa canaria, labor esta todavía por inventariar y estudiar. Así lo reconoce el mismo escritor en dos artículos periodísticos.

Uno en el semanario *La Palestra*, titulado “El libro en Canarias” y publicado el 25 de junio de 1899 en Santa Cruz de Tenerife y otro titulado “Colaborando” y publicado en el N^o 1 del Periódico *Siglo XX* de La Laguna, el 13 de enero de 1900. En ambos Pereyra, como otros muchos intelectuales y escritores de su época, se queja de la ingratitud de sus compatriotas hacia su labor cultural en la prensa isleña. Veamos lo que dice primero en 1899 y posteriormente en 1900: “(...) Muchos, muchísimos frutos de mi pobre ingenio he dado a la prensa, y perdidos y diseminados en periódicos y revistas andan por esos mundos, sin que hayan tal vez servido para maldita la cosa”.

“Muy cerca de veinte y cinco años hace que vengo practicando lo mismo en casi todos los periódicos y revistas publicadas durante ese largo lapso en esta Ciudad. Viviendo vida prestada y de favor la prensa de esta provincia, jamás negué un artículo a quien me lo pidió, con o sin títulos para ello. Agradecíronmelo algunos; otros me pagaron en la moneda más usual y corriente entre los humanos: en moneda de ingratitud. A los primeros les estoy obligado; nada tengo que perdonar a los segundos, pues nada me deben, según ellos. Y puesto que todos, ingratos y agradecidos, me distinguieron, solicitando mi concurso, y contribuyeron a que mi nombre saliese de la obscuridad y flotase en las páginas del periodismo y de la literatura canaria, asociado al de muchas personalidades que les han dado brillo y fama, a todos debo estar reconocido”.

Su magisterio como periodista y escritor regional lo llevan a formar parte de algunos Certámenes Literarios como, por ejemplo, uno celebrado en 1900 en La Laguna donde fue Jurado con otros escritores y periodistas como José Tabares Bartlett, Manuel Maffiote, Santiago Beyro y Manuel de Ossuna. Así lo recoge el artículo “Nuevo Certamen Literario” de A.J. Cabrera Díaz en la Revista Literaria *La Unión* en su N^o 14, del Año I, publicada el 01 del junio de 1900. En dicha publicación aparecen las siguientes palabras de alabanzas hacia la labor como crítico literario de Pereyra de Armas:

“...Y puesto que hablamos del Jurado, he aquí, salvo mejor opinión, los señores que conceptuó elegibles para que constituyan el proyectado Certamen: D. MIGUEL PEREYRA DE ARMAS, persona de profundos conocimientos literarios, de inflexible lógica, crítico que ocuparía preferente lugar entre los críticos españoles si no hubiera nacido y no viviera dentro de estos peñascos, donde el saber tiene que dejar paso a la agucia, al caciquismo, a la politiquilla”.

También es admirado y respetado como conferenciante. **Sebastián Acosta** en su estudio *Retablo Canario* nos muestra a Pereyra de Armas como conocido y valorado orador entre los círculos sociales e intelectuales de su época. Así lo expone cuando dice:

“Tomó parte en torneos literarios en ‘El Gabinete Instructivo’, donde lee en 1881 un discurso sobre Calderón de la Barca. Elías Zerolo elogió esta pieza oratoria diciendo que era un discurso ‘rico en imágenes, valiente de entonación y buen decir’. En este mismo año pronunció otro discurso en el Teatro de Santa Cruz en un acto que allí tuvo lugar en homenaje de Miguel de Cervantes”(8).

Hay que recordar aquí también que Pereyra de Armas participó en veladas literarias y actos culturales celebrados en su ciudad natal. Así, durante las Fiestas de San Ginés de Arrecife, en agosto del año 1897, año en que se publica *Tipos de mi tierra*, una crónica periodística publicada en el número 97 del periódico grancañario *La Patria*, del 7 de septiembre de 1897, relata la participación de Pereyra de Armas en una velada literaria, celebrada en la noche del 26 de agosto en Arrecife de Lanzarote:

“(…) Pero el número del Programa que alcanzó éxito más completo fue la velada literario-musical en el Teatro la noche del 26. Al lucimiento de ese acto contribuyó mucho la estancia aquí de D. Miguel Pereyra, notable escritor que se prestó gustoso a presidirlo y darle mayor realce con su palabra y sus escritos (...) La (parte) literaria la desempeñaron D. Santiago Pineda, autor de unas décimas a *España*, D. José Tresguerras de un soneto *Materialismo*, leído por el Sr. Pereyra, y un discurso sobre el principio de la realidad en el arte (...) Al final, el Sr. Pereyra (...) leyó el prólogo de un libro suyo *Tipos de mi tierra*, próximo a ponerse en venta”.

También colaboró **Pereyra de Armas** como mentor literario en prólogos a escritores amigos de la época. Destacar los prólogos al libro *Palotes y Perfiles* de su paisano **Isaac Viera y Viera** (9) o al texto poético de su amigo **José Nieto y Rodríguez** que lleva por título *Lágrimas* (10).

Otra faceta a la que **Pereyra de Armas** se dedicó, gracias a sus conocimientos en la lengua francesa, fue a la traducción al español de textos literarios y de ensayos de algunos intelectuales y escritores galos. Dichas traducciones se editaron en la *Revista de Canarias*, publicación que dirigía en Santa Cruz de Tenerife otro lanzaroteño ilustre, **Elías Zerolo Herrera**. En ella encontramos los siguientes textos: *Una historia extraordinaria*, de **André de Taverney** (Año I, Nº 10, 23 abril de 1879), *Origen y fin de los mundos*, de **Camilo Flammarion** (Año I, Nº 13, 8 de junio de 1879; Nº 14, 23 de junio de 1879 y Nº 15, 8 de julio de 1879).

También le atribuimos a Miguel Pereyra (dado que dichos textos no están firmados con su nombre, sino con las siglas P o M.P.), las siguientes traducciones aparecidas en la *Revista de Canarias*: *Una feliz aventura*, de **Eugenio Guinot** (Año

II, Nº 27, 8 de enero de 1880) y la novela *Los dos Jorges*, de Mme. Roger de Beauvoir (Año III, Nº 62, 23 de junio de 1881; Nº 63, 8 de julio de 1881; Nº 64, 23 de julio de 1881; Nº 65, 8 de agosto de 1881; Nº 66, 23 de agosto de 1881; Nº 67, 8 de septiembre de 1881; Nº 68, 23 de septiembre de 1881; Nº 69, 8 de octubre de 1881 y Nº 70, 23 de octubre de 1881).

Con respecto a su producción literaria, tenemos por una parte su obra narrativa *Tipos de mi tierra*, publicada en 1897, y un ensayo sobre el teatro que lleva por título *Un cuarto a espadas*, editada por José Nieto en 1899 (11).

En líneas generales, podemos decir que *Tipos de mi tierra* puede enmarcarse dentro de la prosa regionalista escrita en Canarias a finales del S.XIX. Hay en sus páginas un interesante dibujo de personajes que hace que Pereyra se diferencie, en buena medida, del tono melancólico y decadente de muchas de las narraciones del resto de los escritores canarios de su época. Así, a través de sus diez "cuadros del natural" el escritor de Arrecife se nos presenta como un maestro del retrato psicológico de un grupo humano de su pequeña ciudad natal. Allí aparecen desde el retrato nostálgico hasta el caricaturesco, pasando por el naturalista y, en ciertos momentos, hasta por el escatológico. Consigue Pereyra, en definitiva, mostrarnos una peculiar galería de personajes de la burguesía local, contextualizada en un Arrecife convertido en un microcosmos insular dentro la geografía literaria.

De *Un cuarto a espadas* hemos decir que se trata de un revelador análisis crítico sobre sus consideraciones en torno a la escena teatral vista en Tenerife, a propósito de las representaciones de una compañía dramática dirigida por un tal Enrique Sánchez de León durante la temporada de 1899. Pereyra de Armas da sobradas muestras de sus conocimientos sobre el arte dramático en general y del interpretativo, en particular; frente al escaso conocimiento y la falta de juicio analítico del público canario hacia el mundo de la música y de la escena.

El periódico el *Cronista de Arrecife*, en su edición del 4 de mayo de 1899, recoge lo siguiente:

«Hemos tenido el gusto de leer un folleto elegantemente impreso titulado "Un cuarto a espadas" que contiene un notable artículo, escrito por la correcta pluma de nuestro paisano el distinguido periodista D. Miguel Pereyra de Armas, dedicado a la Compañía Dramática del Sr. Sánchez de León. Dicho folleto lo vende en este Puerto al precio de cincuenta céntimos el Sr. Enrique Sáenz Doñoso (...) En la Expedentería de efectos timbrados se halla a la venta la obra *Tipos de mi tierra* por D. Miguel Pereira de Armas».

Días más tardes, en el número 10 (Año I) del periódico *Las Efemérides*, publicado el 13 de mayo de 1899 en Las Palmas de GC., también se hace eco de la publicación de «Un cuarto a espadas» y dice lo siguiente:

«Un cuarto a espadas». Nuestros lectores tienen conocimiento ya de la publicación de un folleto con este título, original del distinguido escritor lanzaroteño, D. Miguel Pereyra de Armas, y nosotros nos adelantamos a publicar algunos de los párrafos más salientes, en los que consigna su ideal tan valientemente y con tanta verdad, el notable crítico de teatros, con la autoridad que le dan sus estudios especiales y su buen gusto innato».

Finalmente el **3 de abril de 1908 Miguel Pereyra de Armas** muere en **Santa Cruz de Tenerife** en su domicilio de la calle San José.

El periódico santacrucero *Diario de Tenerife* publicó el 4 de abril de 1908 la siguiente noticia:

“D.E.P. Víctima de antiguos padecimientos, exacerbados en estos últimos días, falleció anoche en esta Capital nuestro antiguo amigo y compañero don Miguel Pereira de Armas, gran cultivador de las letras y distinguido crítico de Arte, con cuyos brillantes escritos se honró muchas veces en distintas épocas el diario de Tenerife”.

Dos días después, el 6 de abril de 1908, el periódico *El Tiempo* publica la siguiente semblanza del escritor lanzaroteño y que en algunos fragmentos hemos comentado:

“PEREYRA DE ARMAS. Después de grandes padecimientos y a avanzada edad ha fallecido en esta capital el distinguido escritor D. Miguel Pereyra de Armas. Las letras canarias, que él cultivara y abrigara, están de duelo, porque Pereyra, con su aticismo brillante y su exquisita cultura, llenó los espacios de las Hespérides de notas y armonías, de colores y de luz... Volviendo la vista al pasado, recordamos los días en que comenzamos a deletrear el ritmo sonoro de la nuestra lengua castellana y pensamos que, junto con otras vigorosas inteligencias, Miguel Pereyra marcó el compás a nuestra palabra balbuciente y dio acento singular y propio a nuestras rimas isleñas. Pereyra se distinguió sobre todo como periodista de polémica, mordaz e intencionado, y como crítico, correcto en la forma, conceptuoso y justo. Su labor literaria se halla desperdigada en la prensa canaria: fue fundador y sostenedor de numerosas publicaciones y pocas de las actuales no se honraron con su colaboración siempre solicitada. Como obra de empeño, deja *Tipos de mi tierra*, colección de escenas naturalistas que fue muy discutida por su

naturalismo, pero cuya forma literaria obtuvo los aplausos unánimes de la crítica. En su juventud sintió vocación grandísima por la escena, y en cuadros de aficionados lució sus estimables facultades de actor. Después siempre sus consejos y sus observaciones sobre el arte teatral fueron aceptados y seguidos. Perteneció al Ejército como oficial de Estado Mayor; sus compañeros de Armas son hoy generales, pero Pereyra abandonó la carrera porque su carácter independiente se rebelaba contra las imposiciones de la disciplina. Al morir era profesor de Matemáticas — ciencia que cultivó con renombre— de la Escuela de Náutica, de la que además fue Director”.

1.B. CONSIDERACIONES SOCIO-LITERARIAS EN TORNO AL “GRUPO DE LANZAROTE”

En un artículo periodístico, ya mencionado antes, que Pereyra de Armas tituló “Colaborando” y que publicó en el número 1 del Periódico *Siglo XX* de La Laguna, el 13 de enero de 1900, el escritor lanzaroteño afirmaba que hacía algo más de veinticinco años que venía *colaborando* con el periodismo canario. Si tenemos en cuenta que fallece en 1908, nos resulta que su producción escrita (tanto periodística como literaria), se podría establecer entre 1875 y 1908.

Esto nos lleva a pensar que, cronológicamente hablando, a Miguel Pereyra de Armas pudiéramos incluirlo dentro de las coordenadas socio-históricas de la cultura y de las letras canarias de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Y dentro de este marco referencial en el que se desarrollan las letras insulares, podríamos, a su vez, incluirlo dentro de lo que se podría denominar el “grupo” de intelectuales, escritores y políticos lanzaroteños que desarrollaron una fructífera e interesante labor socio-literaria en las islas, y fuera de ellas, entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX.

Como hemos apuntado, en este período podríamos hablar tanto de escritores y colaboradores de la prensa regional y nacional, como de intelectuales y destacados políticos vinculados, directa o indirectamente, con Lanzarote como **Benito Pérez Armas**, **José Betancort Cabrera** (**Ángel Guerra**), los hermanos **Zerolo Herrera**, **Antonio M^a Manrique Saavedra**, **Francisco Fernández de Bethencourt**, **Isaac Viera y Viera**, **Leandro Fajardo Cabrera** o el propio **Miguel Pereyra de Armas**. A su vez, esta nómina de ilustres lanzaroteños forma parte inequívoca del resto del grupo de isleños vinculados al mundo de las letras y del pensamiento canario de esta época, donde destacarían **José Tabares Bartlett**, **Guillermo y Patricio Perera**, **Domingo J. Manrique**, **Rafael Martín Fdz. Neda**, **Diego Crosa**, **Nicolás Estévanez**, **José de Franchy Roca**, **Rafael Mesa y López**, **Francisco González Díaz**, **Santiago Beyro**, **Arturo Sarmiento**, **Antonio Goya**, **Adolfo Febles** y

Mora, Luis y Agustín Millares Cubas, etc...Y, por supuesto, la figura del gran canario **Benito Pérez Galdós**.

A poco que se indague en la prensa regional canaria de la época descubrimos que, pese a que las islas atraviesan una inestable y penosa situación social y económica (en especial las islas de Lanzarote y Fuerteventura), las letras insulares en este final de siglo experimentan un saludable y dinámico momento de expansión dentro de lo que se ha venido denominando el "regionalismo literario" que, quizás esté preparando el clima literario y artístico, hasta cierto punto, que propicie y anuncien otros despertares mucho más importantes para el mundo del Arte y de la Cultura en Canarias como serán el Modernismo y las Vanguardias Históricas de Canarias.

Antes de caer en la tentadora idea de esquematizar o agrupar a estos escritores e intelectuales canarios bajo cualquier denominación grupal o cultural similar, convendría ubicarlos en el marco socio-histórico en el que suscriben su pensamiento y su producción escrita.

Una atenta mirada a los componentes de este "grupo de Lanzarote" nos lleva a situarlos, en su mayoría, dentro de la nueva burguesía isleña. Como sabemos, esta nueva burguesía es protagonista, desde finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, de una progresiva y decidida transformación socio-cultural y económica de los diferentes aspectos de la vida en la isla debido, entre otras razones, a sus actividades mercantiles y portuarias, a su especial concepción de la vida cotidiana, a sus nuevos horizontes socio-económicos, culturales y educativos y a su oligárquico universo de relaciones socio-humanas que dinamizan dentro y fuera del núcleo urbano de las ciudades portuarias, como es el caso de Arrecife de Lanzarote.

Esta nueva clase social que se consolida en las capitales y puertos canarios al calor de las transacciones y actividades del comercio portuario de determinados productos agrícolas será la que origine un proceso de transformaciones socio-culturales y económicas que, desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, se van sucediendo. En ese sentido, Arrecife de Lanzarote, cuna del escritor Pereyra de Armas, pudiera ser considerada como prototipo o modelo de ciudad portuaria de las islas orientales que se desarrolla con la llegada e impulso de la nueva y heterogénea burguesía comercial a lo largo del siglo XIX.

Agustín Millares Cantero nos muestra el siguiente análisis de burguesía a lo largo del siglo XIX que dinamiza el impulso y crecimiento de esta ciudad atlántica:

"La burguesía de Arrecife desarrolla un conjunto de prácticas económicas integradas alrededor del tráfico comercial, basado fundamentalmente en la barrilla.

Por norma, el comercio es el que permite una acumulación de capitales después invertidos en la pesca o el transporte naval, en la adquisición de bienes muebles y raíces, en la construcción de bodegas, aljibes o molinos y en la mejora de las explotaciones rústicas. Como sucederá en Puerto de Cabras más tarde, la actividad mercantil impulsa al emporio marítimo y facilita el acceso de nuevas oleadas burguesas —con un preciso componente endógamo tras los iniciales impulsos—, atrayendo gentes del extranjero, de otras islas y del interior (...) Son en particular comerciantes, pues, los burgueses del Arrecife. Comerciantes que exportan barrilla, vinos y orchilla al extranjero o que suministran esos y otros productos a las casas de La Orotava, Las Palmas y Santa Cruz, de las que muchos fueron representantes.” (12).

Por tanto, en torno a esta localidad insular se consolida a lo largo del siglo XIX una burguesía comercial emergente que convierte al Puerto en una pequeña ciudad controlada por una minoritaria burguesía comercial, agrícola y naviera. El auge de esta actividad comercial y las crisis subsiguientes en la exportación de los diferentes productos agrícolas (barrilla, cochinilla...), con todas sus limitaciones y consecuencias, no impidieron que Arrecife se convirtiera en la capital económica y que acabara arrebatando a Teguise, a lo largo del siglo XIX, la capitalidad político-administrativa de la isla.

Otro aspecto a considerar, y que está estrechamente vinculado con la burguesía portuaria y comercial que viene a dinamizar el nuevo estado económico, social y cultural, es un conjunto de hechos y de situaciones que comienza a evidenciarse y a dinamizarse desde que los diferentes aportes humanos empiezan a conformar el nuevo núcleo poblacional del Puerto y se desarrolla el tejido de las relaciones sociales y humanas.

El profesor **Manuel Hernández González** analiza este cambio social y las transformaciones culturales que vive Arrecife a lo largo del siglo XIX de la siguiente manera:

“Junto a su hegemonía política y social, la burguesía arrecifeña dejó su impronta también en la vida cotidiana de la isla, impregnando con su sello particular su concepción del mundo y de la vida a través del espacio existencial en el que se desarrolló. La aparición de sociedades recreativas como el Casino o la Democracia, el desarrollo de logias masónicas, la cada vez mayor laicización de la sociedad, la penetración y rápida adopción de costumbres foráneas, la considerable atracción que ejerció en la burguesía lo que ella consideraba racionalismo, la generalización de una mentalidad previsora y mercantil y el destierro o marginación de los hábitos considerados como supersticiosos son actitudes y actuaciones

estrechamente ligadas a su visión de la sociedad que conducen a transformaciones culturales notables con respecto a épocas anteriores. La burguesía lanzaroteña dibuja en Arrecife su espacio vital y su proyección social a través de un entorno claramente delimitado en el que desarrolla su existencia (...). En ese espacio, previamente definido por las admisiones y las cuotas y, por tanto, limitado en su participación a las clases más acomodadas de similar rango social. Planean los matrimonios de sus hijos, juegan, bailan, leen la prensa, charlan sobre temas variados y asisten a representaciones teatrales y musicales que se desarrollan en sus locales, todos con su papel social: hombres y mujeres, niños y adultos previamente, asumido conforme a los roles establecidos; crean, en definitiva, un espacio diferenciado en el que dan expansión a sus anhelos y necesidades de comunicación y a su concepción de la vida" (13).

Resumiendo lo expuesto, podemos decir que, a lo largo del siglo XIX, se crea un espacio social y cultural donde la burguesía comercial de Arrecife desarrolla su existencia y visión de la vida, siempre condicionada por las crisis periódicas y por las penurias de sus posibilidades económicas. A esto, débesele sumar que su hegemonía social y política estuvo también marcada por los cambios y contradicciones que el propio sistema político fue gestando a lo largo del siglo XIX y que tuvo su culminación en la Restauración Borbónica. Por ello, su ideología liberal y positivista se vio también marcada por estas limitaciones sociales, políticas y económicas, junto a la oposición de la mentalidad conservadora de la Iglesia.

En este escenario surge en Lanzarote, entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX, un nutrido y heterogéneo grupo de intelectuales, escritores, políticos y profesionales liberales que están estrechamente vinculados a esta burguesía comercial del Puerto del Arrecife. Estos jóvenes lanzaroteños se forman al calor de unas claras ideas ilustradas de progreso y razón, los ampara la filosofía mercantilista del nuevo Régimen Liberal que impone la emergente burguesía canaria, son testigos del nacimiento y consolidación de restrictivas asociaciones recreativas, participan muchos de ellos de una actitud anticlerical que se respira en la prensa local y adoptan como suyas la incorporación de modernos hábitos, costumbres y maneras de pensar de otras latitudes.

Todo ello contribuye a que se vaya gestando y conformando progresivamente, por una parte, una atmósfera liberal y progresista, defendida por este grupo de intelectuales, escritores y profesionales liberales de Arrecife, frente a una paulatina vuelta a posturas religiosas más conservadoras de la Iglesia, que, sintiéndose herida por la pérdida de su poder socio-económico tras la desamortización de sus bienes y la supresión de órdenes religiosas, busca la atracción de los fieles con un

catolicismo devocional y milagrero. Hecho constado en la visita misional del Padre San Antonio Claret a Lanzarote en el año 1849.

Hay que tener en cuenta que en el desarrollo de esta mentalidad progresista de los jóvenes burgueses de Arrecife y de toda Canarias jugó un papel importante el desarrollo de las imprentas y la proliferación de la prensa en las islas, con lo que se contribuyó de manera decisiva al impulso de la producción literaria y la difusión del pensamiento contemporáneo y de las nuevas doctrinas sociales y políticas. Podemos decir que en las últimas décadas del siglo XIX la palabra escrita había adquirido en Canarias un protagonismo y poder sin precedente en nuestra Historia.

Muchos de nuestros escritores e intelectuales lanzaroteños y del resto de las islas, conscientes de este poder, intentaron convertir su obra de ficción, paralelamente a sus colaboraciones en la prensa regional, en un llamamiento pedagógico a la reforma progresista. Tanto la Prensa como la Literatura parecían estar, en ocasiones, amparadas y dirigidas a un contexto o finalidad externa que proporcionaba a la ficción un revestimiento social e ideológico.

Hasta la fecha, la falta de un estudio crítico del pensamiento y de las manifestaciones literarias en la prensa insular nos impide arrojar más luz al decisivo papel que ha jugado el periodismo en el desarrollo y difusión de las letras canarias a lo largo de los siglos XIX y XX.

2. PEREYRA DE ARMAS Y LAS LETRAS CANARIAS

2.A. NOTAS SOBRE LA PROSA REGIONALISTA ESCRITA EN CANARIAS A FINALES DEL S. XIX

La obra de Miguel Pereyra de Armas, como la de otros escritores canarios de su tiempo, se sitúa en términos literarios estrictamente cronológicos en el mismo momento histórico en que se desarrolla el Realismo literario en el ámbito hispánico y cuando comienzan a soplar los renovadores ecos del Modernismo.

Ahora bien, a poco que se indague en la literatura escrita en prosa a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX en Canarias, se acabará concluyendo que las letras insulares de este período se caracterizan por la permanencia del signo romántico entre sus páginas.

En principio, las razones de este desfase cronológico de nuestra literatura, en palabras de **Rosa María Alonso** (14), se justifican por razones o condicionamientos extra-literarios, como son el consabido aislamiento geográfico que sufrían las islas y la lentitud de las comunicaciones. Esto propiciaba que los acentos románticos permanecieran y pervivieran en nuestras manifestaciones literarias, cuando una renovada prosa realista revolucionaba las letras hispánicas.

Efectivamente, pese a que en el último tercio del siglo XIX en el panorama cultural hispánico triunfa el Realismo, por esas mismas fechas, los escritores canarios andan reconduciendo su vocación literaria por la vía de una estética "tardorromántica" tanto desde una perspectiva estilística como cronológica.

Andrés Sánchez Robayna, en su estudio "Arte y Cultura (Siglos XIX y XX)", afirma que los escritores finiseculares canarios no sólo "no consiguieron realizar propiamente una escritura poética, sino que tampoco lograron establecer una

visión de la historia canaria que fuera más allá de la pura exaltación conmemorativa o de la visión ingenuamente idealizadora” (15).

Así, si exceptuamos al grancanario Benito Pérez Galdós como figura indiscutible del Realismo literario hispánico, tenemos que los representantes de las letras insulares de esa época (los hermanos **Millares Cubas**, **Benito Pérez Armas**, **Ángel Guerra**, los hermanos **Zerolo**, **Tabares Bartillet** o el propio **Pereyra de Armas**), entre otros, se enmarcan dentro de una prosa regionalista canaria, emparentada con otras manifestaciones literarias del mundo hispánico dentro de la misma estética, tanto por su apego al costumbrismo romántico como a sus atisbos realistas en las páginas de algunos de sus representantes.

A esto, débesele unir el hecho de que las letras canarias de este momento histórico evidencian en sus voces la constitución de una incipiente expresión de conciencia regional, ya preconizada a principios de la centuria decimonónica con los poetas de la **Escuela Regionalista de La Laguna**, pero que no tendrá su fruto a través de un lenguaje poético genuino y diferente al de otras literaturas regionales, salvo en la localización insular de sus escenarios poéticos, ni tampoco dará escritores relevantes dentro del ámbito nacional.

Sin embargo, este hecho de la asunción de la canariedad merece ser tenido en cuenta. Primeramente habría que recordar que a través de los textos de estos escritores insulares se respira una evidente preocupación por intentar conformar una voz literaria propia con que “apalabrar” su memoria y sus señas de identidad ante la idea de la pérdida y del olvido. Y es esta aspiración estética la que desea tomar cuerpo en sus textos y adquirir protagonismo como rasgo diferenciador de su voz literaria. Hay una necesidad vital y literaria de afianzar una forma estilística que dé personalidad poética a sus voces, mediante la evocación nostálgica de una memoria rescatada a través de los recuerdos de lo ya desaparecido o de lo que está a punto de ser olvidado. A través de sus artículos en prensa y en algunos prólogos de estos escritores, aparece una constante preocupación por desarrollar un programa literario que, como parte de un ejercicio poético, permita recrear y testimoniar unas islas como espacio ficcional idealizado a través de la recomposición de postales de tiempos pretéritos, a los que se mira con añoranza y nostalgia. Esta aspiración parece que tuvo intenciones de tomar cuerpo. Así, parece desprenderse en un artículo de Pereyra de Armas que lleva por título «El Libro de Canarias» en el que el escritor lanzaroteño da cuenta de un proyecto literario inconcluso proyectado por varios intelectuales y escritores de la época en el que se iba a recoger buena parte del ideario y del programa estético de los regionalistas canarios. Creemos que hay que entender estas consideraciones literarias más cercanas a la idea de un continuismo estilístico vinculado a un “tardorromanticismo finisecu-

lar", que al preludio de las páginas de los escritores modernistas de esa misma época que, en su afán de crear un nuevo lenguaje poético, vagan por escenarios a los que se "escapan" o "evaden", embargados por la exaltación nostálgica de tiempos pretéritos y asombrados por el exotismo de lugares y países lejanos. Evidentemente, ambas manifestaciones literarias (los regionalistas canarios y los escritores modernistas) no son comparables. Mientras que la nostalgia del pasado histórico en los escritores modernistas del mundo hispánico posibilita la creación de un lenguaje poético renovado y vigoroso, los escritores regionalistas de estas islas hacen de la nostalgia del pasado y de la memoria isleña un recurso literario que guarda estrechas relaciones con aspectos de la prosa realista, donde todavía sueñan los modos estéticos del romanticismo a través de los trazos costumbristas que llenan sus páginas. Y es ahí donde se ahogan todas las posibilidades potenciales del costumbrismo local, quedándose la asunción del tema insular sólo en una aspiración legítima, que no termina por conformar un lenguaje literario nuevo. En ese sentido, el "Prólogo" que firma el escritor lanzaroteño **Antonio Zero** en *Tipos de mi tierra* de **Pereyra de Armas** puede presentarse como una declaración de principios de lo que hemos venido exponiendo. Zero lo hace todo un alegato sobre la justificada posibilidad de la incorporación de esta insularidad al texto literario. Nótese en las líneas que siguen del mencionado "Prólogo" de Zero, como éste justifica a Lanzarote como *locus amoenus* desde esta estética de la que venimos hablando:

"(...) El Sr. Pereyra, que en esta tarea ha mostrado la ternura de su corazón de patriota y los primores de su ingenio de escritor, no ha querido buscar por ahora asuntos fuera de nuestro horizonte; comprendiendo muy bien, que donde quiera halla materia laborable un buen artista. Para un alma del temple de la suya, no podía pasar inadvertido el pristino encanto, la original belleza, la dulce placidez que dan el alejamiento y la soledad, la incomparable naturaleza de nuestra isla que, en cierto sentido, pudiera llamarse la Venecia del archipiélago. Próxima al África, con la que tiene más semejanza que las demás; con un suelo pródigo en ricos frutos, que allí hasta la arena es fecunda; surcada por torrentes de lava que acusan grandes conflagraciones cósmicas; con montañas que parecen fraguas de Vulcano, y que se apellidan *del fuego*, con árboles y plantas que crecen lozanos y pomposos, formando masas de verdura sobre la abrasada superficie, verdaderos oasis que rompen la monótona perspectiva del desierto; con un mar sin olas y sin espumas, dormido como un lago y transparente como un cristal; con un ambiente tibio de primavera donde se perciben el aroma de todas las zonas y el excitante olor de los mariscos que se crían abundantes y sabrosos, como en ninguna parte, en sus costas; con la variedad de aspectos y puntos de vistas que mantienen viva la curiosidad en el viajero; con los extraños nombres de sus lugares que recuerdan los del continente vecino; con la novedad que ofrece y las sorpresas

que aguarda, Lanzarote será siempre objeto de predilección, no sólo para sus hijos, sino para todos los que sepan sentir la poesía de las cosas" (16).

Por lo tanto, buena parte del análisis de las letras canarias del regionalismo literario de finales del siglo XIX nos revela la existencia de elementos heredados del costumbrismo romántico, pero marcados con una incipiente convivencia con otros rasgos literarios más propios de la narrativa realista. Y es esto lo que va a diferenciar este regionalismo canario de las expresiones literarias del costumbrismo romántico. Ahora bien, todavía el escritor regionalista canario, al igual que el costumbrista romántico, busca crear, más que captar, una realidad no considerada en ella misma como una entidad individual, sino más bien como una abstracción global de las formas de vida, de los hombres y del paisaje de las islas. En líneas generales, la aparición de los "tipos" y de las "escenas" costumbristas en la literatura canaria de finales del siglo XIX no deberá resultarnos extraña como procedimiento que todavía no analiza en profundidad el estudio psicológico de los personajes, sino que muestra, en muchos casos, los elementos básicos que sólo los tipifica o esboza bajo esquemas o patrones tan concurridos como la figura del indiano, la del cacique, la de la noble alma campesina, la del señorito burgués, etc... dentro de la geografía insular, que evocan un espacio bucólico y utópico como la rica campiña grancanaria de los **Millares Cubas** o el frondoso valle orotavense de **Pérez Armas**, donde tímidamente se dibujan los problemas sociales y económicos que vive Canarias.

Y es eso, precisamente, lo que se le ha achacado a la prosa regionalista escrita en las islas durante este período. Hablamos no sólo de no haber podido dotar de un lenguaje poético propio a la expresión literaria de los temas insulares, sino también al hecho de haberse centrado en rasgos superficiales y huecos que más que analizar, sólo idealizaban en exceso el paisaje canario y apenas penetraban en el análisis de la naturaleza humana, frente a los esfuerzos técnicos, psicológicos e ideológicos que experimentaba la prosa realista y naturalista de la época; y que, por otra parte, servía como testimonio excepcional de las transformaciones y cambios sociales, económicos, culturales y políticos de la sociedad española en su viaje hacia la sociedad urbana y moderna del siglo XX.

No obstante, también es cierto que en esta prosa regionalista escrita en las islas durante este final de siglo XIX y principios del siglo XX encontramos otros elementos literarios que la alejan del cuadro de costumbres romántico y que la acercan más a la prosa realista. En algunos escritores, como los hermanos **Millares Cubas**, encontramos un progresivo abandono de la intención meramente descriptiva de sello regionalista, para ofrecernos una nueva actitud mucho más narrativa donde se introducen historias más o menos complejas. Aunque en sus

páginas aparecen tipos genéricos y las clásicas descripciones de la vida colectiva de determinados grupos sociales, también se intercalan argumentos y pequeñas tramas que pueden ser considerados como elementos más cercanos al género de la novela que al descriptivo cuadro de costumbres romántico.

Otro rasgo a tener en cuenta por la prosa regionalista de este periodo en las islas es que se hace eco de manifestaciones literarias ya experimentadas por el Realismo literario como pueden ser el interés por la observación rigurosa, la reproducción fiel de los diferentes aspectos de la vida cotidiana y las primeras indagaciones en la psique de los personajes, a través de la descripción de algunas de las reacciones y de los diferentes aspectos de la naturaleza humana.

A esto, súmase el hecho de que los escritores canarios comienzan a documentarse sobre el patrimonio histórico, cultural, natural y etnográfico de las islas. Comunes son los estudios sobre cuestiones lingüísticas, históricas, botánicas, geológicas, agrícolas, etc... que aparecen en la prensa local. Los escritores canarios toman buena nota de ello. En sus páginas vemos escenarios históricos, aspectos etnográficos sobre los aborígenes canarios, costumbres locales o aspectos de la impronta de nuestra sociedad y que toman carta de naturaleza como materia literaria. Ello ha ocasionado que buena parte de los textos insulares de este período sea material de extraordinario valor como legado antropológico, en la medida que rescata aspectos de nuestra idiosincrasia relacionados con las hablas insulares, el conjunto de modismos y proverbios populares, supersticiones y leyendas, romances, canciones y coplas de la cultura oral, etc., amén de dar testimonio de noticias históricas de las islas intercaladas en los textos. Quizás ejemplos claros de ello sean **Isaac Viera** y, sobre todo, **Antonio M^a Manrique**, cuya ocupación profesional como notario de Arrecife y de otras localidades canarias le permitió compaginar su trabajo jurídico con su gusto por las letras, la investigación filológica y el análisis histórico de las islas.

Es de destacar también que escritores como **Ángel Guerra**, **Benito Pérez Armas** y **Miguel Pereyra** se van a caracterizar también por investigar sobre aquellos aspectos sociológicos de nuestros paisanos para conseguir, con más exactitud ambiental, recrear en sus textos determinados perfiles psicológicos de sus personajes.

Pese a estos pequeños flashes de la prosa regionalista de estas islas que la hace emparentar tímidamente con las inquietudes narrativas del Realismo, los terrenos literarios preferidos por los que transitan la mayor parte de los escritores que escriben en esta época en Canarias, siguen estando más cercanos a la pintura de costumbres de ambientes rurales y a la descripción de arquetipos sociales como muchas otras manifestaciones literarias del ámbito hispánico.

No deberá extrañarnos entonces que muchas de las páginas de estos escritores exhale un tono hueco y afectado al describirnos, bajo el halo melancólico y nostálgico, los ambientes o el paisaje insular, dejándonos un aire un tanto alcanforado cuando nos recrean los tópicos folkloristas, las imágenes trilladas o las descoloridas y polvorientas descripciones de unas idílicas e irreales Hespérides. Y es aquí donde las letras canarias dejan de tener importancia como expresión literaria y pasan a convertirse en textos sólo interesantes como legado antropológico o etnográfico, como apuntábamos antes.

Sin embargo, paralelamente a este lado sentimental e idealizado de la "patria chica" que se respira en las obras de algunos de nuestros autores locales late un sentir literario digno que lo singulariza y donde se atisban ecos de la mejor prosa regionalista bajo otras perspectivas y concepciones de la estética literaria. Hablamos de las sorprendentes páginas naturalistas de los hermanos **Millares Cubas** y de **Pereyra de Armas**.

2.B. PEREYRA DE ARMAS: DEL REGIONALISMO AL NATURALISMO LITERARIO

Como ya hemos apuntado, a finales del siglo XIX el género narrativo en Canarias tiene a un grupo de escritores que se caracteriza por el cultivo de narraciones, generalmente cortas, con un marcado rasgo regionalista y donde se muestra una imagen y atmósfera de Canarias muy cercana a las descripciones costumbristas del Romanticismo en sus ambientes y personajes; aunque también comienzan a aparecer textos que se acercan al Realismo en tanto que tímidamente empiezan a desarrollar anécdotas de contenido local.

Así, frente a esta vocación regionalista de la prosa escrita en Canarias, surgen otros escritores insulares que, si bien es verdad que se encuentran dentro de este grupo, en sus páginas se vislumbran actitudes y postulados literarios realistas e, incluso, próximos al universo del Naturalismo. Tales son los casos de los hermanos **Millares Cubas** y de **Miguel Pereyra de Armas**.

Sebastián de la Nuez en el prólogo a la *Obra Escogida de Luis y Agustín Millares Cubas* describe el panorama intelectual y literario de finales del siglo XIX español y, en especial, en Canarias, de la siguiente manera:

"A finales del siglo XIX, primero en Francia y luego en España, se van a producir dos corrientes literarias, que tienden a rechazarse: el naturalismo y el simbolismo, representados por Baudelaire y Flaubert por un lado, y Verlaine y Zola por otro; en España es Galdós quien intenta conciliar las dos tendencias en la novela y en el teatro. En Canarias este movimiento intelectual en la cúspide finisecular de la

cultura, toma unas características especiales, en las que se recoge la herencia de unos y de otros: de los que quedan atrás como Galdós, Pereda, la Pardo Bazán, y de los que llegan como Unamuno, Maeztu, entre los españoles, y Flaubert, Zola, Maupassant, Ibsen, Maeterlinck, etc., entre los extranjeros. A partir de 1889, empieza a sentirse ciertos aires de renovación o de actividad intelectual en Canarias, con la publicación de periódicos...” (17).

Efectivamente, para entender mejor el desarrollo de estas manifestaciones literarias del Naturalismo entre los escritores canarios de finales del siglo XIX y principios del siglo XX conviene tener en cuenta aspectos referidos al pensamiento filosófico-científico y a los planteamientos ideológicos y culturales en torno al hombre y la sociedad que laten en la prensa de la época y en las propias páginas de sus obras. Existe una relación inequívoca entre este espíritu renovador filosófico-ideológico que se desarrolla en esta etapa en las islas.

Manuel de Paz y Juana Sánchez, en su estudio *Pensamiento Contemporáneo*, exponen que durante este período de la Historia de las islas se percibe una atmósfera liberal y progresista. Así lo manifiestan:

“Canarias, especialmente abierta a las rutas comerciales, está receptiva a las ideas liberales, a la generalización de una mentalidad progresista y a la penetración y adopción de lecturas y costumbres foráneas, como se ve en la concepción librepensadora que produce el establecimiento y apego de las “Sociedades Económicas”, las tertulias, la proliferación de la prensa, etc... El espíritu liberal de las Islas es una peculiar característica que se hace extensiva hasta en las Islas del Seminario Conciliar de Las Palmas de GC., leyéndose las obras del momento en sus idiomas originales” (18).

Pereyra de Armas es un ejemplo claro de este nuevo talante intelectual que se respira en las letras canarias hacia las nuevas ideas y en la incorporación de las ideas de progreso y renovación en la sociedad, en la política, en la cultura y en las letras escritas en las Islas. En un artículo periodístico suyo titulado *Adiós al siglo*, publicado en *La Atlántida* en enero de 1900, se definía con un talante progresista y liberal con estas palabras:

“Arrebatado en la vorágine del tiempo, húndese en la eternidad de lo pasado el siglo XIX y aparece en la eternidad de lo futuro el siglo XX. Centuria de evolución y transición para la humanidad, el progreso ha triunfado en la obstinada lucha sostenida con el obscurantismo. Las ciencias han ensanchado los límites de sus dominios; la democracia y la libertad han afianzado su imperio sobre sólidas bases, y el más grande, el más arduo y más humano de todos los problemas

sociales, el de la redención del proletariado, avanza, apenas iniciado, hacia su todavía lejana, pero segura solución. El siglo de las luces ha disipado, así en lo moral como en lo intelectual, grandísimos errores; ha roto los moldes antiguos en que las ciencias y las artes se petrificaban y, abriendo nuevos y dilatados horizontes a la actividad incesante del espíritu humano, ha engendrado sus manifestaciones. Hijo del siglo y nacido en sus comedios, auras de democracia y libertad refrescaron mi corazón juvenil e infiltraron en mi ser ideas y sentimientos que en él alientan hoy, a pesar de las influencias del medio, de los accidentes de mi existencia y de la pesadumbre de los años, tan frescos y lozanos como el momento en que germinaron. Más y más cada día han arraigado en mí los ideales de la juventud; y mi fe en el triunfo de la democracia y de la libertad en España permanece inquebrantable, aunque, como al presente, anublen el cielo de la patria, densos tempestuosos nubarrones de reacción clerical que amenazan destruirla y anonadarla, momificando las conciencias y aherrojando el pensamiento y la palabra". (19).

Un mes más tarde, en otro artículo periodístico publicado en *La Luz*, en el febrero de 1900, bajo el título de *Satisfacción de una deuda*, **Pereyra de Armas** manifiesta, con motivo del Aniversario del período revolucionario del febrero de 1873, lo siguiente:

"(...) Soy republicano de entonces, que dejé de serlo por convencimiento íntimo de la inconveniencia y de la ineficacia de ese régimen gubernativo en el estado actual de la sociedad española; demócrata de corazón y de toda la vida; adorador constante de los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad; libre-pensador empedernido; amante de la humildad y defensor acérrimo de los débiles y oprimidos: Asígeme, repito, sinceramente a la conmemoración del Suceso, cuyo aniversario celebráis, y hago votos fervientes porque, aleccionado el pueblo español en sus recientes reveses y desventuras, con conciencia plena de lo que es y de lo que vale, y guiado en el camino de la regeneración por la luz radiante de la ciencia y del progreso, arribe en plazo más o menos largo al ansiado puerto de una República posible y estable". (20).

A nadie deberá extrañar que **Pereyra de Armas**, como otros escritores e intelectuales del último tercio del siglo XIX, leyeron y conocieron de cerca las ideas de **E. Zola**, basadas en un discurso ideológico sustentado en las teorías deterministas de **H. Taine** (del que toma la idea de la influencia del medio ambiente en el individuo llegándole a anular el libre albedrío), en las ideas del positivismo de **Augusto Comte** y en el pensamiento de **Ch. Darwin** sobre las ideas biológicas como las leyes de la herencia fisiológica, la supervivencia del más apto. Muchos de los escritores de esta época desean seguir a Zola en su intento de trasladar a la

novela el método experimental (*Le roman expérimental*), emulando a **C. Bernard** el cual lo había llevado con éxito en la práctica médica.

En la lectura de *Tipos de mi tierra* pueden rastrearse muchas de estas ideas y permiten no sólo entender que **Pereyra de Armas** es un intelectual canario a la hora del pensamiento filosófico y científico de su época, sino que, de manera activa, se preocupa de ensayar parte de este programa ideológico en su obra. Sólo así, podremos analizar y explicar cómo Pereyra de Armas, partiendo de postulados estilísticos del regionalismo-realista, decide adentrarse en un territorio literario donde laten ecos vinculados al programa ideológico del naturalismo, donde no sólo se alimenta su espíritu, sino también su pluma.

Este salto estilístico que hace evolucionar del regionalismo-realista al naturalismo literario a Pereyra de Armas y a los hermanos Millares Cubas puede rastrearse también fuera del ámbito de las letras canarias. En efecto, no debe sorprendernos este hecho, dado que algo parecido se deduce del análisis de la prosa de **José María Pereda**. A poco que se conozca la obra del escritor santanderino se observa que uno de los aspectos más sobresalientes de sus textos es su magisterio dentro del costumbrismo literario, aspecto estilístico que se combina sincréticamente con las descripciones más sórdidas de la vida de los marineros de las costas cántabras. Pese a que el escritor no se consideraba naturalista, admitía que sus materiales eran idénticos a los usados por los escritores naturalistas de su época. En este punto, **Walter Pattison** en su estudio *Etapas del naturalismo en España* señala para el escritor santanderino unas consideraciones sobre la evolución de la sordidez de su prosa que bien pudieran ser extrapoladas a lo que llevamos dicho para los **Millares Cubas** y para **Pereyra**:

“Pereda fue la culminación de nuevas modalidades costumbristas que eran puramente españolas, y que poco a poco habían ido modificando el realismo pintoresco de los escritores románticos y dándole una observación de la realidad directa y escrupulosa hasta convertirlo en algo más sórdido que pintoresco. Para pasar de esta fórmula a la de Zola es necesario añadir determinismo y ensanchar un poco más los límites de los temas tolerables, incluyendo de un modo particular, escenas de inmoralidad sexual” (21).

Siguiendo las acertadas palabras de Walter Pattison, el paso del Regionalismo al Naturalismo en la obra de **Pereda** puede ser extrapolable también a **Pereyra de Armas**. No cabe la menor duda que la lectura de *Tipos de mi tierra* nos descubre a un escritor regionalista que no duda en modificar y ampliar su programa literario hacia otros aspectos de la realidad social más cruda y sórdida donde ensaya y experimenta a indagar en la psique de los personajes que dibuja y

aplica el ideario de la filosofía determinista al analizar el contexto vital de los individuos que retrata. Visto así, la prosa narrativa de Pereyra aporta a la literatura regionalista-realista escrita en Canarias en esta época una visión particular que la hace interesante al lector moderno y que hace acercar su obra a la hora literaria del resto del mundo hispánico. En este sentido, un elemento diferenciador que se vislumbra en la obra de Pereyra, y que lo aproxima a los postulados del Naturalismo ideológico, es su vinculación a los postulados de Comte cuando manifiesta que hay que describir a través de un procedimiento inductivo las condiciones de las que dependen los individuos y su entorno para poder fijar así las leyes que rigen su desarrollo. El escritor de Arrecife en *Tipos de mi tierra* manifiesta lo siguiente:

«(...) Entre los tipos de este libro no encontrará el lector ni uno sólo que sea fruto del ingenio del que escribe; ni uno sólo creación de sus facultades imaginativas. Todos son tomados del natural: copias hechas con la mano apoyada en el tiento de la experiencia y de los desengaños, manejando el pincel de los recuerdos impregnado en los colores matizados de las ilusiones y esperanzas de una edad feliz». (pp.35-36)

Tomemos como ejemplo algunas palabras de Pereyra de Armas cuando intenta acercarnos al personaje de uno de sus «Cuadros del Natural»:

«(...) Constituía esta mujer un curiosísimo caso patológico digno de las disquisiciones de un Lombroso. Merecedora de estudio atento y de observación minuciosa, hubiese sido la neurosis que de aquel organismo se había enseñorado y en él dictaba leyes como soberana absoluta, determinando manifestaciones del histerismo más caracterizado. Clarita fue un ente fisiológico, hijo de este siglo histórico: un espíritu influido por la educación descuidada de la mujer en los comienzos del mismo, en que la instrucción en el orden moral y religioso era mezquina y mal dirigida, y en los demás superficial y casi nula. Concurrieron a agravar en ella este desequilibrio psicológico, circunstancias especiales de su existencia en la niñez, que influyendo en su desarrollo físico, intelectual y moral, fueron tal vez las determinantes de aquel estado morboso» (p.46).

Como vemos la teoría materialista del positivismo es el fundamento clave sobre el que se organiza buena parte del discurso narrativo de **Pereyra**. Para ello, nuestro escritor no dudará en echar mano de la observación atenta y minuciosa y del análisis de los hechos que rodean el entorno social del individuo. **Pereyra**, con deleite de cirujano disecciona, uno a uno, la psique, el alma, el comportamiento y las acciones de los miembros de la galería de personajes que conoció durante su infancia y juventud en el Arrecife de mediados del siglo XIX.

Visto así, *Tipos de mi tierra* se nos presenta como una interesante composición coral de personajes, dibujada como “Cuadros del natural” a base de pinceladas de biografías reales, de agudas introspecciones psicológicas y de no pocas deducciones sociológicas sobre sus conductas y formas de vida. Logra así **Pereyra** que esta galería de individuos de diferentes clases sociales del Arrecife del siglo XIX, pase a convertirse en parte de los arquetipos universales de la literatura escrita bajo el signo de sus pinceladas naturalistas.

El lector ve como a medida que se va adentrando en la lectura de *Tipos de mi tierra*, **Pereyra de Armas** va modificando progresivamente su discurso narrativo, en un intento de hallar un lenguaje propio. Parte de las primeras páginas donde se respira las típicas anécdotas del regionalismo pintoresco para llegar luego a los cuadros donde traza uno de los rasgos más crudos del naturalismo literario escrito en las islas y que, en ocasiones, llegan a ser sórdidos. Sin duda alguna, y exceptuando parte de la obra de **Pérez Galdós** y los cuentos reunidos bajo el título *De la tierra canaria. Escenas y paisajes*, de los hermanos **Millares Cubas**, podemos afirmar que cuando **Pereyra de Armas** publica en 1897 estos *Tipos de mi tierra* se asiste a una manifestación literaria renovadora e interesante dentro del universo de las letras escritas en las islas en aquellos momentos.



El presente documento tiene como finalidad proporcionar información sobre el proceso de digitalización de los documentos de la biblioteca de la Universidad de La Laguna (ULL) y el uso de los recursos digitales generados. El objetivo principal es facilitar el acceso a los documentos de la biblioteca y mejorar la experiencia de los usuarios. Este documento describe el proceso de digitalización, desde la selección de los documentos hasta la publicación de los recursos digitales en el repositorio de la biblioteca. También se describen los recursos digitales generados y cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca. El documento está dividido en tres partes: la primera describe el proceso de digitalización, la segunda describe los recursos digitales generados y la tercera describe cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca.

El presente documento tiene como finalidad proporcionar información sobre el proceso de digitalización de los documentos de la biblioteca de la Universidad de La Laguna (ULL) y el uso de los recursos digitales generados. El objetivo principal es facilitar el acceso a los documentos de la biblioteca y mejorar la experiencia de los usuarios. Este documento describe el proceso de digitalización, desde la selección de los documentos hasta la publicación de los recursos digitales en el repositorio de la biblioteca. También se describen los recursos digitales generados y cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca. El documento está dividido en tres partes: la primera describe el proceso de digitalización, la segunda describe los recursos digitales generados y la tercera describe cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca.

1. Contexto y justificación de la digitalización de los documentos de la biblioteca de la Universidad de La Laguna (ULL). La biblioteca de la ULL es una de las bibliotecas más importantes de Canarias y cuenta con una gran colección de documentos de interés científico, cultural y pedagógico. Sin embargo, gran parte de esta colección está en formato físico y no es accesible de forma digital. La digitalización de los documentos de la biblioteca de la ULL es un proceso necesario para facilitar el acceso a los documentos de la biblioteca y mejorar la experiencia de los usuarios. Este documento describe el proceso de digitalización de los documentos de la biblioteca de la ULL y el uso de los recursos digitales generados. El objetivo principal es facilitar el acceso a los documentos de la biblioteca y mejorar la experiencia de los usuarios. Este documento describe el proceso de digitalización, desde la selección de los documentos hasta la publicación de los recursos digitales en el repositorio de la biblioteca. También se describen los recursos digitales generados y cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca. El documento está dividido en tres partes: la primera describe el proceso de digitalización, la segunda describe los recursos digitales generados y la tercera describe cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca.

Como resultado de este proceso de digitalización se han generado recursos digitales que están disponibles en el repositorio de la biblioteca de la ULL. Estos recursos digitales son accesibles de forma digital y pueden ser consultados desde cualquier lugar y en cualquier momento. Este documento describe los recursos digitales generados y cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca. El documento está dividido en tres partes: la primera describe el proceso de digitalización, la segunda describe los recursos digitales generados y la tercera describe cómo utilizarlos. Este documento es una herramienta de referencia para los usuarios de la biblioteca y para el personal de la biblioteca.

3. LECTURA DE *TIPOS DE MI TIERRA*

3.A. LOS "CIEN AÑOS DE SOLEDAD" DE *TIPOS DE MI TIERRA*

Entre 1897, fecha de la publicación de *Tipos de mi tierra*, y la actualidad distan más de cien años. Y, parafraseando a la famosa novela de **Gabriel García Márquez**, podría decirse que la obra de **Pereyra de Armas** haya sufrido más de «cien años de soledad» inexplicables, a tenor de su injusto olvido en los repertorios, rediciones y acercamientos críticos a las letras insulares del pasado.

Un tanto molesta se nos hace la tarea que venga a justificar la omisión o la exclusión de la producción escrita de **Miguel Pereyra de Armas**, tanto de los repertorios de la historia de las letras de estas islas, como de la política editorial institucional o privada de Canarias a la hora de exhumar los textos de nuestros escritores. No vamos a reivindicar ahora la justificación de otras obras literarias que han corrido mejor suerte que ésta al ser rescatadas, recordadas o mencionadas en los estudios y antologías de nuestro patrimonio documental. No. Sólo argumentaremos que, por encima de insularismos centralistas mal interpretados y de hipocresías institucionales, esta nueva edición de *Tipos de mi tierra* viene a salvar la deuda histórica que permitirá rescatar definitivamente una obra literaria que, hasta la fecha, estaba sumida en el más triste de los olvidos de nuestra memoria escrita. Sirva, pues, esta reedición que apadrina el Cabildo de Lanzarote para lanzar nuevamente a las manos de los, también nuevos, lectores de estas islas una obra que, cien años después, conserva su singularidad y su belleza creativa.

Tipos de mi tierra de **Miguel Pereyra de Armas** tiene más que justificada, a nuestro parecer, esta nueva edición. Y no sólo como parte indiscutible de nuestro patrimonio literario insular, sino también por ser una extraordinaria muestra de nuestras letras; ya que, como hemos venido exponiendo, desde su contextualización histórico-literaria insular, conecta con la estética del Natura-

lismo literario que triunfaba en Europa y en el resto del ámbito hispano a finales del siglo XIX.

Para buscar las razones de este olvido centenario en que ha vivido esta obra de **Pereyra de Armas** podríamos plantear, entre otras razones: la polémica suscitada en la prensa regional por el sesgo anticlerical y naturalista de *Tipos de mi tierra* o el hecho de ser la única «obra de empeño» que dejó publicada Pereyra, frente a la prolifera producción narrativa de otros escritores coetáneos como los Hermanos **Millares**, **Benito Pérez Armas** o **Ángel Guerra**.

De entrada, hay que señalar que la publicación de *Tipos de mi tierra*, en 1897, no pasó, ni mucho menos, inadvertida dentro del tranquilo y provinciano escenario de las letras insulares de aquel final de siglo XIX. Podemos afirmar que pocas publicaciones de escritores canarios de su época suscitaron la crispación en determinados medios periodísticos de esos años en Canarias, como lo hizo esta obra del escritor lanzaroteño. Abordemos, pues, la polémica periodística suscitada al calor de la publicación de *Tipos de mi tierra*, para explicar el olvido dentro de las letras canarias que ha tenido esta obra y la personalidad de Pereyra de Armas.

No deja de ser sintomático que en una de las reseñas biográficas a la muerte de **Pereyra de Armas** (publicada el 6 de abril de 1908 en el periódico santacrucero de *La Opinión*), cuando ya han pasado muchos años de las apasionadas discusiones en la prensa tinerfeña, aún se diga lo siguiente: «...como obra de empeño nos deja *Tipos de mi tierra*, colección de escenas naturalistas que fue muy discutida por su naturalismo...».

En principio, nadie se sorprende ante una manifestación como la anterior, habida cuenta de que de todos es conocido que las obras naturalistas fueron muy «discutidas» y objeto de enfrentamientos airados en su época, dentro y fuera de los círculos literarios. Baste recordar aquí la conocida polémica levantada, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en España en torno a la poética que abanderaba **E. Zola** y su novela experimental. Polémica que hizo correr ríos de tinta sobre los principios estéticos y la moral del ideario de los naturalistas. Sirva como recordatorio la bipolarización de los dos «bandos» o posicionamientos más conocidos como lo son los que se oponían al Naturalismo: **Alarcón**, **Pereda**, **Valera** o **Menéndez Pelayo** y, por otra parte, los partidarios: **Pardo Bazán**, **Galdós** o **Clarín**. Por tanto, no es de extrañar que en las islas se desarrollara, al hilo de dichas disputas, una versión insular de la polémica en torno al Naturalismo.

Un ejemplo, evidente de lo dicho lo encontramos en el periódico *España*, (en su Nº 120, del Año I,) publicado en Las Palmas de GC., el 8 de octubre de 1897,

en un artículo dedicado a la Literatura Canaria y firmado por **Roque del Saucillo (Fray Lesco)**. En dicha reseña dice del Naturalismo lo siguiente:

«Si los autores que por antonomasia se llaman hoy naturalistas se complacen en describir prostitutas, adulterios, y torpezas (que tampoco se concentran en eso sólo), lo hacen más como filósofos que como artistas, por la falsa idea que tienen del hombre, por el determinismo que profesan, por la fuerza incontrolable que la acción humana atribuye al temperamento, a la herencia, al medio ambiente, etc....., por no ver en el hombre sino a una bestia».

En esta línea, la obra de Pereyra fue, desde nuestra cosmovisión regional, el blanco literario elegido donde se ensayara dicha discusión literaria. Ahora bien, lo que ya no resulta tan obvio es encontrar en la prensa local la dimensión que esta polémica literaria suscitó a raíz de la publicación de *Tipos de mi tierra* en 1897 y que fuera llevada a extremos pocas veces vistos en la prensa de las islas. Habrá que reconocer que, más que una discusión estrictamente literaria, en la polémica sobre la publicación de esta obra del escritor lanzaroteño hay otros matices extraliterarios. Pasemos a ello.

Los lanzaroteños **Miguel Pereyra de Armas**, autor del libro, y **Antonio Zerolo Herrera**, prologuista de la obra, sufrieron toda una suerte de críticas y descalificaciones personales en la prensa local, tras ver la luz en La Laguna la obra *Tipos de mi tierra*. Efectivamente, los sectores más intransigentes de la prensa tinerfeña, vinculados a los círculos más conservadores y catolicistas, arremetieron contra Pereyra sin piedad en una campaña de acoso y derribo desproporcionada. Hoy por hoy, podemos afirmar, no sin cierta ironía, que *Tipos de mi tierra* tuvo el «honor» de recibir las críticas más obtusas y ciegas por parte de los representantes más rancios y obsoletos de cierto sector de la sociedad isleña, que le valieron los calificativos de «obra inmoral» o «escándalo pornográfico» a lo largo de una serie de continuados ataques periodísticos.

Todo ello nos lleva a intuir que esta polvareda levantada en contra de **Pereyra de Armas** pudiera esconder otros motivos ajenos al ámbito estrictamente literario y estar más ceñida a algún que otro encontronazo personal, ideológico o político entre el autor lanzaroteño y los responsables de dichos periódicos. Y más concretamente con **Leopoldo Pedreira**, el director del periódico *Aguere* de La Laguna, verdadero promotor y animador de esta polémica contra Miguel Pereyra en su vejez santacrucera.

Todo parece indicar que tras el enfrentamiento literario hay un trasfondo que responde a posiciones políticas. **Pereyra de Armas** es un liberal consumado y férreo

defensor de sus ideales todavía a sus años, frente al posicionamiento conservador de **Leopoldo Pedreira** que, desde La Laguna, se posiciona contrario a los liberales. Como se intuye, éste es otro de los episodios de rivalidad entre liberales y conservadores vividos en las islas y que, en esta ocasión, toma como cortina de humo una obra donde se respiran aires anticlericales y naturalistas.

Para dar luz a la polémica, se ha creído interesante desempolvar algunas de las acusaciones más crudas que durante el otoño de 1897 recibió **Pereyra de Armas** tras ésta publicación.

En el periódico *Aguere* en su número 58, del 1 de septiembre de 1897 encontramos el siguiente artículo:

«Escándalo Pornográfico
Tipos de mi tierra
Obra obscena, inmoral y grosera
por
Miguel Pereyra de Armas

¡Triste deber el del periodista! ¡Dar la voz de alarma contra toda suerte de miserias y bajezas y verse obligado muchas veces a revolver el fango para dar la voz de alerta y advertir a la sociedad la presencia de un foco de infección! Triste deber es, pero hay que cumplirlo: por eso hablamos del repugnante libraco de Pereyra de Armas: no sea que alguien, engañado por la cándida cubierta de este libelo y por el nombre de Antonio Zerolo, que, como catedrático, no debería patrocinar libros indecentes, ponga en manos de la juventud, las escandalosas páginas en que un periodista senil ha vertido las liviandades de una imaginación desordenada y decrepita (...).

El mismo artículo del periódico *Aguere* acaba con las siguientes advertencias:

«1º. Que ningún padre de familia debe permitirlo en su biblioteca; 2º. Que el Sr. Obispo debe prohibirlo; 3º. Que la autoridad académica debe instruir expediente al Profesor Interino que puso el Prólogo, prólogo necio que habla más del prologoista que del libro; 4º. Que el Ayuntamiento de Arrecife debe tomar el solemne acuerdo de no admitir la dedicatoria de una obra que calumnia a los lanzaroteños suponiéndolos de lúbricas costumbres».

El grado más álgido de esta polémica en torno a la publicación de *Tipos de mi tierra* quizás sea la carta que la redacción del periódico *Aguere* publica el 16 de septiembre de 1897 en la primera página del mencionado rotativo y que va dirigida al Arzo-

bispo de Sevilla, donde denuncian a la obra que firma Pereyra y prologa Zerolo. Reproduzcamos aquí un fragmento de esta acalorada y desproporcionada misiva:

«Hay más, eminentísimo, señor, los autores de este atentado contra la moral pública son dos catedráticos: el autor del libro, D. Miguel Pereyra de Armas y el prologuista, D. Antonio Zerolo. El primero, como profesor de Matemáticas de la Escuela de Náutica, dirige sus explicaciones a hombres ya formados y habla en su cátedra de asuntos que tienen escasa relación con las costumbres. Pero no es así D. Antonio Zerolo que enseña literatura a niños de doce años a los cuales recomienda como modelo la obra obscena de Pereyra de Armas, lo cual da a suponer que el Sr. Zerolo recomienda a sus alumnos, en clase, las obras de Zola, de Goncourt, de Flaubert, de Jorge Sanz, de Voltaire y los versos picarescos de Quevedo. Siendo Catedráticos el autor y el prologuista del libro, los maestros de escuela — que en cierto modo de ellos depende— han tomado a su cargo (según de público se dice) repartir esta inmoral obra, que, por otra parte, claro es que ha de cundir entre los alumnos de Náutica y los del Instituto. Es cosa verdaderamente escandalosa que ni el Director de este último establecimiento, ni el Catedrático de Religión del mismo (que es Canónigo Penitenciario de esta Santa Iglesia Catedral) hayan protestado contra una obra que, por su índole, por la condición de los autores, por sus medios de difusión y por dirigirse a un público sencillo y creyente, es realmente perniciosa. Otros profesores como D. Odón de Buen y como D. Anselmo Arenas han sido amonestados y castigados por motivos semejantes a la publicación del libro *Tipos de mi tierra*. Esta obra, verdaderamente incalificable, aunque —por carecer en absoluto de mérito literario— no circule fuera del Archipiélago, es el primer golpe de ariete dado contra la fe canaria, por la desmoralización y la impiedad y dará su nefasto fruto de corrupción y descreimiento, no sólo en las dos diócesis sufragáneas de estas islas, sino en toda la Archidiócesis hispalense por las estrechas relaciones literarias y comerciales que unen a todos los pueblos que están hoy bajo el báculo de San Isidoro. Eminentísimo Señor, como fieles diocesanos vuestros, católicos, apostólicos, romanos, como hijos y discípulos del Divino Maestro, como isleños amantes de la patriarcal pureza de nuestras costumbres, como periodistas católicos, defensores del Dogma y de la Moral, rogamos a Su Eminencia condenar el libro herético y obsceno que, con escándalo de trescientos mil católicos canarios, ha vuelto a ultrajar nuestra Religión y nuestras costumbres».

En la misma edición del periódico lagunero *Aguere* (del 16 de septiembre de 1897), se recoge otra curiosa noticia. Al parecer, la redacción del mencionado periódico anuncia que editará nuevamente el número 58, del que antes reproducimos un fragmento, para difundir su condena a *Tipos de mi tierra* entre los muchos pedidos solicitados. La noticia dice textualmente así:

«CRÓNICA

Advertencia Importante

Siendo muchos los pedidos que hemos recibido del número cincuenta y ocho en que denunciábamos el escandaloso libro *Tipos de mi tierra*, y habiéndose agotado la edición de dicho número; en previsión de que con éste suceda lo mismo hemos acordado:

1º.- Aumentar la tirada

2º.- Vender números sueltos, a 10 céntimos en la imprenta Benítez, en Santa Cruz; y en la Administración del periódico, en La Laguna.

3º.- Conceder el 50 por 100 de comisión a todos los libreros y expendedores que quieran expender este número».

Días más tardes, el periódico *La Voz de Icod*, estrechamente vinculado al *Aguere*, publica un artículo que bajo el encabezamiento de «¿Adelanto o retroceso?», arremete contra el libro de Pereyra de esta manera:

«Nuestra literatura *regional*, a cualquier cosa se llama aquí literatura regional, se ha *enriquecido* con una obra vaciada en los moldes de la escuela *naturalista* de Emilio Zola, de ese estilo literario que han dado en llamar “modernismo” y que es tan viejo como las obras de Tibulo, Marcial, Petronio y demás escritores semi-pornográficos que a lo vivo pintaron las licenciosas costumbres de la Roma de su tiempo (...) Acaso las nobles Afortunadas, la tierra que en estos últimos años ha dado a la literatura nacional ingenios tan cultos como Galdós, Pinto y Estévez, no puede ya producir otros frutos que los del más grosero y sensual realismo literario? ¿O es que, tal vez, se quiera posponer las obras inmortales de aquellas legítimas glorias canarias a engendros tan desdichados como el que ha motivado estos renglones? ¡Risum teneatis!» (24).

Siguiendo con la línea de acusaciones hacia el texto del escritor lanzaroteño, el 24 de septiembre de 1897 el periódico *Aguere* vuelve a arremeter contra Pereyra y su obra con estas palabras:

«Un colega católico de esta isla ha sido indignamente sorprendido por algún amigo o cómplice de los autores del escandaloso libro *Tipos de mi tierra*; afirmando el colega en un suelto, a todas luces oficioso, que el libro sólo contiene algunos párrafos verdosos. No vamos a reproducir ninguno de los cien párrafos obscenos que tiene la obra por no ensuciar nuestro periódico con frases indecorosas (...) Todo esto, aparte de las liviandades del libro, ha sido denunciado en los números 58, 62 y 63 de nuestro periódico, en el artículo de *La Voz de Icod*, titulado «¿Adelanto o retroceso?» y en los escritos que publicaron en *La Opinión*, Perales y Juan de Añaza. En Madrid han producido escándalo publicaciones al

parecer inocentes, como los cuentos de hadas y encantos que publicaba el editor Saturnino Calleja y que fueron condenados por la autoridad eclesiástica que no sólo vela por el Dogma sino también por la Moral. Y en Paris, la Babilonia, la Nínive y la Sodoma modernas ha corrido la sangre por oponerse las autoridades libre-pensadores y republicanas a ciertos bailes y representaciones que dañan las costumbres públicas. Sólo tratándose de una sorpresa indigna, como hacemos constar en el epígrafe de este artículo se concibe que una publicación católica, que ve la luz con censura eclesiástica, trate de paliar ni disculpar un libro que nunca debieran dar luz sus autores ni como cristianos, ni como preceptores de la juventud, ni como buenos isleños, cumplidores de las puras tradiciones costumbre de este Archipiélago. Perdonamos como católicos cristianos los errores del autor y del prologuista del escandaloso libro; pero condenamos la pertinacia, la obstinación y el orgullo de esos mismos autores que no quieren confesar el atentado contra la moral por ellos cometido y hacen creer con su obstinación y rebeldía que los errores del libro no proceden de irreflexión del entendimiento, sino de algo más hondo que tiene su raíz en el corazón y que se impone a la voluntad. La iglesia absuelve el error pero condena la pertinacia. La sociedad va más allá; señala con frase que no repetiremos el hecho de sorprender una publicación para que ésta haga traición a su bandera y se ponga en contradicción con su credo. No queremos ni siquiera nombrar al periódico católico que se ha atrevido a disculpar el libro obsceno, inmoral y grosero de D. Miguel Pereyra de Armas» (25).

Este asunto trascendió tanto que **Pereyra y Zerolo** se convirtieron en carne de cañón para muchos chistes y bromas periodísticas. Nótese como el periódico santacrucero *El Tiempo*, (en su N° 64, del año I, del 24 de septiembre de 1897) hace, al calor de la popularidad de ambos personajes de nuestras letras, una broma tomando los juegos con barquillos que Antonio Zerolo hacía de pequeño en el Charco de San Ginés y a la estética del Naturalismo como la causa de todos los males. Reproducimos el comentario:

«El asunto del día: No es uno sólo. Hay varios. Por de pronto tres escuadras y todavía no han contado con los talentos navieros de Zerolo, que en sus *más tiernos años* hacía bergantines, fragatas y corbetas para la albufera de Arrecife. Y hoy sigue dando *corbetas* épicos naturalistas. Y una pregunta de *El Tío Paco*: ¿Aparecieron ya las piedras de la fuente monumental que existía en la Puerta del Sol? ¿Cuáles piedras, la del Tulipán o las del Pitón? Dígalo *El Tío Paco* e informarán Pereyra y Zerolo».

De nuevo el periódico *Aguere*, el 39 de septiembre de 1897, publica un fragmento del diario *El Herald de las Tijeras* donde se mofa de Pereyra de Armas de la siguiente manera:

«¿Qué más? Por razones políticas, por vengativos móviles, ha habido quien ha denunciado a la autoridad eclesiástica, como atentatorio a la moral, un libro recientemente publicado, y no contento con esto ha ido en queja al Arzobispo de Sevilla, y todavía es probable que se dirija al Nuncio...¿Qué les parece a nuestros lectores Onnet inútil y oliendo a patchuli y Pereyra de Armas perseguido por la política y oliendo a...¿A qué olerá Pereyra? No lo sabemos porque nosotros no queremos meter la nariz donde Pereyra mete...la pluma» (26).

A la luz de estas acusaciones, la prensa de Las Palmas contesta con varios artículos donde se denuncia la mezquina actitud de ciertos periódicos de Tenerife sobre la publicación del libro de **Pereyra de Armas**. Así lo vemos en el *Diario de Las Palmas*, en su edición del 10 de septiembre de 1897 (Nº 1048, Año IV) cuando publica lo siguiente:

«No era suficiente explotar el sentimiento de la patria en esta almoneda de ideas y de afectos, en esta bacanal política, en este can-can periodístico dirigido por La Opinión. Algo faltaba aún: faltaba satisfacer mezquinas pasioncillas, so capa de crítica literaria; convertir los periódicos en pasquines. A esto se presta uno de La Laguna que no necesitamos nombrar. La víctima es el Sr. D. Miguel Pereyra de Armas, autor de un libro reciente. En forma inusitada, brutal, indigna por los móviles que deja entrever, se denuncia su libro como escandalosamente pornográfico. No hay, empero, tal pornografía; hay sí, rasgos naturalistas, bastantes menos atrevidos que los que campean en muchas otras que corren por ahí de mano en mano. Y téngase en cuenta que el mismo periódico, que con tanta dureza censura la producción del Sr. Pereyra de Armas, ha prodigado descomunales bombos a otros libros menos que mediocres, mientras que en *Tipos de mi tierra* echa de menos hasta sentido común. Desconocemos antecedentes y pormenores que esclarezcan el caso; pero desde luego se nos figura que esa crítica sólo tiene el valor de una venganza».

Por otra parte, el periódico *La Patria* de Las Palmas, en su edición del 8 de octubre de 1897 (Nº 1796, Año VII), recoge la indignación de los ciudadanos de Arrecife de Lanzarote ante la desmesurada «guerra» emprendida por el *Aguere* contra su paisano escritor. El artículo dice lo siguiente:

«Los vecinos de Arrecife, sin distinción de clases ni de política, han dirigido un comunicado al *Cronista de Tenerife* protestando de la campaña emprendida por el periódico *Aguere*, de La Laguna, contra la última producción de D. Miguel Pereira, *Tipos de mi tierra*».



También el diario *España*, en su N° 121 (Año I), publicado el 1 de octubre de 1897, en Las Palmas de GC, recoge las protestas de los ciudadanos de Arrecife contra el periódico *Aguere*.

«Se ha publicado una protesta firmada por varios vecinos de Arrecife, contra la campaña emprendida por el periódico *Aguere* de La Laguna contra el literato D. Miguel Pereira, campaña que ya había sido censurada por nuestro estimado colega *La Cruz de Tenerife*»

Como antes se apuntaba, la persona que emprende e impulsa esta campaña en contra de Pereyra de Armas en la prensa tinerfeña es el director del periódico lagunero *Aguere*, **Leopoldo Pedreira**, movido por una singular animadversión hacia Pereyra y que sospechamos esté motivada por algún asunto personal o por su vinculación a ideales políticos de vinculación liberal. Al calor de estas afirmaciones se podrían anotar también estas líneas que se recogen en la prensa gran Canaria en las que se recrimina a **Leopoldo Pedreira** su talante exaltado y su directa vinculación a los ideales conservadores. Así lo recoge el *Diario de Las Palmas*, en su edición del 6 de octubre de 1897 (N° 1069, Año IV) en unas noticias sobre las Elecciones de Octubre de 1897 y de esta manera tan humorística:

«También en La Laguna cayó como una bomba la noticia de la subida de los liberales. Maese Pedreira tuvo un feroz ataque de nervios y se desahogo arrimándole otro palo a Pereyra de Armas y tirándole un mordisco a Zerolo. Al fin lograron calmarlo con palabras suaves, acompañadas de anti-espasmódicos. El calamitoso preceptor se dedica ahora a continuar su geografía».

También en el mismo *Diario de Las Palmas*, en su edición del 14 de octubre de 1897(N° 1075, Año IV) vuelve a sacar a la palestra el caso de Pedreira contra Pereyra a tenor de una réplica que el periódico *La Cruz de Tenerife* le hace al director del *Aguere* cuando publicó aquella carta dirigida al Arzobispo de Sevilla instando la «excomunió» de Pereyra y Zerolo. La noticia dice así:

«Pedreira en Entredicho. El ex-catedrático del Instituto provincial de La Laguna, el inspirador y Director del periódico *Aguere*, publicación que han venido subvencionando los conservadores santacruceros, el ya conocido D. Leopoldo Pedreira, se ha hecho acreedor, por sus irrespetuosos y desdichados escritos que amparan los Sres. Cumella, Martín Peraza y C^a, a las censuras del Illmo. sr. Obispo de aquella Diócesis, blanco de ataques del ex-catedrático referido. A la carta que ayer insertamos de aquel virtuoso Prelado, debemos añadir el siguiente suelto de *La Cruz de Tenerife*: [Otra vez, nuestro colega el *Aguere* ha despuntado de agudo y ha hecho ver sus grandes conocimientos en derecho canónico y pro-

cedimientos eclesiásticos. ¿A quién si no al bobito santurrón (por no decir hipocritón) del *Aguere*, se le ocurre acudir con celo extravagante al Sr. *Arzobispo de Sevilla*, para que condene la obra *Tipos de mi tierra*?...]. Ya lo sabe V., señor Pedreira. Que no revuelva el pueblo donde vive... con hipocresías y falsedades. Esos conservadores deben alejar el lastre peligroso que llevan y no arropar campañas indignas, por más de un concepto».

Todo parece indicar que tanta algarabía y despropósitos contra *Tipos de mi tierra* tuvo que levantar un interés social que, lejos de hacer mella y de provocar el olvido del libro censurado por el *Aguere*, hizo que se generara más curiosidad y expectación por él. Así lo recoge el diario *España*, en su N° 126, (Año I), en su edición del 16 de octubre de 1897, en Las Palmas de GC:

« En el establecimiento de los Sres. Vernetta se ha puesto en venta a disposición del público la hermosa obra *Tipos de mi tierra*, escrita por nuestro paisano el distinguido literato D. Miguel Pereyra de Armas. Esa obra, que no sólo por su mérito literario sino por las polémicas que ha suscitado en la prensa de la provincia será acogida, sin duda, con vivo interés por nuestro público».

Al parecer, Pereyra de Armas no vivió estos incidentes en Tenerife, sino desde Arrecife donde pasaba una temporada de descanso. Como veremos más adelante, a través de un artículo de Miguel C. Sarmiento, el escritor lanzaroteño disfrutaba de varias semanas en Lanzarote todos los años y volvía a Tenerife en octubre. El periódico de Las Palmas de GC, *España*, (en su N° 116, Año I) editado el 4 de octubre de 1897, apunta lo siguiente en los ecos de sociedad:

«De paso para La Laguna se encuentra en esta ciudad el literato canario D. Miguel Pereyra y Armas».

Ahora bien, frente a las airadas protestas y críticas auspiciadas por **Leopoldo Pedreira** y algunos sectores conservadores de Tenerife a través de la prensa contra la aparición de *Tipos de mi tierra*, también se encuentran, como hemos visto, opiniones y críticas que aplaudieron la aparición de esta obra del escritor de Arrecife y su calidad literaria.

Así, *El Diario de Las Palmas*, en su número 1038, del Año IV, publicado el 28 de agosto de 1897, se hacía eco de la edición de *Tipos de mi tierra* con estas palabras de bienvenida.

«UN LIBRO NUEVO. El Sr. D. Miguel Pereyra de Armas acaba de dar a la estampa un pequeño volumen bajo el título de *Tipos de mi tierra*, precedido de

un prólogo que firma el Sr. Zerolo (don Antonio). Contiene dicho libro una colección de narraciones cortas escritas con muy buen estilo, sutiles observaciones y ameno interés que ni un punto decae en el curso de sus 292 páginas, episodios y cuadros de costumbres de marcado sabor local, ensayo feliz de regionalismo literario. Bien venida sea la nueva producción que aumenta el caudal de literatura genuinamente canaria, desmintiendo a los que piensan que no puede el arte encontrar elementos propios y tipos característicos en nuestra tierra. Esta tentativa victoriosa, como otras anteriores, prueba lo contrario».

También el 28 de agosto de 1897, otro periódico editado en Las Palmas de GC, *España* que se autodefine como «Diario Católico Tradicionalista» (en su N^o 85, del Año I) recoge esta edición del escritor lanzaroteño de la siguiente manera, ajeno a la polémica que luego se levantaría. Así lo recibe:

«Con atento B.L.M. del Sr. Miguel Pereira y Armas, hemos recibido un ejemplar, esmeradamente impreso, de la obra que con el título de «Tipos de mi tierra» acaba de publicarse. No pudiendo en nuestro número de hoy, dar a conocer el juicio crítico que la obra nos ha merecido, lo haremos en uno de los próximos números. Damos las gracias al Sr. D. Miguel Pereira por la distinción que le hemos merecido».

El diario de la tarde, *La Patria*, en su N^o 1764, del Año VII publicado en Las Palmas de GC, el 31 de agosto de 1897, también hace una interesante reseña a la obra de Pereyra de Armas. Nótese al final de este artículo, fechado en agosto, como la redacción de este periódico grancanario no sospecha, ni por asomo, la campaña de descrédito que impulsará, días después, el periódico *Aguere* a propósito de dicha publicación:

«TIPOS DE MI TIERRA. Antes de dar cuenta de “Tipos de mi tierra”, obra escrita por el distinguido periodista y literato D. Miguel Pereyra de Armas, precedida de un hermoso prólogo del insigne poeta D. Antonio Zerolo, quisimos hojear sus páginas tras de emitir nuestro modesto juicio, ya que una crítica no fuera posible por carecer nosotros de autoridad para ello. Conocíamos varios trabajos del Sr. Pereira, revelándose de sus extraordinarias facultades, y de ahí que supiéramos había de adornar nuestra producción bellezas y galanuras que hicieron amar su lectura y le conquistaran general aplauso; y nuestras suposiciones confirmó la realidad por reunir “Tipos de mi tierra” cuantos atractivos y requisitos puedan conducir a dar honra y fama, lauros y provecho. Corrección de estilo, naturalidad grande, descripciones sencillas pero fotografiadas magistralmente, imágenes brillantes sin caer en la vulgaridad ni en la pedantería; tales son, en breves frases, los Estudios de “Tipos de mi tierra” fundidos por el Sr. Pereira en su interesante libro. “Clarita”, “El boticario viejo”, “Maestro Colás”, “Pepe Placenta”

y demás “Tipos” exhumados por el Pereira y Armas llaman la atención por su originalidad y especialmente por la maestría con que son expuestos a la curiosidad pública. Son semblanzas de “Tipos” que existieron en pasadas épocas, que tuvieron vida en Arrecife de Lanzarote, pero cuyas figuras y excentricidades realza los luminosos tintes impresos por la fácil pluma y dotes privilegiadas de quien los desenterrara del panteón del olvido: “tipos” que reviven, cobran animación, la luz, el movimiento de sus pasos por la tierra a impulsos de la poderosa voluntad de Pereira, quien, para reproducirlos fielmente ha debido sostener una lucha entre su ingenio y borrosos recuerdos de infantiles edades. “Tipos de mi tierra” ha sido recibido con verdadero entusiasmo por la prensa de la provincia, sin distinción alguna; elocuente demostración de su mérito literario. Los “tipos” por el Sr. Pereira resucitados son acreedores a que el público los conozca y trabaje amistad con ellos».

Una semana después, en una crónica sobre las fiestas de San Ginés, celebradas en agosto de 1897 en Arrecife, el periódico *La Patria*, del 7 de septiembre de 1897 (Nº 97, del Año I), vuelve a hacerse eco de la participación de Pereyra de Armas en una velada literaria donde había leído el prólogo de Antonio Zerolo para su *Tipos de mi tierra*. La noticia, antes también citada, dice así:

«Pero el número del Programa que alcanzó éxito más completo fue la velada literaria-musical en el Teatro la noche del 26. Al lucimiento de ese acto contribuyó mucho la estancia aquí de D. Miguel Pereyra, notable escritor que se prestó gustoso a presidirlo y darle mayor realce con su palabra y sus escritos. Junto al Sr. Pereyra y demás señores que figuraban en el programa de la velada, sentáronse en la mesa presidencial D. Rafael Ramírez, alcalde de Arrecife y el abogado D. José Betancourt. La parte musical, dirigida por D^a. Inés Cerdá, estuvo a cargo de la Sra. D^a Emilia Infante de Sáenz, de la simpática y elegante Srta. Antonia Matalana y del violinista el Sr. Aldana. La literatura la desempeñaron D. Santiago Pineda, autor de unas décimas a España, D. José Tresguerras de un soneto, *Materialismo*, leído por el Sr. Pereyra, y un discurso sobre el principio de la realidad en el arte; y D. Manuel González unas cuartetas tituladas *Contrastes*. El joven don José Luis Betancourt envió por serle a él imposible asistir a la velada, una poesía titulada *Tú y yo*, leída en este acto por el Sr. Tresguerras. Al final, el Sr. Pereyra, después de dar las gracias al público y a los señores antedichos, al uno por su asistencia y a los otros por su cooperación, leyó el prólogo a un libro suyo *Tipos de mi tierra*, próximo a ponerse en venta; obra donde el hombre viejo ha condenado sus recuerdos de niño; memorias de la edad dichosa transcurrida aquí, en Arrecife a orillas de este mar eternamente rumboso...».

Por esta misma época, se publican dos artículos que, ajenos también al escándalo suscitado en Tenerife, alaban la figura de Miguel Pereyra de Armas y su libro

Tipos de mi tierra. Hablamos de las palabras de admiración y alabanza que recibe nuestro escritor de la mano de **Miguel C. Sarmiento** publicadas en dos entregas en el diario *España* de Las Palmas de Gran Canaria, en septiembre de 1897 y que llevan por título «Un hombre y un libro». En ellos, Sarmiento hace una semblanza del escritor lanzaroteño desde la profunda admiración hacia una personalidad canaria y a su obra *Tipos de mi tierra*.

Según una crónica social ya comentada, en agosto de 1897 Pereyra de Armas está en Arrecife. Y si seguimos el texto de Miguel C. Sarmiento, éste se encuentra a Pereyra en el barco que los traslada a ambos a Lanzarote. Por lo que es lícito pensar que los acontecimientos de la polémica en la prensa por la aparición de *Tipos de mi tierra* las vivió nuestro escritor en Arrecife, como ya apuntábamos anteriormente. Por tanto, suponemos que **Sarmiento** escribe estos artículos, en agosto de 1897, sin saber los acontecimientos protagonizados por la prensa tinerfeña a principios de septiembre de ese mismo año sobre Pereyra y sus *Tipos de mi tierra*. Veamos algunos de los momentos de ambos artículos publicados en el mencionado diario *España* de Las Palmas, los días 20 y 21 de septiembre de 1897 (nº 104 y 105, Año I) bajo el título de *Un hombre y un libro*:

(...)Ofrenda al país nativo y testimonio palpable de ese amor que sube y se fortalece a despecho de los años y los golpes mudos de la lucha nunca interrumpida y siempre dolorosa, por vivir, es su libro *Tipos de mi tierra*, publicado recientemente. Lo acabo de leer, siguiendo los consejos de un notable crítico español, en el medio adecuado, aquí, en Arrecife, en el escenario donde se movieron sus figuras, en estos horizontes que les sirvieron de mano en la vida, en esta tierra que le fue tumba en la muerte. Lo he leído en un día brumoso, bajo la dulce impresión de un cielo nublado y día oportuno, sin duda, para saborear la melancolía que un libro de recuerdos encierra(...).

(...) La pluma de Pereyra se enreda, en ocasiones en el detalle minucioso. La embriaguez se le sube a la cabeza como vino añejo de mucho cuerpo. Conozco esa tremenda obsesión que hace latir nuestras sienes con ritmo acelerado y abraza con cerco de fuego nuestro cerebro calenturiento(...).

(...) El estilo de Pereyra recuerda con frecuencia la manera tan castiza del autor insigne de *Pedro Sánchez*. No es imitación senil, sino tal vez afinidad de caracteres. Su sencillez en la forma, tan adecuada a la sencillez del fondo, resulta adorable. En las páginas de *Tipos de mi tierra* hay ironías de burla y dejos de llanto (...).

Hay un dato a considerar que no deja de ser significativo también. Al parecer **Pereyra de Armas** preparaba una segunda parte de *Tipos de mi tierra* y que, al

parecer, todo indica que nunca se terminó de editar. No obstante, no deja de ser sintomático que el periódico gran canario *Las Efemérides* se haga eco en su N^o 132, del 11 de octubre de 1899, a través de la prensa tinerfeña que Pereyra de Armas tiene pensado publicar un segundo tomo. La noticia reza así:

«La prensa tinerfeña de ayer confirma la noticia dada ha días por nosotros respecto a que pronto entrará en prensa el 2^o Tomo de la obra *Tipos de mi tierra* original del notable escritor canario D. Miguel Pereyra de Armas».

Lo que si queda claro es que esta polémica en torno a *Tipos de mi tierra* cansará y fatigará tanto a Pereyra de Armas que, tras estos incidentes, su vocación literaria y periodística se verá mermada considerablemente. A partir de 1897, nuestro escritor deja relegada su pluma a un segundo plano.

Muchos años después, **Miguel Pereyra de Armas** tropezará nuevamente con la intransigencia eclesiástica por otro asunto literario. Esta vez es a raíz de un artículo periodístico que titula «Acerca de Zola» y que el escritor publica en el periódico arrecifeño *Lanzarote*, en el N^o 25, del 20 de octubre de 1902. Al parecer el director del periódico envió un ejemplar de dicho número al Obispo de la Diócesis de Canarias, al cual no le debió sentar muy bien la lectura laudatoria que Pereyra hizo del escritor francés. La respuesta no se hizo esperar y el 5 de noviembre de ese mismo año, el Obispo encarga al Secretario de la Cámara y Gobierno del Obispado, **José M^a Leza**, que escriba una carta al Director del *Lanzarote*, al que le hace llegar la siguiente carta:

«Las Palmas, Noviembre 6 de 1902. Sr. Director de "Lanzarote". Muy señor mío: Por encargo del Sr. Obispo devuelvo a V. el n^o 25 de su semanario, correspondiente al 20 del pasado Octubre, llamándole la atención sobre el artículo "Acerca de Zola" firmado por D. Miguel Pereyra de Armas. Prescindiendo de las alabanzas extremadas que en dicho artículo se tributan a un escritor que empleó sus talentos (los cuales reconozco sin dificultad) en propagar la incredulidad y la inmoralidad más asquerosa, combatiendo más o menos abiertamente los dogmas, las instituciones y las costumbres de nuestra divina religión, única verdadera, concretándonos al artículo citado, en la parte que encomia algunas de las más impías producciones de Zola, acusando injustísima e irrespetuosamente de criminal a la curia romana y poniendo por las nubes la muy pornográfica descripción de una mujer lasciva, entregándose desvergonzadamente a ser amante; como V. comprende no puede un obispo católico dejar esto sin la más severa censura y protesta contra ello. Por eso, se encarga el nuestro le haga a V. presente estas incontestables observaciones, pero participándole al propio tiempo hallarse persuadido de que V. obró de buena fe y no se fijó, tal vez, en el alcance de tal artículo. Crea V. Sr.

Director, que ningún católico sincero puede en conciencia aplaudir y encomiar al impío Zola, ni recomendar sus escritos sin faltar gravemente a su conciencia. El Sr. Obispo confía no se molestará V. por estas indicaciones, sino que antes bien las estimara justas y razonables, y que, por lo tanto, se interesará V. en evitar sean publicados en su ilustrado semanario escritos que ofendan nuestra religión y sus santas doctrinas, pues supone que V. la amarás; y el que ama una cosa, ve con disgusto cuando es contrario a ella. Soy de V. affmo. S.S.Q.B.S.M. José M^a Leza.»

Esta carta fue publicada en el N^o 31 del periódico *Lanzarote*, editado el 20 de diciembre de 1902, junto a una contestación firmada por la Redacción con el título de «Carta Abierta». En ella se contesta, en términos contundentes, a la llamada de atención que el Obispo de Las Palmas hace al periódico lanzaroteño. En uno de los mejores momentos de esta «Carta Abierta», se le dice lo siguiente:

«...En cuanto a la obra literaria del eminente literato (Zola), es labor tan sublime y peregrina que sólo está al alcance de las inteligencias superiores, nutridas en los más vastos conocimientos. No es esa labor para ser apreciada por lectores vulgares y adocenados que no comprenden ni aquilatar pueden las delicadezas exquisitas y las primorosas filigranas de arte y que atendiendo sólo a la forma externa, al ropaje harapiento o brillante con que se visten las ideas, no penetran en lo interno, en la substancia y ser de las mismas, y califican de inmorales, de desvergonzadas y de lúbricos, cuadros y escenas sublimados y poetizados por el genio del artista que se eleva a alturas infinitas, inaccesibles al vulgo y a los que carecen de instrucción artística. Nosotros profesamos la religión del crucificado, cuyas máximas se inspiran en el amor a la Verdad y a la Justicia, y en sentimientos de igualdad y fraternidad; por eso no consideramos que, la publicación en nuestro semanario de un artículo en que se venera y ensalza la memoria de un hombre en que se encarnaron ese amor y esos sentimientos, pudiese ser expresión o manifestación de que abjurábamos de nuestras doctrinas cristianas y de la fe en tan santas creencias que heredamos de nuestros padres...».

Un año después, el 19 de diciembre de 1903, **Pereyra de Armas** publicará un artículo bajo el título de «Por simpatía», publicado en el periódico *El Tiempo* (N^o 95, Año I) en el que agradece las palabras de admiración que le dedica una reciente amistad que responde a las siglas de D.G.W. En las palabras que siguen, **Pereyra de Armas** nos recuerda las razones de su reclusión de la actividad intelectual y literaria en los foros periodísticos de estas islas, ante el reproche del joven admirador por haber abandonado la escritura:

«(...) Con ingenuidad sincera, que en él es ingénita, me reprochó el que dejase mi pluma ociosa por tanto tiempo y, a este propósito, me dirigió frases de elogio

y aplauso a que mis paisanos no me tienen acostumbrado y que me sonaron a gloria. Las admití, no sin protesta, aunque las consideré expresivas de su leal sentir. Se extendió en consideraciones y juicios muy atinados y discretos sobre el espectáculo tristísimo y vergonzoso que hoy ofrece nuestra prensa y que nos deprime y deshonor ante propios y extraños; y manifestó en sus conclusiones, de manera clara y explícita, que era un deber de patriotismo en los que hemos demostrado algunas aptitudes para las tareas literarias, el exteriorizar nuestras ideas y el levantar a las letras canarias de la decadencia y anonadamiento en que postradas las tienen cuatro escritoruelos políticos de ocasión que, en sus polémicas o disputas diarias, propias de *recoberas* o de mozas del partido, dan muestras inequívocas de estar ayunos de ilustración y de cultura y rebajan las que son propias de gran parte de los habitantes de esta ciudad, dignas, por varios conceptos, de que fuesen pregoneros y mantenedores de su opinión, hombres de saber e inteligencia y de criterio sano y desapasionado. Gustosísimo oí las manifestaciones que a mi nuevo joven amigo dictaron en aquellos momentos su recto pensar y su interés por este pueblo, y también las excitaciones que particularmente me dirigió para que, prescindiendo de envidias y pequeñeces, reanudase mi labor literaria; pues éstas sus excitaciones antes que de mortificación, me sirvieron de satisfacción y de halago».

Pese a que estas palabras reproducen una realidad palpable a través de la prensa local de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, a los pocos días le contesta un tal *Petróneo* cuestionando los méritos literarios de *Pereyra de Armas*. Nuestro escritor no se hace esperar y contesta a *Petróneo* con un artículo contundente en el periódico santacrucero de *El Tiempo* (Nº 98, Año I, del 11 de diciembre de 1903). *Pereyra* pone los puntos sobre las íes en varios momentos de la mencionada réplica que ahora reproducimos en fragmentos:

«(...) Es achaque ya antiguo en este *Petróneo* el intento de criticarme y satirizarme; y éste se recrudece y exacerba más y más por la indiferencia y el desdén que he mostrado a sus ataques destemplados y poco corteses. Una de las notas características de su inquina y malevolencia contra mí es el llamarme viejo o *anciano*. Mal le cuadrará a *Petróneo* el no alcanzar los años en que puedan considerarle como tal y el respeto que en todos los pueblos cultos se dispensa a las personas de edad avanzada. Bien sé yo que por algunos de nuestros actuales periodistas se ha perdido, ¡triste es decirlo!, la noción de toda cultura y delicadeza, por eso no me causa sorpresa que cualquier advenedizo pretenda mortificarme y ofenderme, calificándome de viejo; como si así lograrse deprimirme y agraviarme (...) Con despreocupación y desenfado propios de un redactor del diario que aquí se ha singularizado por su lenguaje fino y delicado habla *Petróneo* en son de burla cáustica de mis méritos literarios, esforzándose en rebajarlos y

desprestigiarlos. ¿A qué ese afán, *Petróneo*? Bien pudiera creer cualquiera que éste es expresión de envidia mal disimulada. Mis méritos literarios, grandes o pequeños, el público de esta provincia, no el de esta localidad, me los ha otorgado y él es el único que pudiera quitármelos. Contraríame grandemente y me causaría mortificación grave que me los negase quien tuviese autoridad para ello; pero que lo haga quien no puede ni sabe, ¿qué habrá de importarme? Nada. No sé si la frase “corazón *artístico* de los camellos” empleada por *Petróneo* en uno de sus párrafos de su donosísima crítica, *En Broma*, se dirige a rebajar y denostar a mis paisanos o sólo a lastimar mi amor propio...bien puede asegurarse que, mayor sentimiento artístico, de dignidad humana y de nobleza y generosidad se albergará en el corazón de algunos de esos rumiantes que en los de muchos mamíferos que *tragan* sin rumiar, a quienes V. mucho conoce, Sr. *Petróneo*, y yo también. En cuanto a la incorrección o mala construcción gramatical que *Petróneo* se permite criticarme, nada he de oponer a sus peregrinas afirmaciones y razonamientos contundentes. Si dejase el seudónimo y yo estimara que su entidad real literaria merecía que me tomase la molestia de rebatir aquello, quizás entonces le demostraría que está equivocado. Y nada más. El Sr. *Petróneo* podrá, si ese es su gusto y no sabe reprimir sus apasionamientos impertinentes, continuar en la tarea poco envidiable de criticarme: oiré en silencio los desplantes de sus flaquezas».

Para concluir este apartado, sólo nos resta decir que, parafraseando al propio **Pereyra** en el último de estos párrafos hemos asistido «en silencio» a más de cien años de olvido historiográfico del escritor lanzaroteño, cuya obra no ha debido pasar tan inadvertida y silenciada para los estudiosos de las letras canarias; porque, aunque breve, creemos que el autor de *Tipos de tierra* merece una pequeña reseña o una reflexión sobre la singularidad estética de esta creación dentro del marco de la literatura firmada a finales del siglo XIX y principio del siglo XX.

3.B. PARA UNA LECTURA DE TIPOS DE MI TIERRA

Para la lectura de esta obra del escritor lanzaroteño Miguel Pereyra, vamos a seguir las notas ya editadas en un artículo nuestro publicado en las *VIII Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura* bajo el título de «*Tipos de mi Tierra de Miguel Pereyra de Armas (1841-1908)*» (27).

La obra que nos ocupa, según se lee en la primera y única edición que conocemos, fue publicada en Tenerife en 1897 en la Imprenta de La Laguna, situada en la calle Herradores, 55. Y según aparece como colofón del propio libro se acabó de imprimir el 10 de agosto de ese mismo año. En palabras de **Sebastián Acosta Padrón**, en su obra *Retablo Canario S. XIX*, es «un volumen de octavo de 192

páginas que consta de una Introducción y diez capítulos» (28). Se olvida **Sebastián Acosta** de citar aquí una de las partes del texto más importante de esta obra de Pereyra: El Prólogo de **Antonio Zerolo**.

La obra *Tipos de mi tierra* aparece estructurada en tres partes: un prólogo, una introducción con una dedicatoria y diez capítulos o «Cuadros del natural». Veamos cada una de ellas.

EL PRÓLOGO

Le correspondió a **Antonio Zerolo Herrera** firmar el Prólogo de *Tipos de mi Tierra*. Zerolo es lanzaroteño como Pereyra y afincado, como él, en Tenerife, al igual que su hermano Elías Zerolo y otros hijos de esta isla como **Benito Pérez Armas**. En el Prólogo que Zerolo regala a Pereyra, como es obvio, aparte de enaltecer con toda clase de excelencias la publicación de un paisano, nos hace una importante anotación que nos permitirá entender la ubicación del texto en sus coordenadas histórico-literarias. En palabras de **Antonio Zerolo** los «Tipos» de Pereyra están «descritos admirablemente y marcados con el sello de la realidad» (29). Y acaba concluyendo más adelante que «Pereyra es realista; a veces como es fácil demostrar leyendo algunos párrafos de sus escritos, se pasa al naturalismo; pero estos son achaques de escuela, que no empecen al mérito de la obra. Lo bien concebido y bien expresado, no deja de ser sólo porque el escritor se inspire en el código literario de éste o el otro maestro, Hugo o Zola, por ejemplo» (30). Como se ve, hasta el propio Zerolo no termina de ver con buenos ojos esta estética que Pereyra imprime a sus «cuadros». Es más la ve con un aire de escepticismo y de descrédito literario. El signo naturalista de algunas líneas de nuestro escritor son, para Zerolo, como para muchos otros escritores de la época, «achaques» de Escuela.

De todas formas, *Tipos de mi tierra* no es una obra que podamos definir enteramente naturalista en su conjunto. Pues, pese a tener una clara vinculación estilística con el naturalismo literario que se desarrollaba en ese momento en Europa, el texto se sitúa dentro de la corriente regionalista que a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX se desarrolla en las islas. A la luz de nuestros días, *Tipos de mi tierra* es un retablo de cuadros costumbristas, donde Pereyra ensaya, utilizando determinados procedimientos del naturalismo literario, el retrato de personajes vinculados a la burguesía de mediados del siglo XIX del Puerto del Arrecife. **Pereyra de Armas** tiene el honor de haber sido uno de los primeros escritores insulares que convierte a Arrecife en parte de la geografía literaria, siguiendo el programa de muchos escritores regionalistas canarios empeñados en la meritoria tarea de dignificar y transformar las islas en escenarios literarios a través de sus

textos. En este sentido, **Antonio Zerolo** valora positivamente que Pereyra haya optado por la elección de Arrecife y a sus gentes como materia de la geografía literaria con estas palabras:

«Algunos de estos originales, particularmente los que intervienen en “Cuadros Vivos”, pueden servir de estudio para una novela de costumbres; los que frecuentaban “La Caseta del Resguardo”, nada tienen que envidiar a los héroes de las narraciones marítimas de Fenimore Cooper. Y véase, insisto en esta idea, sin necesidad de acudir a las grandes poblaciones, a los centros en que es más vertiginoso el movimiento social, se encuentran modelos, se sorprenden luchas y pasiones y se descubren vicios y ridiculeces que, como mina inagotable, explota el escritor. Es preciso traer al campo de la literatura savia nueva y ensanchar los moldes de la creación artística. A este espíritu de renovación que considera la vida humana en toda su complejidad, asignándole por teatro lo mismo la aldea que la corte, ha respondido como nadie en España, Feliú y Codina» (31).

Al calor de estas palabras de **Antonio Zerolo**, podemos afirmar que en verdad **Pereyra de Armas** inaugura, dentro de la Historia de las Letras escritas en Lanzarote, un desarrollo y análisis de la psicología de un conjunto de personajes en una obra literaria que, salvando a **Benito Pérez Armas** y **Ángel Guerra**, pocos escritores dentro de esta línea de la narrativa literaria realizaron durante este período.

Fernando Gómez Aguilera, en la «Introducción» al libro *Arrecife. Antología de Crónicas*, de **Leandro Perdomo**, hablando de la visión de Arrecife que propone Perdomo, hace un rápido bosquejo histórico por lo aportado en este sentido por otros escritores y personalidades vinculadas a Arrecife. A tal respecto dice lo siguiente:

«Las crónicas que se recogen en la presente antología hilvanan ese relato originario, figuran las distintas facetas del mito de Arrecife, según la mirada de Leandro Perdomo, con una profundidad y ambición como nunca se había leído en la literatura ni en la prensa escrita. No lo hizo Espinosa, que sólo quiso sobrevolar Arrecife, interesado, sobre todo, en la más jugosa mitología integral de Lanzarote; ni Isaac Viera, que apenas detuvo su pluma en la ciudad; ni Agustín de la Hoz, más interesado en escribir, con voz personal, una historia del Puerto, que en penetrar en su razón y su enjundia vital; ni, en fin, Miguel Pereyra, en sus «Tipos de mi tierra» (1897), que, si bien trazó el perfil de personajes capitalinos —el boticario, la doncella, Clarita, doña Marta, el Señor Luis...— y se ocupó de dibujar, a grandes rasgos, el Arrecife de mediados del siglo XIX, su boceto resulta incompleto, desvitalizado y abstracto» (32).

Personalmente no compartimos que de la lectura de *Tipos de mi tierra* se obtenga un «boceto incompleto, desvitalizado y abstracto». Hasta cierto punto podemos entender que un libro de 192 páginas no aspire a mostrar una panorámica socio-lógica e histórica de la «intrahistoria» de Arrecife y que permita dar una «completa» visión de la ciudad a mediados del siglo XIX. De todas formas, no está, dentro del propósito literario de Pereyra, el dar a su texto este sentido socio-histórico tan útil y descriptivo. **Pereyra de Armas**, sin embargo, se muestra más atraído por indagar, a través de los procedimientos filosófico-literarios del Naturalismo, en la psique de una serie de personajes de Arrecife, seleccionados por peculiaridades psicológicas y humanas donde ensayar su agudeza analítica de la mano de las teorías de **Zola, Taine, Comte, Darwin o Bernard**. **Antonio Zerolo** en el Prólogo deja suficientemente claro que la finalidad del artista o del escritor es «la expresión de la Belleza; todo lo demás es, si no extraño, secundario» (33).

En efecto, en *Tipos de mi tierra*, pese a ser un texto con una clara vocación naturalista, estamos ante un libro que no aspira a ser referente de la situación histórica que vive el Puerto, sino a ser expresión de lo que Pereyra hubiese denominado un «experimento literario». La elección de los personajes de Arrecife está motivada por ser el escritor oriundo de la ciudad, pero perfectamente podía haber elegido a personajes de alguna localidad tinerfeña. De todas formas, gracias a estos lazos vivenciales vinculados al lugar de nacimiento, Arrecife entra en el mapa de la geografía literaria, pero no como elemento clave, sino como espacio ficcional, marcado por el hecho insular, su lejanía de los focos de influencias internacionales, por la endogamia de la oligarquía burguesa local y, en definitiva, por ser el escenario de las vidas del grupo de personajes que analiza. Salvo unas breves pinceladas marcadas por la nostalgia y el sentimentalismo que de Arrecife da Pereyra, el lector podría ubicar cualquiera de los cuadros hechos a estos personajes en cualquier otra ciudad portuaria de las Canarias de mediados del siglo XIX. **Pereyra de Armas** se muestra más interesado en mostrarnos aspectos de la psique y de la vida de los personajes de *Tipos de mi tierra*, que en facilitarnos una descripción socio-histórica del Puerto de Arrecife.

Tampoco creemos que el texto que nos ocupa sea desvitalizado y abstracto. **Pereyra de Armas** es, sin ningún género de dudas, uno de los pocos escritores lanzaroteños que ha descrito con una singular agudeza y precisión a un grupo de personajes de la burguesía local. Inaugura, en este sentido, lo que podríamos llamar los primeros antecedentes de una parte de nuestras letras empeñada en fotografiar y dejar semblanzas de determinados personajes, historias y pasajes estrechamente vinculados a Arrecife y que, a través de diferentes cristales literarios de distintas épocas se han ido sucediendo: Así podemos verlo en algunas narraciones cortas de **Ángel Guerra**, en las crónicas de **Leandro Perdomo**, en las pági-

nas de **Antonio Lorenzo** o en los relatos de **Félix Hormiga**. Para Pereyra de Armas será el mérito de ser uno de los primeros escritores locales que navegará y desentrañará las inquietudes, los vicios, las miserias, las glorias, las psiques y parte de la vida de un grupo de personajes, especialmente seleccionados por el autor, para ser retratados bajo la luz de los métodos del Naturalismo literario. Por ello, queremos insistir en la idea de que no encontramos en sus líneas rasgos que nos apunten a calificarlo de «desvitalizado».

Asimismo, tampoco creemos que la lectura de esta obra sea (o parezca) «abstracta». Si es que por abstracta se entiende el hecho de desvincularse de una descripción pormenorizada, minuciosa y «concreta» de la ciudad, sus edificios, su pulso diario, sus intrigas políticas o sus aspiraciones socio-económicas como capital portuaria en torno a la mitad del siglo XIX. Permítasenos defender aquí que Pereyra se desmarca de hacer sus retratos de los «tipos» arrecifeños, entendidos como una serie cualquiera de dibujos costumbristas, nostálgicos y un tanto alcanforados, como los que nos regalan otros ejemplos de la prosa regionalista que se escribe en este momento en las Islas. A **Pereyra de Armas** le interesa más el análisis psicológico de las criaturas que ha elegido para ser diseccionadas por su pluma naturalista y por su intuición inteligente. A él lo que realmente parece interesarle es dedicar todo su esfuerzo a la indagación y la introspección en los aspectos más oscuros y escondidos de la vida de sus personajes, relegando así a un segundo plano el menudear descriptivo y nostálgico por Arrecife.

De todas formas, **Miguel Pereyra** no deja de esbozar en sus retratos algunos datos socio-históricos sobre Arrecife y sus gentes. Hablamos de temas tan interesantes como el desempolvar los ecos de las viejas disputas por la capitalidad administrativa entre Teguiise y Arrecife durante buena parte de la primera mitad del siglo XIX, la educación de la mujer burguesa durante el siglo XIX, las referencias a la masonería entre destacados personajes de Arrecife, algunos aspectos del vivir cotidiano en esa época como los juegos de naipes o las tertulias de determinados personajes, así como el recuerdo amable de las historias de los viejos roncotes y marineros de «La Casilla del Resguardo».

Como ya hemos apuntado, no falta en *Tipos de mi tierra*, la mirada nostálgica y costumbrista del Arrecife de mediados del siglo XIX. De ello se encarga **Zerolo** en el Prólogo y Pereyra en la Introducción, dejándonos unas de las mejores descripciones más evocadoras que de Arrecife se hayan hecho en el siglo XIX, salvando las interesantes notas históricas que **José Álvarez Rixo** hace en la *Historia del Puerto del Arrecife* (34) a principios del siglo XIX o la mirada de algunos viajeros europeos que recalaron por esta ciudad. En este sentido, no está de más

recordar aquí la descripción poética que la inglesa **Olivia M. Stone** recoge para Arrecife en su conocido libro *Tenerife y sus seis satélites* (35) en la década de los ochenta del mismo siglo diecinueve. Pereyra en su Introducción se nos presenta como un maestro diestro dentro del regionalismo literario, y nos regala una de las descripciones más pintorescas que del Puerto del Arrecife se hayan escrito en la historia de las letras insulares. Este bello pasaje encierra toda la evocación lírica y sentimental de un Arrecife que el escritor añora de su infancia, dentro de los patrones estilísticos del regionalismo literario que harían famosos a **Benito Pérez Armas** o a **Ángel Guerra**.

La elección como prologuista de **Antonio Zerolo** por parte de **Miguel Pereyra** no es casual. Nuestro escritor sabe que su amigo Antonio acogerá con agrado su libro por la carga emotiva que el lugar le evoca a Zerolo. No olvidemos que ambos escritores se educaron y pasaron sus primeros años de su vida en Arrecife. Pereyra sabe que Zerolo se emocionará con la evocación y el recuerdo de los lugares comunes como el Charco de San Ginés, escenario de juegos y de las primeras correrías de chiquillos. Zerolo recuerda así la visión de Arrecife en *Tipos de mi tierra*:

«Tan magistralmente descrita está en la Introducción que se siente uno profundamente emocionado creyendo tener delante los sitios que fueron teatro de los juegos de su infancia. El lago salado, que mece sus tranquilas aguas al Norte del incomparable puerto, y que figura en mis recuerdos de niño con el modesto nombre de “Charco de San Ginés”, aparece verdaderamente fotografiado por Pereyra. Lugar predilecto para todo el que haya nacido en Lanzarote, ha merecido los rasgos más felices de su pluma. De aquel pequeño mar ¿quién no ha sido Colón? ¿Quién no ha guiado su barquichuelo a través de su tersa y líquida llanura? ¿Quién no ha ido allí a *barloventear*, placer que sienten como nadie los lanzaroteños?...Yo también *he echado barquitos* en aquella “albufera hermosa”, como gráficamente la llama Pereyra. Uno de mis hermanos, que entre otras prendas, nos aventajaba a todos en habilidad técnica, era el encargado de proveerme de *balandras, goletas y bergantines* para nuestras infantiles regatas. Declaro, que cuando mi *buque* llegaba el primero al punto designado como meta, me sentía más ufano y satisfecho que el inmortal Genovés al pisar la tierra descubierta; la cual, según el feliz pensamiento de Schiller, de no existir Dios lo hubiera sacado del mar para premiar la fe del gran navegante» (36).

Como ya hemos apuntado, la firma de este Prólogo le valió a **Zerolo** toda una suerte de críticas por parte del sector más intransigente de la prensa vinculada al partido conservador de Tenerife y que encabeza **Leopoldo Pedreira**. Efectivamente, *Tipos de mi tierra* tuvo el «honor» de recibir críticas tan obtusas y ciegas

por parte de los representantes más rancios y obsoletos de la sociedad tinerfeña que le valieron los calificativos de *obra inmoral o escándalo pornográfico*, como ya hemos visto en los capítulos anteriores. Los duros y continuados ataques no sólo se elevaron contra la obra y el prólogo, sino también contra las personas y las profesiones de **Antonio Zerolo** y **Miguel Pereyra**.

Este episodio mezquino de la historia de las letras insulares hizo que la participación activa de Pereyra como voz literaria e intelectual, se viera mermada en lo sucesivo. Así, seis años después, en un artículo «Por simpatía al Sr. D.G.W», publicado en el periódico santacrucero *El Tiempo*, el 19 de diciembre de 1903, **Miguel Pereyra de Armas** justifica ante un amigo su silencio literario. Nótese como en la reproducción de parte del artículo se lamenta del ruin proceder de cierto sector del periodismo tinerfeño:

«...me reprochó el que dejase mi pluma ociosa por tanto tiempo y, a este propósito, me dirigió frases de elogio y aplauso a que mis paisanos no me tienen acostumbrado y que me sonaron a gloria (...). Se extendió en consideraciones y juicios muy atinados y discretos sobre el espectáculo tristísimo y vergonzoso que hoy ofrece nuestra prensa y que nos deprime y deshonra ante propios y extraños; y manifestó (...) que era un deber de patriotismo en los que hemos demostrado algunas aptitudes para las tareas literarias, el exteriorizar nuestras ideas y levantar a las letras canarias de la decadencia y anonadamiento en que postradas las tienen cuatro escritorzuelos políticos de ocasión que, en sus polémicas o disputas diarias, propias de recoveras o de mozas de partido, dan muestras inequívocas de estar en ayunos de ilustración y de cultura...» (37).

LA INTRODUCCIÓN

La importancia que posee esta parte que antecede a los «Cuadros del Natural» de *Tipos de mi tierra*, reside en que sirve para mostrarnos a un escritor con una clara decisión por introducir en la obra una visión literaria del Arrecife de finales del siglo XIX. En este sentido creemos que estamos autorizados a pensar que **Miguel Pereyra de Armas** puede ser tratado como uno de los primeros escritores lanzaroteños con una vocación tan clara de enaltecer a Arrecife como marco literario excepcional. Antes de pasar al análisis de los *tipos*, Pereyra nos presenta en estas primeras páginas su digno propósito de mostrar un Arrecife como escenario literario de fondo, donde colocar a los miembros de su peculiar galería de personajes que veremos a continuación. Y lo hace plenamente convencido de que su ciudad natal es tan legítima para este menester como cualquier otra de la geografía literaria. Sirvan en este empeño las palabras que **Pereyra de Armas** deja en la Introducción de su libro:

«¿Quién no ha deseado, lector, ver la luz primera en un ciudad populosa embellecida por magníficos palacios, con plazas espaciosas do se elevan artísticas estatuas; con parques y jardines espléndidos plantados...? Sólo más tarde, cuando desvanecidas ya las primeras ilusiones del vivir, los desencantos y la duda dejan amargas huellas en nuestros corazones (...) comprendemos que el cariño afectuoso y tierno que brota del alma del hombre y le liga a su patria(...) no están en razón directa de la grandeza, de la importancia de aquella. No por más blanda y lujosa la cuna en que se meció nuestra infancia (...) su atracción es más poderosa...»(38).

Vemos, pues, como nos da toda una lección contra lo grandilocuente y el deseo desmedido de querer monumentalizar lo que sencillamente no lo es. Por ello, no debemos interpretar a secas que *Tipos de mi tierra* ha de entenderse como el intento nostálgico de un escritor local de engrandecer su ciudad natal bajo el hechizo de sus últimos años y de los recuerdos infantiles. **Pereyra de Armas** desea que su Arrecife ingrese en los referentes contextuales de los microcosmos ficcionales de la Literatura, no como un *locus amoenus* irreal, tal como muchas veces aparecen los paisajes canarios en la literatura de la época, sino como un lugar sencillo y digno dentro de la geografía literaria donde conviven los diferentes tipos de su «tierra».

LOS DIEZ CUADROS DE LA OBRA "TIPOS DE MI TIERRA"

La disposición de los diez capítulos o «cuadros» que componen la parte central de la obra, si seguimos la ordenación cronológica que apunta el propio autor al finalizar cada episodio, es la siguiente:

El Boticario, *Clarita* y *Cuadros Vivos* están fechados en abril de 1896. *La Casilla del Resguardo*, *Doña Marta* y *Una Pareja* los firma en mayo de 1896. Mientras que el cuadro *Dos tipos callejeros* data de junio de 1896. Habrá que esperar a agosto del mismo año para que escriba *Pepe Placenta* y *La Doncella*. El último de los cuadros, el titulado *Sr. Luis*, aparece con fecha de junio de 1897. Al parecer Pereyra de Armas perdió el texto original de este cuadro y tuvo que reescribirlo nuevamente.

Éstos son, por tanto, los diez cuadros que componen los *Tipos de mi tierra* y que se suceden cronológicamente entre abril de 1896 y junio de 1897. Suponemos que la obra debió haberse publicado entre julio y agosto de 1897, dado que el 1 de septiembre de 1897 arrancan las famosas críticas en su contra en la prensa tinerfeña. Ajeno a lo que se le venía encima, el autor lee un párrafo de su libro durante una velada literaria que, a mediados de agosto, tuvo lugar durante las

Fiestas de San Ginés en Arrecife de Lanzarote, tal como aparece en el periódico grancanario *La Patria* del 7 de septiembre de 1897 (Nº 97, del Año I) y que ya hemos recordado anteriormente.

Pasemos ahora a analizar cada uno de los **cuadros** de que se compone la obra.

El Boticario

De la pluma de un **Galdós** o de un **Valle-Inclán** parece salida esta descripción caricaturesca y sugerente del primer tipo de la obra de Pereyra:

«(...) de estatura regular, algo encorvada de espaldas y metido de hombros; de carnes escasas, (...) de armazón ósea pronunciada y saliente en algunos miembros (...) frente despejada, cejas muy pobladas y un tanto levantiscas y rebeldes, por entre las que se señalaba una tenaz hendidura, indicio de observación perseverante y de firmeza de ideas; ojos pequeños, pero vivos, de mirada penetrante, escudriñadora (...) de continuo dibujábase ligera sonrisa de desdén y de burla, con perfiles no bien definidos de indiferencia y descreimiento (...) El escepticismo, la duda: las dos características de su personalidad. Nació a finales del siglo XVIII y era volteriano. Si hubiese nacido cincuenta años más tarde y hoy viviera, sería socialista...» (39).

Sus vestimentas son sombrías y rústicas. Así nos las describe:

«(...) vestía pantalón de paño recio, chaqueta (una especie de zamarra) con cuello y solapas de pieles y vueltas de lo mismo en las bocamangas. Su cabeza la cubría en ocasiones con gorra también de pieles o sombrero de copa...» (40).

Desde este primer cuadro nos muestra Pereyra su deseo de realizar algo más que un mero retrato descriptivo. Para ello, busca indagar de manera científica en la personalidad del Boticario. Nuestro escritor desea realizar una introspección psicológica en el individuo. La falta de datos referidos a las etapas de su infancia y adolescencia le impiden adentrarse por senderos donde sólo la inducción se podría desenvolver; y ante esta perspectiva abandona la posibilidad de adentrarse más, ante la falta de datos empíricos. Como vemos se trata de una actitud que podríamos clasificar de positivista.

«(...) Muy difícil y casi imposible me sería hoy (...) hacer un estudio psicológico acabado de mi personaje y presentar tal cual era realmente (...) Si intentara este estudio y me esforzara en dar relieve a la fisonomía del ente físico y moral, no me resultaría d'apres nature; y sólo obtendría un traslado infiel (...) No me atrevo,

pues, a intentarlo: prefiero dejar el tipo desdibujado a desnaturalizarlo y hacer de él un remedo perfecto» (41).

Estas consideraciones de Pereyra nos ponen en aviso de que el escritor comparte las ideas de los postulados del naturalismo literario francés, para el cual el determinismo (la influencia de la herencia biológica darwiniana o las circunstancias sociales que rodean al hombre) junto al empleo del método experimental científico de Claudet Bernard en la narrativa, llevan al escritor a «experimentar» con sus personajes, colocándolos en determinadas situaciones para indagar cómo se comportan o explicar sus actos y reacciones, sin dejar de examinar atentamente la influencia de su naturaleza y sus costumbres sociales. Todo ello nos hace pensar que el naturalismo no ha de ser sólo entendido aquí como una tendencia literaria, sino que pretende ser también una concepción del hombre y un método para estudiar su comportamiento.

Pese a todo, y aunque no pueda darnos del Boticario un estudio en profundidad de su compleja psique, sí que nos da unas certeras pinceladas de su acción social, cuando nos lo describe como una pieza clave en la conformación del Arrecife como centro social y político de la isla durante el siglo XIX.

El testimonio que en este sentido aporta *Tipos de mi tierra*, desde la perspectiva de la Literatura, a la Historia, en este caso a la del Puerto del Arrecife, es fundamental. No cabe duda de que la literatura de esta época, paralelamente al mérito estilístico, se nos presenta en sí misma como un valor testimonial sin igual, pues en sus páginas encontramos ecos y pinceladas de aspectos socio-históricos sumamente interesantes. Veamos, pues, la contribución en este sentido del mencionado personaje al que Pereyra denomina a secas como el «Boticario»:

«Era el alma de todos los planes y genio creador y organizador de casi todas las intrigas urdidas por los liberales del pueblo nuevo, para desbaratar los propósitos o hacer ineficaces las resoluciones de sus contrarios los retrógrados de la Villa. Verdadero espíritu revolucionario y demoledor, este boticario, fue uno de los elementos más activos de la decadencia de la Villa enemiga y eficaz instrumento de la prosperidad y del engrandecimiento del pueblo que le vio nacer. A su energía y actividad y , a más que a éstas, a su pronta y feliz iniciativa y a su sátira mordaz y contundente, debe aquel primer lugar su elevación a capital del distrito judicial y militar, base de ulterior adelantamiento» (42).

Clarita

En este capítulo Pereyra nos dibuja un curioso personaje femenino de la burguesía arrecifeña. Con este *tipo* compone el triste cuadro de una muchacha que enloquece debido a unos amores contrariados por su familia. Las consecuencias no son otras que un ser preso de crisis de histeria y de aprehensiones hipocondríacas. El caso es un cuadro patológico de una mujer obsesionada con tareas pueriles como el ordenar roperos o planchar inútilmente una y otra vez su ropa blanca y que pasa buena parte de su juventud alterada y preocupada por el posible contagio de la tisis. El texto deja palpable que la causa de este trastorno no es otra que el efecto perturbador del tipo de educación recibida por la mujer durante el siglo XIX, donde todavía prevalece una serie de normas sociales «mezquinas» y anacrónicas que determina unos actos y comportamientos en las mujeres llenos de patetismo. Así nos describe a *Clarita*:

«Clarita fue un ente fisiológico hijo de este siglo histórico: un espíritu influido por la educación descuidada de la mujer en los comienzos del mismo, en que la instrucción en el orden moral y religioso era mezquina y mal dirigida, y en lo demás superficial y casi nula. Concurrieron a agravar en ella este desequilibrio psicológico, circunstancias especiales de su existencia en la niñez, que influyendo en su desarrollo físico, intelectual y moral, fueron tal vez las determinantes de aquel estado morboso» (43).

Ya adulta, nos la presenta como una persona sugestionada por creerse poseída por el mal y por andar obsesionada con pensamientos carnales, que la hacían creerse un ser demoníaco que exhalaba frases y palabras groseras o que llegaba a realizar, bajo los efectos de su locura, acciones impías como, por ejemplo, escupir las ostias ofrecidas durante la Comunión.

Como se deduce, *Clarita* es un personaje poseedor de una condición de vida miserable que la sitúa dentro de la tipología de personajes femeninos burgueses de la novela del siglo XIX.

Veamos algunas consideraciones que hace Pereyra sobre *Clarita*:

«Durante las terribles crisis de esta manía mística o religiosa acentuábase la palidez de su rostro; hundíanse sus órbitas y lanzaban destellos intermitentes de chispa eléctrica (...) Dormía muy poco y durante el sueño se agitaba en el lecho lanzando lastimeros ayes, como si las ideas insanas que durante la vigilia la persiguieran tomaran cuerpo y realidad monstruosas en los momentos en que los nervios, obedeciendo a la laxitud del organismo, aflojaban en su tensión (...) Clarita convertíase entonces en una verdadera demoníaca. Decía que en sus rezos se

había mofado de Jesús y de su Madre, mezclando a las palabras de sus oraciones frases groseras y desvergonzadas. Figurábase que después de la comunión había escupido la Sagrada Forma...» (44).

Cuadros Vivos

En este y en el próximo capítulo Pereyra suaviza levemente su vocación «naturalista» a la hora de presentarnos a sus tipos, aunque no debemos olvidarnos que siempre nos regala alguna que otra pincelada naturalista a la hora de pintarnos los ambientes y los caracteres de los personajes que transitan en estos cuadros.

Los *Cuadros Vivos* es un retrato variopinto de un grupo de personajes de la burguesía local que tiene en común su gusto por las reuniones, donde además de departir juntos, juegan a la baraja con decidido entusiasmo. Estos retratos rezuman un gran aprecio nostálgico por estos tipos procedentes del Arrecife llenos de carisma humano. Veamos estos tipos de los *Cuadros Vivos*:

«... Allí aparece don Benito, un viejo capitán de barco, pulcro gourmet, jugador empedernido, hospitalario, fumador consumado y «aunque volteriano y francmasón, frecuentaba el trato del Cura» (45). Era el propietario de la Casa, situada en la trasera de la iglesia de San Ginés, donde el grupo de jugadores se reunía. Otro de los invitados era don Amadeo, un viejo hacendado de buen corazón, amable y algo mujeriego que comparte sus estancias en una casa solariega del interior de la isla con períodos en la capital. Es el prototipo de hacendado isleño cuya actividad no es otra que la de disfrutar de sus rentas y de un modelo de vida denominado el *dolce-far-niente*. También acuden don Longino y don Demetrio, ricos hacendados avariciosos y mezquinos, poseedores de una gran fortuna, pero no exentos de una caballerosidad en el trato y de atenciones en el saludo con sus amistades. Su ocupación no era otra que la de ver un día y otro como van engrosando los sacos hasta quedar repletos, y luego llenar otros y otros, y convertirse en tesoro inmenso de oro y plata acuñados, con las efigies de los reyes de distintas dinastías, lo que un principio fue mezquino acervo de roñosos ochavos y medias pesetas desgastadas» (46).

Otro de los jugadores que acudía puntualmente a las citas era don Victoriano, un médico altruista, desprendido de lo material, formado en el extranjero, donde se había hecho un sibarita y que acabó alcohólico, dándonos Pereyra otro perfil con no pocos ecos del naturalismo. Un fin también mísero tuvo don Valentín, cuya formación universitaria no le impidió que una mala administración acabara con su fortuna. Y, por último, don Apolo, un oficinista frustrado que andaba embebido en sueños e imaginaciones becquerianas, tras la caza de los fantasmas etéreos de las Musas.

Son, en definitiva, representantes de la pequeña burguesía de Arrecife, los cuales comparten la misma afición por el juego del que Pereyra hace una extraordinaria alegoría literaria, donde se evidencian elementos que hacen referencia a una liturgia «pseudomasónica» con una clara intención anti-eclésiástica. Tras este curioso cuadro alegórico del juego de naipes parece esconderse un cierto ritual, entre humorístico e irónico, donde, a modo de guiño complaciente del escritor al lector, parece darnos a entender que, tras esas inocentes reuniones lúdicas, no se esconde una simple reunión para jugar a la baraja. En este sentido, la lectura del texto nos muestra un sutilísimo lenguaje que hace referencia a un universo en clave, con alusiones a las actividades relacionadas con el mundo de la masonería o, por otra parte, como parodia del mundo eclesiástico.

En este sentido, veamos el siguiente texto donde aparece el mencionado sutil juego de palabras sobre el que se estructura un curioso juego alegórico:

«(...) Pasan anfitriones y comensales a la sala o séase *cuarto del crimen*. Antes de entrar en éste, iremos un momento a aspirar el aire puro del mar vecino que se divisa desde la puerta del patio a la calle. En tanto se prepara la mesa de los *sacrificios*, se enciende las velas, se saca los libros de texto, propios para aquel *curso*, y da comienzo la función, después de llenas las formalidades del *ritual: pujar la banca, echar ases*, etc... O prepara los naipes para el *burro inglés* o para el *golfó*. Penetremos ya en la estancia. Uno de los *sacerdotes* empuña el *libro de oraciones*, y con la diestra saca primero, una a una, cuatro hojas del volumen —las dos primeras y las dos últimas— que pone sobre el tapete formando rectángulo. Los *fieles* van colocando *sendas ofrendas* junto a las hojas y, una vez colocadas, óyese la voz del *celebrante* que, con grave entonación, pronuncia la frase sacramental: “juego”. Vuelve el sacrificador el tomo sagrado y don Valentín quitándose la pipa de la boca exclama: pároli de rey y cinco...” (47).

La Casilla del Resguardo

Sinceramente, creemos que este bellissimo capítulo ha de ser considerado como una de las apologías más bellas al mundo marino de Arrecife. Se trata de todo un alegato al recuerdo nostálgico y a la pérdida, ya desde finales del s. XIX, de una parte significativa de nuestras señas de identidad como pueblo. El auge del progreso que vive el Puerto del Arrecife durante todo el siglo XIX trae consigo, como sabemos, el derribo constante de las primeras construcciones en torno a las zonas que constituyeron los enclaves primeros del nacimiento del Puerto. Estas construcciones, para buena parte de la población de Arrecife, guardan entrañables recuerdos de tiempos ya pasados y evocan recuerdos de otras épocas. Por tanto, podemos considerar estas emotivas páginas del libro como un primer intento de

apalabrar parte de la memoria colectiva de este pueblo que, antes de ser ciudad, fue puerto.

Pereyra salva, de esta manera, del anonimato intrahistórico de décadas pasadas, como diría Unamuno, las voces de un grupo de viejos lobos de mar, marineros, roncotes y algún que otro marino de guerra, para los que, en 1897 la *Casilla del Resguardo* ya formaba parte de la memoria histórica. Así nos lo describe Pereyra:

«¡Ya no existe! La piqueta de las reformas urbanas la derribó; y en su lugar se alza hoy edificio más importante y de mejor aspecto. Esta piqueta reformadora como han dado en llamarla, embellece, es verdad, las poblaciones y las restaura y remozca; pero también es cierto, que, a los que vamos para viejos, nos entristece el ver, como, a sus golpes, desaparecen casas y cosas llenas de recuerdos halagüeños de la juventud...» (48).

En las páginas de *La Casilla del Resguardo* que evoca Pereyra quedarán para siempre reflejados los recuerdos de aquel grupo de viejos lobos de mar que se reunían cerca del Puente de la Bolas, donde jugaban a la baraja, relataban viejas historias de la mar y algún que otro lance amoroso. Son, en definitiva, vivísimos cuadros humanos que reflejan ese hondo latir de una de nuestras señas de identidad más querida.

Pereyra ha contribuido de manera inequívoca a *apalabrar*, como decíamos, parte de nuestra memoria marinera en las voces de don Antonio Mateo, el viejo patrón de cabotaje en los viajes a las Américas, o del maestro Colás, flaco y receloso que sirvió en la Armada Real y viajó hasta Oriente. No olvidemos a Papá Juan, el gracioso señor de setenta años que, según él mismo contaba, todavía andaba detrás de las mozas de mejor ver del Puerto y a las que citaba con no poco éxito, en un antiguo molino. Recordar también a un calafate tosco, pero de buen corazón, y al carpintero de ribera chistoso. Por último, cita a un tal Antonio Juan, el elegante y pulcro propietario de una bodega cercana donde se abastecían los miembros de esta alegre *troupe* y demás gentes del muelle cercano.

Visto esto, bien podrían considerarse estas páginas de nuestra literatura como un antecedente inmediato de aquel otro intento dentro de nuestra historiografía isleña que, en 1994, saliera a la luz con el nombre de *El rabo del ciclón* de **Antonio Félix Martín Hormiga** (49) donde se recompone parte de nuestra memoria marinera, todavía no muy lejana en el tiempo, a través de un lenguaje poético que dibuja una cosmovisión mítica de Arrecife.

Doña Marta

Si bien Pereyra se unía con el retrato del *El Boticario* a la rica tradición de las Letras Hispánicas a la hora de reflejar lo grotesco a través del proceso literario de la ridiculización caricaturesca (que se emparenta directamente con el esperpento de **Valle-Inclán**), ahora, en este capítulo que lleva por título *Doña Marta*, se nos presenta como todo un maestro, al brindarnos un excelente ejercicio de caricatura burlesca de un tipo femenino bastante peculiar. Consigue retratar don Miguel un modelo femenino anacrónico y trasnochado en las postrimerías del propio siglo XIX, una víctima inocente del ostracismo y del hermetismo de la mujer educada en una ciudad de provincias. Se trata de una mujer que, liberada de los formalismos sociales a los que se ha visto sometida hasta la muerte de su esposo, se presenta ante la sociedad arrecifeña como todo un personaje valleinclaniano sacado del *El Ruedo Ibérico*. Pereyra, en este caso, no juzga con crueldad al personaje en sí de Doña Marta, a la que recuerda con cierta nostalgia. En efecto, lo que nos muestra desde el dibujo caricaturesco de esta dama arrecifeña es una actitud crítica hacia la educación anacrónica que recibían las mujeres de su tiempo y que las llevaban a caer en ridículos comportamientos sociales.

Doña Marta, por circunstancias del destino, enviuda. Pero, lejos de ser presa de la costumbre provinciana de encerrarse en vida, se convierte en una mujer con un talante juvenil que la lleva a transgredir los cánones de la moda de una manera casi pueril. En parte, *Doña Marta* nos recuerda el mundo etéreo e irreal de los personajes femeninos británicos del gran canario **Alonso Quesada** en sus cuentos de *Smoking-room* y en su novela corta *Las Inquietudes del Hall*. Pereyra nos brinda un episodio cargado de un sutil humorismo de la mano de este cuadro psicológico donde se denuncian y se analizan las motivaciones y el temperamento de este personaje femenino. Así vemos, por ejemplo, como lo que podría haber sido una actitud pasajera en *Doña Marta* llegó a convertirse en toda una obsesión, apareciéndose nos en más de una ocasión convertida en una auténtica máscara carnavalesca, debido a la cantidad de vestimentas superpuestas, refajos y pedrerías variadas con que adornaba su cuello, brazos y manos. Veámoslo:

«...Con los años se agravó en ella su exageración en el vestir. Llevaba de ordinario abundancia de enaguas; la falda de colores chillones muy ahuecada y recargada de lazos, botones, encajes y faralaes. En sus manos gordas y grandes brillaban esmeraldas, rubíes, diamantes y topacios, engarzados en anillos de forma antigua y bastante estrechos para que los dedos encargados de lucirlos resultasen ahorizados. Lucía también en el pecho, cuello y orejas, alfileres, gargantillas y arrancadas de valor, puesto que de forma y gusto pasados de moda: prendas de familia usadas por tres o cuatros generaciones. Su cabeza, amén de las cintas y encajes de sus gorros y

cofias, ostentaba hermosas piochas, cuya figura anticuada revelaba la misma procedencia que las demás joyas. Con tales atavíos, Doña Marta producía el efecto de una mujer disfrazada en traje de época ya lejana. Un día en que, desplegando todas sus galas, fue a visitar a una de sus amigas, la hija de ésta, niña entonces de siete a ocho años, que salió a recibirla, al ver aquella extraña figura quedóse sorprendida y asustada y, sin esperar a que acabase de subir la escalera, escapó hacia el interior de la casa gritando con voz atribulada: ¡Mamá, máscaras!» (50).

Una pareja

A partir de este cuadro, las historias que presenta Pereyra vuelven a tomar la descripción de «cuadros» vinculados a la realidad. Nos sumergimos nuevamente en el afán del escritor lanzaroteño por reflejar la vida real en que se desenvuelven estos personajes de ficción, sus entidades fisiológicas y sus intimidades. Pereyra nos narra en estos cuadros lo desagradable y los fondos más bajos de la naturaleza humana bajo una actitud cientificista en su descripción. El escritor se nos presenta como un audaz y atento observador, al plasmar fielmente los aspectos menos felices y agradables de la sociedad de entonces.

En este capítulo se llega, en ocasiones, a un tono casi despiadado, no exento en algunos pasajes de ciertas ironías que rozan el duro sarcasmo, como cuando nos define al personaje femenino de esta pareja. Si no, veamos el retrato burlesco que hace de Pepa:

«(...) De joven fue fea: y ya se sabe que esta terrible enfermedad se agrava con los años. Cuando se casó ya era casi horrible. De corta estatura, desgarrada y sin gracia en el cuerpo. El pecho liso y sin curvas; la cara morena, con labios gruesos y escamosos y ojos pequeños, por entre los cuales se dibujaba una nariz pequeña y chata; la frente estrecha y deprimida y el pelo negro, grueso y crespo. Tal era en lo físico la Pepa —así se llamaba ella. Nada ganaba considerada moralmente. Zafia, de carácter agrio y destemplado, gruñona y soberbia, dispuesta estaba a contestar con una coz a cualquiera que la hablase, aún a las mismas personas a las que servía. Con sus compañeras de servidumbre andaba siempre casi a la greña y, por un quitame allá esas pajas, las llenaba de improperios y armaba con ellas la de Dios en Cristo. Era un genio insufrible el de la Pepa, y su lengua era más temible que los arranques de su ira...»(51).

Inexplicablemente Pepa se casó con don Ramón, un señor bonachón, lector de novelas espeluznantes de terror y querido por la sociedad de Arrecife, por ser una especie de recadero «oficial» de todas las noticias que en la ciudad se producían. Ni que decir tiene que el matrimonio estaba avocado al fracaso más estrepitoso.

Montaron una panadería que fue bien, pero la férrea y tiránica dictadura de Pepa sobre su pobre y desvalido esposo hizo que ambos se vieran inmersos en una serie de disputas y pleitos constantes. Pronto terminaron los dos alcohólicos y se vieron presos de una vida abyecta y vil que los llevó inevitablemente a la muerte.

Dos tipos callejeros

En este cuadro sigue Pereyra ahondando en el lado más oscuro de la sociedad. Para ello en esta ocasión baja a los fondos más míseros y tremendos de Arrecife. En el primer *tipo* nos cuenta la triste y terrible historia de una mujer ninfómana llamada Ambrosia. El cuadro que nos describe el escritor es uno de los más patéticos y horribles de todo el libro.

De ella nos dice:

«(...) su cuerpo enflaquecido, casi sin carnes, no tenía ni una curva ni un rasgo siquiera que revelase la plástica de la mujer. Terroso era el color de su cara, y la piel semejaba un pergamino arrugado. Su boca ¡qué horror! en movimiento nervioso incesante, dibujaba las muecas más espantosas e increíbles que en rostro humano puedan jamás haberse contemplado (...) Impresión de angustioso sufrimiento se experimentaba al ver dibujarse aquella interminable mueca infernal, que a suplicio anticipado de condenado por la Iglesia romana al fuego eterno se parecía (...) La terrible neurosis, atacó no sólo al rostro sino a todo el cuerpo. Me acuerdo de verla andar arrastrándose casi, apoyada en un palo, y recorrer así las calles del pueblo implorando la caridad, con su sempiterna mueca en la boca, esforzando por articular alguna sílabas, que, roncadas y desgarradas, salían apenas de su laringe. Servía de diversión a la chiquillería soez y malvada (...) y sufría, impotente para defenderse de ella o huirla, los escarnios de obra y de palabra de que la hacía objeto» (52).

El otro caso es el de José Plata, borracho, ratero y poseedor de una «inteligencia limitadísima, rayana en el idiotismo» y en el que florecen los «instintos más perversos». Nos lo describe como un ser despreciable y miserable, cuando dice:

«... A veces desarrollaba en él una especie de frenesí o locura erótica que se traducía en ataques bruscos a la primera mujer que junto a él pasaba; a la cual poseyera con violencia o ahogara entre sus brazos, no pudiendo satisfacer en ella su bestial apetito, si no hubiese habido quien impedirselo pudiera» (53).

Pereyra nos descubre a algunos personajes con traumas psicológicos, alcohólicos, prostitutas y seres abyectos que obedecen, sin saberlo, a impulsos primarios y a las pasiones más bajas. Este materialismo fisiológico al que parecen sometidos los

personajes, ese determinismo biológico darwiniano de la herencia y la propia actitud científico-experimental que hace indagar al escritor naturalista en la psique humana, traen consigo los primeros atisbos de un hondo escepticismo y pesimismo que afloran en Pereyra como en muchos de los escritores e intelectuales de finales del siglo XIX.

Así lo vemos ante la contemplación dolorosa de los cuadros que él mismo describe con una meticulosidad asombrosa, mostrándonos como un hombre escéptico. Y he aquí lo que diferencia a **Pereyra de Armas** de muchos de los escritores naturalistas españoles y lo acerca, en cierto sentido, a las letras francesas, frente, por ejemplo, al naturalismo de **Emilia Pardo Bazán**, la cual nunca dejó de manifestar su catolicismo y que en opinión del propio **Zola** defendía un «naturalismo puramente formal».

En este cuadro, *Dos tipos callejeros*, el escritor lanzaroteño se nos presenta como un hombre al que la fe católica no le proporciona una explicación satisfactoria que le justifique la necesidad de la existencia de unos seres tan deplorables como los que acaba de describir. En este sentido, Pereyra se adelanta a muchos escritores isleños de su época declarando, sin ningún tipo de prejuicios en este punto, que él se considera en este sentido ateo. Esta actitud anticristiana de Pereyra está a la misma hora filosófica que la de intelectuales como **Zola**, **Kierkegaard**, **Schopenhauer** o del pensamiento de **Unamuno** cuando dice aquello de:

«Admitiendo la existencia de un Dios inteligente, piísimo y misericordioso, y a la pareja humana como hechura suya y su obra más acabada y perfecta, no he podido explicarme jamás, sin duda por limitación y pequeñez de mi entendimiento, la vida de estos desgraciados seres irresponsables, y la finalidad de la misma: seres creados exclusivamente para el sufrimiento... ¡Qué obra tan odiosa!» (54).

Evidentemente, estas líneas levantaron, como antes decíamos cuando hablábamos del Prólogo, un sinfín de críticas adversas en la prensa tinerfeña, llegando a protagonizar toda una cruzada contra la obra *Tipos de mi tierra* por parte del sector más conservador, intransigente y acérrimo defensor de las buenas costumbres católicas del periodismo de Tenerife.

Pepe Placenta

En este capítulo continúa Pereyra, hasta cierto punto, con la línea antirreligiosa que se planteaba en el cuadro anterior; pero en esta ocasión la orienta hacia posiciones anticlericales. La historia que ahora nos cuenta es la de un sacristán que, no pudiendo ver satisfecha su vieja aspiración de ganarse la vida siendo cura, sin

antes haber pasado por el Seminario, abandona, sin ningún trauma de fe, su presumible vocación religiosa, para adentrarse en el mundo de las leyes, donde espera conseguir mejor fortuna.

No deja de ser sintomático la comparación irónica entre la Iglesia y las Leyes que introduce Pereyra de Armas, como dos mundos separados en su materia (lo espiritual uno y lo legal el otro), pero que comparte una parecida retórica a través de la que nuestro personaje quiere ganarse la vida.

Conecta así, Pereyra, con el tema de los pícaros novelescos de nuestra tradición literaria de la mano de este simpático *Pepe Placenta*. Así nos relata Pereyra su paso, sin pena ni gloria, de la sacristía a la escribanía:

«Afinidades singulares existen, sin duda, entre la gente de la iglesia y la gente de la curia. No es nueva esta observación, y en ella han coincidido todos los que hasta hoy dedicaron su ingenio y conocimientos a los estudios sociales. En lo externo: de negro visten curas y escribanías y fariseos; lucen traje telar en las ceremonias de sus ritos; y tanto tiene la toga de sotana (...) como el bonete de birrete (...). En lo interno: intérpretes son también, en virtud de títulos que no dan ciencia sino suficiencia, de las leyes humanas; y lo mismo tuercen, falsean y desfiguran y truecan la verdad y el derecho éstos en lo humano que aquéllos en lo divino» (55).

Queda más que justificada, dentro de los parámetros ideológicos y sociales de la época, que estas palabras en las Canarias de 1897 levantasen la polvareda periodística en los sectores más conservadores y católicos de la sociedad de las islas de la época.

La doncella

En el cuadro que ahora nos ocupa hace Pereyra un boceto preciso del nacimiento de un tipo femenino de la burguesía comercial de las nuevas ciudades portuarias canarias. Se trata de una de aquellas comerciantes entusiastas, metódicas y laboriosas que, al calor de la configuración de las pequeñas urbes isleñas, se trasladan a las islas menores para impulsar negocios como tiendas de ultramarinos y demás mercaderías, para suministrar no sólo a la población, sino también a la incipiente flota o a los barcos de cabotaje.

La imagen que Pereyra da de la doncella es un retrato entre humorístico y tierno de una mujer hacendosa y diligente que, a fuerza de su empeño laborioso, atiende primorosamente la tienda y a sus clientes, en su lucha paciente por hacerse un pequeño capital y retornar a su tierra. En esta ocasión, la mirada que proyecta Pereyra sobre ella no viene salpicada por tintes naturalistas, sino por otros más

cercanos al costumbrismo regionalista. Para la doncella nuestro escritor sólo tiene una sonrisa nostálgica dibujada entre los renglones que su recuerdo le proyecta.

Señor Luis

Sin duda alguna, en este cuadro consigue Pereyra retratar uno de los momentos más grotescos y oscuros del libro, alcanzando con ello uno de los mejores climas literarios de esta obra. En él se nos describe el «cuadro vivo» de un enano afeminado que es ofrecido como objeto de curiosidad y de satisfacción juvenil a las hijas de un hacendado rico y que, una vez éstas han pasado la edad de la pubertad, se olvidan del pobre enano, antaño muñeco de juegos de todas las mujeres de la casa. Pereyra de Armas nos describe con una crudeza despiadada, dentro del programa naturalista, la vida de este pequeño hombre, presentándonoslo como un individuo reducido a objeto ridículo o juguete de unas niñas caprichosas que no dudan en olvidarlo al hacerse mujeres, lo cual lo convierte en una persona hosca, insociable y hostil.

La historia arranca cuando el enano visita casualmente la casa de los hacendados a los cuales pertenecen las tierras donde viven los padres de éste. Objeto de sorpresa y curiosidad por las damas más jóvenes de la casa, es requerido para que permanezca en la misma para siempre. El enano, llamado Luis, se ve así inmerso en un mundo refinado y cursi, rodeado de féminas que lo toman casi como un fetiche lúdico con el que entretenerse a modo de muñeco vivo o como pequeño hombrecito donde ensayar sus «caprichos y travesuras de mujeres adolescentes».

En esta ocasión Pereyra nos demuestra una última pintura negra dentro de la línea de la estética naturalista que baña estos cuadros pintados «al natural». Para ello no duda en escarbar con pasión científicista en la psique y en el comportamiento del enano, a través del análisis de los condicionantes vitales que le han llevado a su actual condición de hombre huracán e irascible.

Gusta a Pereyra enseñarnos estos seres maltratados por la sociedad y por la naturaleza, cuyo vivir es un cúmulo de tormentos y mortificaciones como la propia existencia en el caso del enano, o también los casos ya vistos de *La pareja* de Ambrosio y José Pata.

Y es ahí, en este gusto por mostrar y analizar a estos seres de nuestra sociedad cuyas vidas rayan las desgracias y el lumpen más bajo y mísero, donde Pereyra se nos muestra como un escritor que brilla con luz propia y se aleja del panorama de las letras costumbristas canarias de su época. No obstante, *Tipos de mi tierra* es, en su conjunto, una novela regionalista canaria. Ahora bien, a la luz de lo leído, no

podemos olvidar que late en ella una especial orientación hacia el realismo, con un acentuado color naturalista que diferencia a Pereyra, en buena medida, de muchos de los escritores canarios de su época.

Conclusiones

Pereyra de Armas, con estos diez cuadros, se nos ha presentado como todo un maestro del retrato psicológico de un grupo humano de una pequeña ciudad portuaria canaria durante la segunda mitad del siglo XIX. Para lo que nuestro escritor ha utilizado numerosos recursos estilísticos, perfilando los trazos de una interesante galería de personajes. Ante nosotros han desfilado desde el retrato nostálgico hasta el caricaturesco, pasando por aquellos dibujos literarios más reveladores teñidos con la pluma naturalista y que, en ciertos momentos, hasta llegan a ser escatológicos.

La intención de Pereyra no es mostrarnos en este texto a los sectores más representativos de la época. Su intención es otra. Su lenguaje poético, embebido de la estética del realismo y del naturalismo que se ensayan lejos de las islas, lo anima a indagar en una materia literaria diferente a la que buscan sus colegas insulares. No encontramos ni pescadores, ni campesinas realizando faenas como en los mejores cuadros del tipismo costumbrista, ni parejas de enamorados sobre escenarios bucólicos de la geografía canaria.

Salvo en los capítulos de «Cuadros Vivos» o «La Casilla del Resguardo», Pereyra de Armas en *Tipos de mi tierra* se aleja de los esquemas tipológicos de la literatura regionalista y nos muestra otros que traen, en la descripción de sus personalidades otro interés temático como pueden ser la enigmática naturaleza política e ideológica de sus personajes como la del «Boticario», la personalidad esquizofrénica de «Clarita», la desafortunada relación de Pepa y Ramón en «La Pareja», la terrible vida de Ambrosia y José Pata en «Tipos callejeros» o, finalmente, la descarnada existencia del enano de «Sr. Luis».

El marco referencial donde sitúa a estos cuadros no es otro que el Puerto del Arrecife. En efecto, esta peculiar galería de personajes que acabamos de ver está contextualizada en Arrecife, convertido con *Tipos de mi tierra* en un verdadero y auténtico escenario de la geografía literaria.

José Ramón Betancort Mesa
Arrecife de Lanzarote, febrero de 2002

NOTAS

(1) La edición del *Nobiliario de Canarias* de FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT que J. Régulo Pérez edita en la Imprenta Gutemberg de Santa Cruz de La Palma en 1954, aparecen dentro de la Casa Castro, entre las páginas 320-323, las siguientes personas :

"VIII. Don Fernando Francisco Pereyra de Castro y Grijalba, nacido en el Puerto de La Cruz, en cuya iglesia parroquial de N^a S^a de la Peña de Francia recibió las aguas bautismales el día 24 de octubre de 1795. Fue su mujer Doña Josefa de Armas y Cabrera, con quien contrajo nupcias en Lanzarote, que era hija de Don José de Armas, Capitán de Milicias, y de Doña Bárbara Cabrera y Bethencourt, y procreó cuatro hijos, a saber: 1. *Doña Joaquina M^a de los Dolores Pereyra de Armas*, que casó en Arrecife el 21 de octubre de 1857 con Don Ruperto Vieyra y Sousa, natural de Las Palmas de G.C., y no tuvieron posteridad. 2. *Don Miguel José*, que sigue. 3. *Don José Fernando Pereyra de Armas*, casado en Arrecife con Doña Laura Galviatti y Castellano y padre en ella de A) Don Fernando Pereyra y Galviatti, marido de Doña María del Carmen Stinga y González Curbelo. B) Don José Fernando Pereyra y Galviatti, Jefe Superior de Administración Civil, Delegado del Gobierno de Su Majestad en la Isla de Lanzarote y miembro durante muchos años de la Real Sociedad Española de Historia Natural, a la que prestó muy estimables servicios científicos. Nació en Lanzarote el 8 de junio de 1881 y falleció en la misma isla el 11 de febrero de 1940, casado con Doña Bienvenida de Paiz y González Curbelo desde el 14 de diciembre de 1910. 4. *Doña M^a Ana Toribia de los Dolores Pereyra de Armas*, que casó primero con Don Francisco M^a de León y Morales, Diputado provincial en la primera Asamblea de la Restauración, y después con Don Luis Benítez de Lugo, nieto de los Marqueses de la Florida.

IX. Miguel José Pereyra de Armas Ocampo Castro y Grijalbo, nacido en Arrecife el 11 de enero de 1841 y bautizado en su parroquia de San Ginés Obispo el 17 del mismo mes, fue Catedrático y Director de la Escuela de Náutica de Santa Cruz de Tenerife y distinguido publicista, autor de *Tipos de mi tierra* (1897) y de otras valiosas publicaciones históricas y literarias. Pasó a mejor vida en la capital de Canarias el 3 de abril de 1908, casado con Doña María del Carmen Gil y García, natural de Montevideo, y dejando por hijo y sucesor a:

X. Domingo Pereyra y Gil, Jefe de Administración Civil de primera clase, nacido en Arrecife el 27 de octubre de 1872 y muerto en Santa Cruz el 20 de febrero de 1952, viudo desde el 20 de septiembre de 1935 de Doña Ofelia de Cabrera y Mac-Kintosch, Licenciado en Derecho y Comandante de Artillería, ya difunto, e hija de Don Lorenzo de Cabrera y Cabrera, Doctor en Medicina, y de Doña Amelia Mac-Kintosch, su legítima mujer. Aquella unión produjo los seis hijos que aquí se expresan: 1. *Doña María del Carmen*, nacida en Las Palmas el 27 de noviembre de 1900, que

casó en San Sebastián de La Gomera, el 21 de abril de 1925, con Mariano García Ibáñez Porres y Barbaza, Licenciado en Derecho y Notario del Ilustre Colegio de Las Palmas con residencia en Santa Cruz de Tenerife, nacido en Madrid el 24 de enero de 1886. **2. Doña Amelia**, nacida en Arrecife, el 10 de mayo de 1902, que está viuda de Don José Valbuena y Salas, con quien casó el 23 de julio de 1930 en Santiesteban del Puerto (Jaén). **3. Don Miguel**, Jefe actual. **4. Doña Ofelia**, nacida en Arrecife el 1º de julio de 1905, casada en San Sebastián de La Gomera, en febrero de 1930, con Don Saturnino de Eugui y Borges, nacido en Gurabo (Puerto Rico) el 6 de octubre de 1905, hijo de Don Prudencio de Eugui y Barriola, natural de Lizarra (Guipúzcoa), y de María de los Dolores Borges y Delgado, de Gurabo. **5. Don Lorenzo**, nacido en Arrecife el 27 de septiembre de 1906, que casó en Cádiz, iglesia de San Lorenzo, el 2 de diciembre de 1931, con Doña María del Carmen Bello, hija de Don Antonio Bello y Contreras y de Doña María del Carmen Ruiz Cuenca, naturales de Cádiz. Sin sucesión. **6. Don Domingo Castro Pereyra y Cabrera**, nacido en Hermigua, isla de La Gomera, a 7 de julio de 1908, casó en la ciudad de Granada el 9 de mayo de 1941 con Doña Matilde Rubio y Pérez Vendrell. Está en posesión de dos Cruces del Mérito Militar con distintivo rojo, ganadas en la Guerra de Liberación, en la que luchó como voluntario. Hijos: **A)** Don Eduardo Domingo Ildefonso, nacido el 23 de julio de 1943. **B)** Doña Gloria María, nacida el 28 de junio de 1946. **C)** Don Rafael Luis Pereyra y Rubio, nacido el 16 de junio de 1951; los tres en Santa Cruz de Tenerife.

XI: Don Miguel Juan Pereyra y Cabrera, Comandante de Ingenieros, condecorado con la Cruz y Plaza de la Orden de San Hermenegildo y con la del Mérito Militar con distintivo rojo, nació en Arrecife el 23 de junio de 1903, fue bautizado el 1º de julio siguiente en la parroquia de San Ginés y contrajo enlace matrimonial en Arona (Tenerife), a 27 de septiembre de 1926, con Doña Elcira María Reverón y Martín. En la actualidad ostenta la representación agnada de la familia que reseñamos, por haberse extinguido su rama primogénita al morir, sin haber tomado estado, el Jefe de la misma Don Tomás de Castro Ayala y Lorenzo Cáceres, mencionado en la página 300 de este tomo. De Don Miguel Pereyra y de Doña Elcira María Reverón son fruto: **1. Don Miguel Rómulo Pereyra y Reverón**, nacido el 7 de agosto de 1927. **2. Don Miguel Ricardo Pereyra y Reverón**, nacido el 19 de abril de 1929. **3. Doña Elcira María Pereyra y Reverón**, nacida el día 25 de febrero de 1931, que reside en Venezuela casada con Don Segundo Marrero Jorge, con quien celebró enlace matrimonial el 27 de septiembre de 1951 en la ciudad de Cáceres. **4. Doña Ofelia Blanca Pereyra y Reverón**, nacida el 16 de enero de 1933. **5. Don José Víctor Pereyra y Reverón**, nacido el 28 de marzo de 1946, en Santa Cruz de Tenerife, como sus hermanos”.

En una nueva edición del *Nobiliario de Canarias* hecha también por **J. Régulo** (Imprenta Gutenberg, La Laguna-Tenerife, en 1967) aparece en el Tomo IV un apartado de “Adiciones y Rectificaciones” donde se aportan más datos sobre la descendencia de Fernando Pereyra y Galviatti y de Miguel José Pereyra de Armas. Vid. pp. 1030-1031:

“**Don Fernando Pereyra y Galviatti** tuvo de su matrimonio con Doña M^a del Carmen Stinga y González Curbelo cinco hijos: **1. D. José Fernando Pereyra y Stinga**, que reside en Arrecife, casado con D^a. M^a de los Ángeles Fernández Figueroa, con quien es padre de: **A)** D^a M^a del Carmen, esposa de D. Miguel Núñez Díaz, Doctor en Medicina; **B)** D. José Fernando, padre con su esposa D^a M^a de la Candelaria González Suárez, de D. José Pereyra González. **C)** D^a M^a de los Ángeles, casada con D. Antonio López Suárez. **D)** D^a M^a del Milagro. **E)** D^a M^a de Fátima. **F)** D. Miguel. **G)** D. Rafael. **H)** D^a M^a Isabel Pereyra y Fernández Figueroa. **2. D^a Flora Pereyra y Stinga**, soltera. **3. D^a. Laura Pereyra y Stinga**, gemela de la anterior, casada con D. Carlos Díaz de Bethencourt. **4. D^a Isabel Pereyra y Stinga**, esposa de D. Domingo de Armas y Paiz, licenciado en Derecho, depositario de Fondos del Cabildo Insular de Tenerife y de la Mancomunidad

Provincial Interinsular. 5. *D^a M^a del Carmen Pereyra y Stinga*, casada con D. José de Paiz y García, Abogado, residente en Arrecife de Lanzarote.

Don Miguel Pereyra de Armas Ocampo Castro y Grijalba, Jefe de la rama segunda de esta Casa, tuvo de su matrimonio con D^a M^a del Carmen Gil y García tres hijos: **1. D. Fernando**, que murió en la infancia. **2. D. Domingo**, por quien continuó la familia, como se indica en la página 321 del Tomo II. **3. D. Rafael Emilio José Pereyra y Gil**, nacido en Arrecife el 17 de agosto de 1876, contraído matrimonio en el Puerto de La Cruz, el 11 de mayo de 1907, con Doña María del Carmen Peraza y López. Ambos esposos fallecieron en La Laguna, el 8 de octubre de 1951 y el 3 de junio de 1948, respectivamente, y dejaron de su matrimonio tres hijos: **A) Don Miguel Pereyra y Peraza**, nacido en el Puerto de La Cruz el 19 de abril de 1911, Licenciado en Derecho, tomó parte en la Guerra Civil española y es miembro de la Hermandad de Ex-Cautivos. Se halla en posesión de diversas condecoraciones por su actuación en campaña, así como de la Medalla de Plata de la Hermandad Provincial de Voluntarios del 18 de Julio y de la Bronce de La Laguna. **B) Doña Feliciano Rafaela**. **C) Doña María del Carmen Pereyra y Peraza**, que, como sus dos anteriores hermanos, reside en La Laguna, sin haber tomado estado".

(2) **MILLARES CANTERO, AGUSTÍN** (1982): "Arrecife, el puerto de la barrilla", en *Boletín Millares Carló*, III, 5 junio 1982, Centro Asociado de la UNED de Las Palmas de GC, p.121.

(3) En el **Archivo Histórico Provincial de Las Palmas** se encuentra el Documento de la *Venta de D. Pedro Reyes a D. Fernando Pereira*, fechado en el Puerto del Arrecife a 2 de octubre de 1832 donde reza: "En el Puerto del Arrecife Ysla de Lanzarote a dos de Octubre de mil ochocientos treinta y dos años; ante mi el Escribano de S.M. y tgos. Que se designarán pareció presente Pedro Reyes de esta vecindad al que doy fé, conozco y dijo: que otorga que vende desde ahora y para siempre jamás a Dn. Fernando Pereira de esta misma vecindad, para él y los suyos y quien su Dro. Hubiere: Un sitio y Casas situado en este dho. Puerto y en su Calle Real, compuesto de alto y bajo, con un solar atrás y otra baja, un almacén grande y otro pequeño todo unido, cuyo fundo se compone de cincuenta barras de largo; y linda dho. Sitio y Casas por un frente con la citada Calle Real, por la trasera con otra Calle, por un costado con sitio y Casas de Dn. Guillermo Topham y por el otro costado con las casas de Dn. José Domínguez Aldana (...) y se lo vende (...) en cantidad de mil y cien pesos...".

(4) En el **Testamento de Josefa de Armas**, testado el 4 de noviembre de 1870 ante el Notario de Arrecife, el Sr. Hernández Fierro, y leído ante sus herederos el 29 de noviembre de 1881, Doña Josefa deja a su hijo Miguel Pereyra de Armas un Tributo que "...la testamentaria tiene sobre bienes en el Valle de Igeste de Tenerife, el cual se ha adjudicado al partícipe Don Miguel, fuera de su legítima, por mutuo acuerdo de los cuatro hermanos, a fin de reintegrar a aquel en parte de los perjuicios que se le coaccionaron con la pérdida de una finca en Montaña Roja, que se le adjudicó en la participación de los bienes del padre común D. Fernando Pereyra (participación protocolizada por este Notario el 24 de septiembre de 1870)".

(5) Op. Cit. pp. 141 y 152.

(6) **PEREYRA DE ARMAS, MIGUEL** (1897): *Tipos de mi tierra*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta La Laguna.

(7) **PADRÓN ACOSTA, SEBASTIÁN** (1968): *Retablo Canario del siglo XIX* (edición, notas e índices por Marcos G. Martínez), Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife, pp.141.

- (8) Op. Cit. Pp. 142.
- (9) **PEREYRA DE ARMAS, Miguel** (1895): "Prólogo" al libro *Palotes y perfiles* de Isaac Viera y Viera, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta de Félix S. Molowny.
- (10) **PEREYRA DE ARMAS, Miguel** (1895): "Prólogo" al libro *Lágrimas* de Julio Nieto y Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta de Vicente Bonnet.
- (11) **PEREYRA DE ARMAS, Miguel** (1899): *Un cuarto a espadas (El Sr. Sánchez de León y su compañía)* con prólogo de Julio Nieto y Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta Isleña de Hijos de Francisco C. Hernández.
- (12) Op. cit. p.126.
- (13) **HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, MANUEL** (1989): "Cambio social y transformaciones culturales en Lanzarote durante el siglo XIX", en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Puerto del Rosario, Cabildos de Fuerteventura y Lanzarote, pp.278-279.
- (14) **ALONSO, ROSA MARÍA** (1991): *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*, Islas Canarias, Ed. Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias, p.12.
- (15) **SÁNCHEZ ROBAYNA, ANDRÉS** (1995): "Arte y Cultura (Siglos XIX y XX)" en *Historia de Canarias*, edición de Antonio de Bethencourt Massieu, Las Palmas de GC., Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, p.547.
- (16) Op. cit. pp. IX-XI.
- (17) **DE LA NUEZ CABALLERO, SEBASTIÁN** (1985): "Prólogo" a *Obra Escogida de Luis y Agustín Millares Cubas*, Las Palmas, EDIRCA, pp.18-19.
- (18) **DE PAZ, MANUEL Y SÁNCHEZ, JUANA** (1988): *Pensamiento Contemporáneo*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, p.70.
- (19) **PEREYRA DE ARMAS, MIGUEL** (1900), "Adiós al siglo", publicado en el periódico *La Atlántida*, Año I, nº 1, el 1 de enero de 1900, Las Palmas de GC. pp. 5-6.
- (20) **PEREYRA DE ARMAS, MIGUEL** (1900), "Satisfacción de una deuda", publicado en el periódico *La Luz*, Año I, nº 3º, el 11 de febrero de 1900, La Laguna-Tenerife.
- (21) **PATTISON, WALTER** (1982): "Etapas del naturalismo en España", en *Historia de la Crítica de la Literatura Española: Romanticismo y Realismo*, Tomo V, Barcelona, Cátedra, pp.424-425.
- (22) Op. cit. pp.38-36.
- (23) Op. cit. p.46.
- (24) El artículo "¿Adelanto o retroceso?" de *La Voz de Icod* fue reproducido en el periódico *Aguere* en el número 63, del 20 de septiembre de 1897, en Santa Cruz de Tenerife.
- (25) Artículo «Sorpresa Indigna» del periódico *Aguere*, Nº 64 del Año I, publicado el 24 de septiembre de 1897, en Santa Cruz de Tenerife.

(26) Fragmento del diario *El Heraldo de las Tijeras*, publicado en el periódico *Aguere*, en el número 65 del Año I, el 30 de septiembre de 1897, en Santa Cruz de Tenerife.

(27) **BETANCORT MESA, JOSÉ RAMÓN** (1999): «*Tipos de mi tierra* de Miguel Pereyra de Armas (1841-1908)», en *VIII Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, Arrecife de Lanzarote, Servicio de Publicaciones del Cabildo de Lanzarote, 1999, pp-241-271.

(28) Op. Cit. p. 142.

(29) Op. cit. p.VII.

(30) Op. Cit. p. XIII.

(31) Op. Cit. pp. XI-XII.

(32) **GÓMEZ AGUILERA, FERNANDO** (1999): «Introducción» en *Arrecife. Antología de Crónicas* de Leandro Perdomo, Madrid, Fundación César Manrique, 1999, p. 51.

(33) Op. Cit. p. XIII.

(34) **ÁLVAREZ RIXO, JOSÉ AGUSTÍN**: *Historia del Puerto del Arrecife*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife, 1982.

(35) **STONE, OLIVIA M.** (1887): *Tenerife y sus seis satélites (o Pasado y presente de las Islas Canarias)*, Valencia, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1995, Vol. II.

(36) Op. Cit. pp.XIV-XVI.

(37) **PEREYRA DE ARMAS, MIGUEL** (1903): en "Por simpatía al Sr. D.G.W.", publicado en el periódico *El Tiempo*, Año I, nº 95, el 19 de diciembre de 1903, Santa Cruz de Tenerife.

(38) Op. cit. pp.14-15.

(39) Op. cit. pp.27-28.

(40) *Ibíd*em, p. 31.

(41) *Ibíd*em, pp. 34/35.

(42) *Ibíd*em, pp. 38.

(43) *Ibíd*em, p.46.

(44) *Ibíd*em, pp. 53-55.

(45) *Ibíd*em, p.70.

(46) *Ibíd*em, p. 76.

(47) *Ibíd*em, pp. 90-91.

(48) *Ibíd.*, p. 99.

(49) **MARTÍN HORMIGA, A. F.** (Félix Hormiga), (1994). *El Rabo del Ciclón*, Arrecife, Cofradía de Pescadores de San Ginés.

(50) Vid. **PEREYRA**, *op. cit.* p. 122-123.

(51) *Ibíd.*, pp. 132.

(52) *Ibíd.*, pp. 149-150.

(53) *Ibíd.*, p. 152.

(54) *Ibíd.*, pp.150-151.

(55) *Ibíd.*, pp.162-163.

TIPOS DE SE TIERRA

— No tiene el lector...

— Estas cosas...

— No tiene el lector...

— Estas cosas...

— No tiene el lector...

— Estas cosas...

— No tiene el lector...

— Estas cosas...

— No tiene el lector...

— Estas cosas...

TIPOS DE MI TIERRA

— No tiene el lector... Estas cosas... No tiene el lector... Estas cosas... No tiene el lector... Estas cosas...

— Realiza por la vida... Realiza por la vida... Realiza por la vida... Realiza por la vida...

— La historia... La historia... La historia... La historia...

— Como un... Como un... Como un... Como un...

— Este un... Este un... Este un... Este un...

— Pasa... Pasa... Pasa... Pasa...

TIPOS DE MI TIERRA

No tome el lector por prefacio, prólogo o liminar, como diría Salvador Rueda, estas líneas. Son sencillamente el reflejo, aunque pálido —pues todo lo que se refiere a sentimiento tiene mucho de inefable— de las impresiones recibidas por mi al ver desfilan en las páginas de este libro **Los Tipos de mi tierra**, los cuales, descritos admirablemente, marcados con el sello de la realidad, da hoy a conocer mi amigo y paisano, D. Miguel Pereyra, distinguido escritor que siempre ha puesto su pluma al servicio de los ideales del Arte.

Redívidos por la varita mágica de la fantasía, dibujados con riqueza de la fantasía, dibujados con riqueza de colorido, llenos de *calor de humanidad*, Los Tipos de mi tierra, después de pagar hace bastantes años su tributo a la muerte, han logrado el privilegio de convertirse en personajes literarios, de alcanzar una segunda existencia, sin duda de más duración que la primera, merced a los esfuerzos de memoria y ejecución que ha hecho, por amor a su patria, el Sr. Pereyra.

La literatura regional, tan en boga, y de la que es maestro el insigne Pereda, ha tenido también entre nosotros dignos cultivadores. El primer libro que con esta tendencia ha visto la luz se debe a los Millares, dos jóvenes dotados de fina observación, que confirmaron en las escenas y paisajes De la tierra canaria, las esperanzas que desde sus primeros ensayos hicieron concebir.

¿Cómo no acoger con aplauso esta segunda obra de la serie, que contando con el progreso que se opera en todas las manifestaciones del espíritu, continuará en adelante? El Sr. Pereyra, que en esta tarea ha mostrado la ternura de su corazón de patriota y los primores de su ingenio de escritor, no ha querido buscar por ahora asuntos fuera de nuestro horizonte; comprendiendo muy bien, que donde quiera halla materia laborable un buen artista.

Para un alma de temple de la suya, no podía pasar inadvertido el prístino encanto, la original belleza, la dulce placidez que dan el alejamiento y la soledad, la incomparable naturaleza de nuestra Isla que, en cierto sentido, pudiera llamarse la Venecia del Archipiélago.

Próxima al África, con la que tiene más semejanza que las demás; con un suelo pródigo en ricos frutos, que allí, hasta la arena es fecunda; surcada por torrentes de lava que acusan grandes conflagraciones cósmicas; con montañas

que parecen fraguas de Vulcano, y que se apellidan *del fuego*; con árboles y plantas que crecen lozanos y pomposos, formando masas de verdura sobre la abrasada superficie, verdaderos oasis que rompen la monótona perspectiva del desierto; con un mar sin olas y sin espumas, dormido como un lago y transparente como un cristal; con un ambiente tibio de primavera donde se percibe el aroma de las flores de todas las zonas y el excitante olor de los mariscos que se crían abundantes y sabrosos, como en ninguna parte, en sus costas; con la variedad de aspectos y puntos de vista que mantienen viva la curiosidad en el viajero; con los extraños nombres de sus lugares que recuerdan los del continente vecino; con la novedad que ofrece y las sorpresas que guarda, Lanzarote será siempre objeto de predilección, no sólo para sus hijos, sino para todos los que sepan sentir la poesía de las cosas.

En Arrecife, su capital residieron D. Benito, D. Demetrio, Sr. Mateo Antonio, Maestro Colás, el hermano Bonifacio, D^a. Marta, Pepe "Placenta" y los demás que no cito, quienes, como otros tantos Lázaros han dejado el sepulcro evocados por Pereyra.

Algunos de estos *originales*, particularmente los que intervienen en "Cuadros vivos", pueden servir de estudio para una novela de costumbres; los que frecuentaban "La Caseta de resguardo", nada tienen que envidiar a los héroes de las narraciones marítimas de Fenimore Cooper. Y véase como —insisto en esta idea— sin necesidad de acudir a las grandes poblaciones, a los centros en que es más vertiginoso el movimiento social, se encuentran modelos, se sorprenden luchas y pasiones y se descubren vicios y ridiculeces que, como mina inagotable, explota el escritor. Es preciso traer al campo de la literatura savia nueva y ensanchar los moldes de la creación artística. A este espíritu de renovación que considera la vida humana en toda su complejidad, asignándole por teatro lo mismo la aldea que la corte, ha respondido como nadie en España, Feliú y Codina. Así hemos podido contemplar en la escena la interesante y dramática figura de "La Dolores", y saborear "Miel de la Alcarria".

No dejarán de ser seguramente menos interesantes "Los Tipos de mi tierra", porque hayan nacido en apartado y oscuro pueblo de una isla oceánica.

El tino en la elección de asunto y la maestría en el desempeño, son los factores que deben decidir del éxito de las obras. Y en la presente creo que no falta ni lo uno ni lo otro. Hay en ella apreciaciones, maneras de sentir y de juzgar, manifestaciones de un criterio independiente, reflexiones personales respecto a todos aquellos puntos que, salvando la unidad, tienen que tratarse aún dentro del trabajo menos *tendencioso*, que dicen los alemanes. Entiendo que no son estos los elementos que ha de recoger la crítica para formar juicio en materias literarias. ¡Medrada estaría la literatura si hubiera de someterse en sus concepciones al estrecho exclusivismo de la opinión de partido o del espíritu de secta! Podemos estar en desacuerdo con las ideas de un autor y admirarle como artista.

Y es que el arte tiene finalidad propia: la expresión de la Belleza; todo lo demás es, si no extraño, secundario.

Desde luego se echa de ver en todo lo que produce, que Pereyra es *realista*; a veces como es fácil demostrar leyendo algunos párrafos de sus escritos, se pasa al *naturalismo*; pero estos son achaques de escuela, que no empecen al mérito de la obra. Lo bien concebido y bien expresado, no deja de serlo porque el escritor se inspire en el código literario de éste o el otro maestro, Hugo o Zola, por ejemplo.

A este propósito escribía el malogrado Revilla: "El crítico imparcial en el buen sentido de la palabra, tiene un sistema, tiene su escuela, su doctrina; pero la justicia, por una parte, y su buen gusto, por otra, le impiden censurar aquellas obras que, siendo positivamente bellas, no encajan en los principios de su sistema".

Si esto es aplicable a los que ejercen la crítica ¿con cuánta más razón lo será a los que, meros aficionados o *diletantes*, sólo aspiran al gozo estético, sin sujetarse a ideas preconcebidas? Confieso que soy de estos últimos; que no renunciaré a esta especie de eclecticismo que, dejando a un lado escrúpulos de escuela, me permite admirar todas las obras *positivamente bellas* del ingenio humano.

En resumen, como hijo de Arrecife, de aquella peña, "por pobre e ignorada más querida", y como devoto de la literatura, saludo con alborozo la aparición de estos estudios del natural. Para los ausentes de la patria, siempre serán un consuelo. Tan magistralmente descrita está en la *Introducción*, que se siente uno profundamente emocionado, creyendo tener delante los sitios que fueron teatro de los juegos de su infancia.

El lago salado, que merece sus tranquilas aguas al Norte del incomparable puerto, y que figura en mis recuerdos de niño con el modesto nombre de "Charco de San Ginés", aparece verdaderamente fotografiado por Pereyra. Lugar predilecto para todo el que haya nacido en Lanzarote, ha merecido los rasgos más felices de su pluma.

De aquel pequeño mar ¿quién no ha sido Colón? ¿Quién no ha guiado su barquichuelo a través de su tersa y líquida llanura? ¿Quién no ha ido allí a *barloventear*; placer que sienten como nadie los lanzaroteños?...

Yo también *he echado barquitos* en aquella "albufera hermosa", como gráficamente la llama Pereyra. Uno de mis hermanos, que entre otras prendas, nos aventajaba a todos en habilidad técnica, era el encargado de proveerme de *balandras*, *goletas* y *bergantines* para nuestras infantiles regatas. Declaro, que cuando mi *buque* llegaba al primero al punto designado como meta, me sentía más ufano y satisfecho que el inmortal Genovés al pisar la tierra descubierta; la cual, según el feliz pensamiento de Schiller, de no existir, Dios la hubiera sacado del mar para premiar la fe del gran navegante.

Compréndese con cuanto interés habrá recorrido mi vista las hojas de este libro. Su lectura ha sido para mí como un retorno a la patria inolvidable.

Están, pues, de enhorabuena Lanzarote y las letras canarias. El único desacierto cometido por Pereyra —el lector lo notará— ha sido encomendarme, careciendo yo de autoridad para ello, la honrosa misión de presentar al público Los Tipos de mi tierra.

Antonio Zerolo

Octubre de 1896

Arrecife de Lanzarote

Ningún sitio más adecuado a grabar la inscripción expresiva del sentimiento o de la idea en que el artífice se inspirara al concebir y realizar su obra, que el frontispicio de la misma. Por eso estampo aquí el nombre de mi patria: el amor que la profeso y a los gratos recuerdos que de ella guardo, debe este libro su existencia.

El autor

Tiempos los deseché el amor de este libro dar a su posición moral un grado de exactitud.

El punto el momento de la vida y del hombre se desata, con separación propia en el conocimiento de sus lugares al ser sucesos, lo que era capaz un pueblo a medida del siglo actual, distinguiéndose el mundo no que existiera en los siglos de los siglos desde entonces. Hecho he aquí un libro de un momento exacto que el momento, con apoyo de la voluntad.

Al lugar de mi patria, como a todos el Chabac y a todos los que al mundo de nosotros que he de haberlos, los siglos de una cosa he y entiendo, me he de haberlos, y solo muy de todo en todo una cosa he y entiendo, de la cual he de haberlos.

Realizando los años de la época que le abren de todo el mundo, y que he de haberlos, y solo muy de todo en todo una cosa he y entiendo, de la cual he de haberlos.

Sea por el momento de la vida y del hombre se desata, con separación propia en el conocimiento de sus lugares al ser sucesos, lo que era capaz un pueblo a medida del siglo actual, distinguiéndose el mundo no que existiera en los siglos de los siglos desde entonces. Hecho he aquí un libro de un momento exacto que el momento, con apoyo de la voluntad.

Al punto se deseché el amor de este libro dar a su posición moral un grado de exactitud.

Una es de los puntos de la vida y del hombre se desata, con separación propia en el conocimiento de sus lugares al ser sucesos, lo que era capaz un pueblo a medida del siglo actual, distinguiéndose el mundo no que existiera en los siglos de los siglos desde entonces. Hecho he aquí un libro de un momento exacto que el momento, con apoyo de la voluntad.

El punto se deseché el amor de este libro dar a su posición moral un grado de exactitud. Una es de los puntos de la vida y del hombre se desata, con separación propia en el conocimiento de sus lugares al ser sucesos, lo que era capaz un pueblo a medida del siglo actual, distinguiéndose el mundo no que existiera en los siglos de los siglos desde entonces. Hecho he aquí un libro de un momento exacto que el momento, con apoyo de la voluntad.

Fuero, para de sus buenas acciones y las buenas causas. El autor del
libro conocido por el nombre de "El libro de los reyes" ha sido encargado de
revisarlo por el momento para ello, la primera intención de programar el trabajo
de la vida de los reyes.

Madrid a 15 de Mayo de 1730

Yo el Rey

Yo el Rey, por el presente mandamos y mandamos que el Sr. D. Juan de Torres y Sotomayor,
Canciller de Castilla, sea el encargado de la revisión del libro de los reyes,
y que en el transcurso de la misma se le dé todo el auxilio que se necesitare
para el cumplimiento de su deber. En fe de lo qual, yo el Rey he firmado
esta Real Cedula en Madrid, a 15 de Mayo de 1730.

INTRODUCCIÓN

Tiempo ha deseaba el autor de este libro dar a su pueblo natal una prueba de su cariño.

Llegado el momento de realizar y dar forma a su deseo, cree oportuno poner en el conocimiento de sus lectores si los tuviese, lo que era aquel su pueblo a mediados del siglo actual, fotografiando el medio en que existieron los originales de los tipos cuyos retratos intenta bosquejar en esta labor de su memoria excitada por el sentimiento, con ayuda de la voluntad.

* * *

Al lugar de mi nacimiento, situado a orillas del Océano y arrullado por el rumor de sus olas que besan dulcemente las orillas de una costa baja y arenosa, no llegaban entonces, y sólo muy de tarde en tarde sino ecos perdidos de la civilización europea.

Realizábanse los adelantos de la época sin que le afectasen de modo directo, y apenas si de él eran advertidos.

Sólo por referencias sabíase allí que surcaban veloces los mares, venciendo la potente fuerza de los vientos y el empuje de las olas, ciudades flotantes; que la palabra, en alas de rayo, rápida como él y como él deslumbradora, cruzaba tierras y Océanos llevando a regiones remotas el pensamiento del genio y la idea hermosa y fecunda de la solidaridad y fraternidad humanas.

Mi pueblo era entonces una especie de limbo.

Una o dos veces al mes recibía noticias de la capital de la provincia; y de él sólo se acordaban los gobernantes cuando de imponerle y cobrarle alguna gabela se trataba.

Y en este estado de olvido, de apartamiento y de ignorancia, pasaban unos tras otros los años sin aportar a sus habitantes más que rumores, no bien determinados ni percibidos, de la vida, de las costumbres, de los goces, de la existencia

en fin, de un mundo a él cercano por la distancia material, muy distante por sus diferencias esenciales.

No databa de mucho tiempo, en la época a que me refiero, la fundación de este pueblo marítimo; poco extensa era su parte urbanizada, escaso su vecindario—no pasarían de quinientos los vecinos— y su comercio de exportación e importación muy reducido.

Limitábanse sus elementos de vida a la pesca del salado, al tráfico de cabotaje, a los productos de un cultivo naciente entonces, más tarde rico venero de efímeras prosperidad y riqueza, y a cambios con los pueblos del interior de artículos indispensables para la vida por granos y otros frutos de la tierra.

Tenía iglesia parroquial de buen aspecto, aunque de orden arquitectónico no bien determinado, sin estar reñido con la estética; una plaza ante la iglesia y otra, recordatorio de la Constitución del año doce. Dos fuertes, uno de ellos notable por su construcción, situábase al N.E. del pueblo, y el otro en un islote frente al mismo y en comunicación con éste por un camino cubierto, parte de él construido sobre el mar con un puente de tres ojos y una plancha levadiza en el del centro, para incomunicar en caso necesario la fortaleza del islote con la población.

Bañábase al Este el mar penetrando por entre varios islotes y determinando pequeños lagos salados o mediterráneos en miniatura, en los cuales entraban embarcaciones mayores y menores que en ellos fondeaban, o varaban en seco en la playa, para limpiar sus fondos y efectuar otras operaciones de carena.

Hacia al Norte formaba la tierra un seno de figura elíptica: una especie de saco con dos bocas, próximas la una a la otra, al Sur y al Este, separadas por un islote. Por esas dos bocas o canales entraban durante el flujo las aguas del Océano, convirtiendo el saco—llanura cenagosa salpicada de charcos en las horas de la bajamar— en albufera hermosa y tranquila, en cuyas aguas se miran las fachadas posteriores de varias casas de la población situadas en su margen izquierda; proyectándose también en ellas grupos de casitas que, escalonadas en anfiteatro, se tienden sobre la empinada ladera de un altozano que forma el terreno en la margen derecha. Constituía estos grupos de casas—hoy ya arruados— un barrio del pueblo habitado por pescadores y gente de mar.

Digno era entonces y lo es hoy también de la atención de un observador este lago salado que convierte la población, por esta parte, en otra Venecia, sin palacios de mármoles y granito.

¡Cuántas veces el que estas líneas escribe se ha solazado en sus orillas contemplando sobre los cristales de éste lago apenas rizados por la brisa, ora bandadas de gaviotas meciéndose dulcemente columpiadas por el vaivén de las menudas olas, o chapuzando en el líquido elemento su pequeña cabeza, armada de pico largo y fuerte, para atrapar algún descuidado pececillo; ora lindas parejas de patos domesticados que, desde los patios de las casas vecinas, se lanzan en el agua y en ella se bañan y recrean, batiendo alborozados sus pintadas alas. En

varios sitios grupos de mujeres y niños que refrescan sus cuerpos en las hondas del tranquilo lago; en otros, chicos medio desnudos o en el traje de Adán jugando con barquichuelos que a veces se escapan de entre sus manos y después de cruzar el charco van a encallar en la opuesta orilla. En diversos puntos pescadores que aprestan las redes y artefactos para la nocturna faena, mientras otros, terminados ya sus preparativos, tienden los remos y bogando surcan el lago, con rumbo a una de sus salidas!

Esas tranquilas escenas miradas hoy en el panorama vistoso de mis recuerdos infantiles, por las lentes de los tiernos afectos, surgen ante mi vista impregnadas de poesía y, con su atractivo y encanto singulares, me infunden dulce melancólica tristeza.

Continuando en mi tarea descriptiva —abstracción hecha de la digresión anterior— en oposición al cuadro que esbozado dejo, con sus rasgos y perfiles poéticos, extiéndese por el Norte y Oeste del pueblo un terreno desigual y pedregoso, de aspecto triste y desolado, bastante árido y en partes casi improductivo, con depresiones más o menos profundas y surcado por pequeñas barranqueras que llevan las aguas que por ellas discurren durante el invierno a varias cisternas o depósitos abiertos en el subsuelo basáltico de la población y de sus alrededores, destinados a surtir a los habitantes de aquella, durante el verano, del precioso líquido potable.

Terminase al Sur este terreno seco y erial en una pequeña vega circundada en parte por una a manera de sierra de corta elevación, y en otras por el mismo terreno que hacia a la vega desciende en declive, regándola con las aguas que por el mismo se precipitan, y convirtiéndola, cuando las lluvias son abundantes, en laguna que, al evaporarse aquellas, se siembra y produce cosecha abundante de cereales.

Interrumpen y alegran, hasta cierto punto, la monotonía y tristeza desconsoladora de este paisaje algunos molinos de viento que diseminados elevan sus torres cilíndricas en los puntos más culminantes del terreno: únicas manifestaciones de la humana industria en el lugar de mi cuna.

Tal era éste en su parte material y externa hace nueve lustros; y tales el marco y los accesorios en que se movían las figuras humanas que me propongo dibujar.

No terminaré la introducción de éste libro sin justificar antes los móviles que a publicarlo me impulsan.

* * *

¿Quién no ha deseado, lector, ver la luz primera en una ciudad populosa embellecida por magníficos palacios, con plazas espaciosas do se elevan artísticas estatuas; con parques y jardines espléndidos plantados de árboles y vistosas plantas por entre las que discurren y juguetea, prestándoles vigor y lozanía, las linfas claras que surgen de fuentes monumentales y de caprichosos surtidores?

¿Quién no ha sentido esta pueril aspiración en años juveniles?

Sólo más tarde, cuando desvanecidas ya las primeras ilusiones de vivir, los desencantos y la duda dejan amargas huellas en nuestros corazones, comprendemos que el cariño afectuoso y tierno, el sentimiento inefable que espontáneo brota del alma del hombre y le liga a su patria, como a su madre, no están en razón directa de la grandeza, de la importancia de aquella.

No por más blanda y lujosa la cuna en que se meció nuestra infancia; no por más caliente y suave el nido en que niños nos dormimos, nos inspiran, ya hombres, más vivos anhelos, ni su atracción es más poderosa.

Un pueblo pequeño constituye una familia única. Juntos en él crecemos y vivimos, y todos nos conocemos y tratamos. Unidos por el dulce lazo de los juegos de la infancia, juntos cruzamos la senda florida que a la adolescencia y a la virilidad conduce, y a su término llegamos sin advertir diferencias de clase, de posición y de fortuna. Cuando de tales preocupaciones sociales caemos en la cuenta ya el bien está hecho, y anudados fuertemente los lazos formados por la simpatía, el cariño y la amistad recíprocas. El hombre no puede ya deshacer lo que hizo el niño.

Para el hijo de un pueblecito, su hogar no es sólo su casa: lo son todas las de sus vecinos. Lo mismo entra y sale y se recrea, y come y duerme en la propia que en la ajena.

Las calles y callejuelas, la iglesia y la plaza, las heredades y huertas de las cercanías, el puente sobre el río o sobre el mar, las arenas y charcas de las playas, las barquillas pescadoras en estas varadas, todas las cosas animadas e inanimadas le son familiares, son sus amigas. Todas le hablan con un lenguaje mudo henchido de caricias y ternezas, y de todas conserva recuerdo indeleble que agrandándose va a medida que a la madurez de la vida se aproxima, y más se agranda cuanto más distante.

Llega el hombre al ocaso de su existencia, y separado por el contraste fatal de los sucesos y por las necesidades imperiosas del vivir del lugar de su nacimiento, del medio en el cual se despertó su corazón a la vida afectiva, con caudal inmenso de ilusiones y esperanzas, contempla apenado en horas de angustia y de tristeza el cuadro encantador de sus primeros años.

Con plácida melancolía evoca las memorias de un pasado venturoso. Por la cámara oscura de su cerebro pasan, claras y distintas, imágenes de seres queridos, escenas encantadoras en que fue actor. Siente y percibe las caricias, la ternura y solicitud inagotables de una madre adorada y por siempre perdida; contempla la visión poética —más hermosa y seductora velada por los sendales vaporosos de recuerdo— de la primera mujer que hizo arder su sangre, acelerando el ritmo de los latidos de su corazón; aparécensele los amigos queridos de su niñez, ya muertos; confúndense las sencillas satisfacciones de su alma de niño con los juegos y solaces de la edad infantil, y todas estas imágenes materiales e inmatéria-

les se alzan en su mente avivando el fuego de su amor al hogar distante, a la pobre e ignorada cuna; por pobre e ignorada, más querida.

Encerrado en límites estrechos el escenario en que se desenvolviera su existencia en la primera edad, aparece éste en la memoria con todos sus pormenores y accesorios, sin que uno solo quede oculto ni se pierda en las lindes de un horizonte sin lejanías.

En primer término, la casa paterna con sus mil recuerdos adorados: ni un rincón que no los tenga. Luego esa otra casa, ese otro hogar en que, al dulce afecto de la *amiga* tierna y cariñosa casi siempre, imponente y severa en raras ocasiones, comenzó a germinar en nuestro ser el pensamiento y la idea y balbucíamos la palabra escrita, dando forma y expresión articuladas a sus signos cabalísticos: labor primera de la inteligencia y piedra angular del grandioso monumento que éste erige para su gloria y en honor de la humana naturaleza.

¡Cuántas memorias placenteras despierta en nosotros la idea de éste hogar!

Cual polluelos nacidos de huevos de distintas aves al calor de la incubación de la llueca que a todos protege y defiende como a hijos propios, juntos y confundidos niñas y niños en las mismas caricias maternas de *la amiga* querida, en nuestro trato íntimo, en nuestra estrecha unión, casi a un tiempo empezaron a revelarse el instinto de pudor en ellas innato, y en nosotros, vaga y confusa la noción de la diferencia esencial de los sexos indicada por los primeros estremecimientos de la carne, premonitores de la fiebre abrasadora que más tarde la mujer habría de producir en nuestro organismo y de la influencia que fatalmente ejercería en nuestra vida.

Con ellas compartimos nuestros recreos infantiles y comunes nos fueron la risa y el llanto, las alegrías y tristezas. Mutuo era en nosotros el cambio de besos, de halagos y caricias inocentes. Crecimos; y convertidas de pronto las crisálidas en encantadoras mariposas, ellas fueron objeto de nuestros más vivos anhelos y nuestras ansias más puras.

Y asistiendo así a sus transformaciones de niñas en doncellas púberes y de doncellas en madres, cruzamos el camino de la vida; los unos, unidos en lazo eterno a la que elegimos por compañera, los otros conservando indeleble en la memoria su recuerdo.

En un ángulo del cuadro y todavía en primer término, confundidos en la semi obscuridad de calurosa noche estival, vislumbramos junto a una barquilla varada en blanda playa de menuda arena, en que las olas al morir besándola se recrean, dos bultos con formas humanas. Agítanse en lucha de caricias ardientes; enlázanse en abrazo supremo, y en una sola confundidas aparecen de pronto las dos formas, como si los seres que las animan, compenetrándose, en uno fundido se hubieran. Suena rumor de besos; percíbese aleteo de ayes y suspiros sofocados, espasmos de placer infinito; y armónico vibra en el ambiente el dúo de amor que la pareja humana entona en loor de la creadora Naturaleza. En esta visión deli-

tosa nos contemplamos mordiendo por vez primera, con el ansia rabiosa de bestia hambrienta, la apetitosa fruta, con locos febriles deseos codiciada; y apurando sedientos de un trago la copa del goce sensual.

En segundo término el puente, las arenas de islote al pueblo fronterizo, las charcas que el mar al retirarse deja formadas en algunos sitios basálticos de sus riberas: testigos de los juegos y de las expansiones inocentes a que diariamente nos entregábamos en nuestra infancia. La iglesia que, en los días festivos, nos despertaba con el alegre tañer de sus campanas, llamándonos a su seno y anunciándonos que estábamos libres de la dulce tiranía de *la amiga* y que durante doce horas no habríamos de abrir el "Catón", el "Terradillo" ni el "Vallejo", ni nos mancharíamos los dedos con el líquido negruzco en que mojábamos la mal cortada pluma de ave para intentar la imitación de las muestras de Iturzaeta, con sus rasgos y perfiles caligráficos a la española.

Y allá en tercero y último término, esfumadas y borrosas, las primeras impresiones del niño en los albores de la vida del sentimiento.

* * *

Este cuadro pequeño en que se cuentan y detallan, de manera distinta y clara, todas las figuras principales y los menores accesorios, es el pueblo en que nací. Y por tenerlo tan presente en su pequeñez; por estar tan vivas en mi corazón y en mi mente, en su variedad escasa, las escenas todas de mi niñez, y por haber pasado la mayor parte de mi vida lejos de él, quiérole más y más cada día y, antes de que se extinga la luz de mi inteligencia, ansío darle una débil muestra de mi amor dedicándole estas páginas.

Así dejo justificada la publicación de este libro.

Lector, si naciste en pueblo pequeño y pobre y le quieres de veras, disculparás mi atrevimiento.

Abril de 1896

EL BOTICARIO VIEJO

Recuerdo a mi amigo D. Camilo González Morales

Por todos era así conocido y así todos le nombraban. No porque su edad fuese muy avanzada, sino para distinguirlo de otro su colega, recién establecido en el pueblo en la ya lejana época a que se remontan mis recuerdos.

Y, en verdad, era todo un tipo y un carácter el tal expendedor de drogas y confeccionador de r cipes, según la Farmacopea española.

En lo físico: de estatura regular, algo encorvado de espaldas y metido de hombros; de carnes escasas, de fuerte musculatura y armazón  sea pronunciada y saliente en algunos miembros. Los rasgos de su fisonomía, característicos del ente moral: frente despejada, cejas muy pobladas y un tanto levantiscas y rebeldes, por entre las que se señalaba una tenaz hendidura, indicio de observación perseverante y de firmeza de ideas; ojos pequeños, pero vivos, de mirada penetrante, escudri adora, estudiando y reflejando el exterior, sin descubrir el interior: ojos objetivos más que subjetivos. Nariz recta y fina, sombreando una boca pequeña de labios delgados, en que de continuo dibuj base ligera sonrisa de desdén y de burla, con perfiles no bien definidos de indiferencia y descreimiento. Un rostro, en conjunto, animado, inteligente, de hombre probado en ruda lucha por la existencia; y dejando ver en sus líneas asomados restos de las energías en esa lucha puestas en actividad, y dejos acerbos de tristezas y decepciones, generadoras de la duda y del escepticismo.

El escepticismo, la duda: las dos características de su personalidad.

Nació a fines del siglo XVIII y era volteriano. Si hubiese nacido cincuenta años más tarde y hoy viviera, será socialista.

Hecho queda el boceto físico del hombre y esbozada su parte moral.

Tal era, hace más de cuarenta años, el representante de las ciencias físico-químicas en un pueblecito de corto vecindario, aunque bastante culto e ilustrado y con ideales de progreso y libertad.

Y no era un título vano en nuestro boticario el que le damos: le correspondía de derecho y podía hacer de él ostentación.

Tenía, puesto que pequeña, escogida biblioteca, compuesta en su mayor parte de obras interesantes a su profesión. Dedicaba diariamente algunas horas al estudio teórico y ensayaba con frecuencia en su laboratorio experimentos varios. Confeccionaba las pócimas con rara habilidad y maestría y, en cuanto a la legitimidad y eficacia de éstas, tenía muy estrecha la conciencia. Jamás sustituía una substancia recetada que no existiese en su farmacia, por otra cuya acción terapéutica fuese análoga. Cuando se le presentaba una receta en estas condiciones decía sencillamente: "No hay", y cerraba el ventanillo de la puerta de entrada a su oficina, dejando al solicitante con el papel de la fórmula en la mano y cariacontecido. Conciencia recta tenía como farmacéutico, hemos dicho antes; pero, el rico pagaba muy caras las medicinas a su dolencias propinadas. Y en esto no transigía: un ojo de la cara y parte del otro le costaba al pudiente una enfermedad.

Un tanto duro y displicente en su trato con los extraños y en familia, era decidor, ocurrente y hasta expansivo con sus pocos amigos o personas con quienes comunicaba íntima y familiarmente.

Concurría a diario, y con metódica exactitud, a la tertulia vespertina, que, después de las cuatro, hora de comer en casa de las familias acomodadas (según la costumbre de entonces, conservada hasta hoy), se reunía unas veces en la puerta, otras en el interior de uno como despacho u oficina, compuesto de dos piezas comunicadas entre sí, en la primera de las cuales, abierta a la calle, veíase un mostrador y andamios con libros y varios artículos heterogéneos para la venta. La otra pieza servía a la vez de escritorio al comerciante y de despacho al oficinista: empleado subalterno de correos o cosa así.

Me parece estar viendo en estos momentos, a través de los cuarenta años transcurridos, a nuestro boticario esperar paseando a lo largo de la acera de la casa en cuya accesoria se tertuliaba, la apertura de la puerta de la tienda y la reunión de los contertulios.

Y esta es ocasión, mientras pasea, de decir algo respecto al aliño y adorno de su persona.

Me acuerdo que en los días crudos del invierno vestía pantalón de paño recio y burdo, chaqueta (una especie de zamarra) con cuello y solapas de pieles y vueltas de lo mismo en las bocamangas. Su cabeza la cubría en ocasiones con gorra también de pieles o sombrero de copa. En verano usaba pantalón, chaleco y chaqueta de dril y sombrero de paja oscura.

Llevaba paseando la cabeza inclinada, ambos brazos a la espalda, juntando en ésta las manos, y cuidábase poco o nada de los transeúntes y de lo que en las inmediaciones del sitio en que se hallaba ocurriese. De vez en cuando alzaba la frente, como para contemplar otros horizontes, o descansar de sus pensamientos y meditaciones, y tornaba bajarla casi en seguida, sin interrumpir su paseo.

Entre paréntesis: vaya un rasgo *sui géneris* de sus formas sociales. Cuando sentía en las narices esa excitación producida por las secreciones de la mucosa, y, con ella, la necesidad de ejecutar el acto que en la prosa de la expresión de las naturales del cuerpo humano llaman *sonarse*, apoyaba alternativamente el índice en una y otra de las paredes exteriores de las fosas nasales, y con ligero esfuerzo expelía el contenido de las mismas, limpiando luego cuidadosamente con pañuelo blanco y planchado, sin deshacer sus dobleces, los residuos que del contenido habían quedado adheridos a las ventanas. Juzgaría, sin duda, poco limpio y decente guardar con el pañuelo en el bolsillo esas inmundicias; sin fijarse en el mal efecto que en los demás pudieran producir su apreciación y la manera de dar satisfacción a la necesidad natural, en conformidad con aquella.

No me acuerdo de haberle visto reír jamás. Parecía que en su corazón se habían secado hacía ya mucho tiempo las fuentes de la risa, y que las fibras de los sentimientos que la provocan de tal suerte estaban en él desgarradas que el hacerlas vibrar de nuevo era imposible. Únicamente la contemplación de un mozallete, de un chico de doce o catorce años, y el departir con alguno de estos —cosa que pocas veces le ocurría— hacíanle desarrugar el entrecejo, y entonces reflejándose en su semblante algo así como ternura compasiva y asomos de cariño que, latentes aún en su alma, se escapaban, casi a despecho de su voluntad, del abismo en que se escondían, para exteriorizarse y dar fe de su existencia. La adolescencia con sus atolondramientos irreflexivos, con su candor e inexperiencia, con sus arranques de rebeldía y sus tendencias a la burla y a las pependencias parecía que le encantaba y atraía, despertando en su mente memorias placenteras de otra edad feliz y ya muy lejana.

¿Qué sucesos, qué circunstancias influirían en la manera de ser de este hombre para imponer en su semblante aquel antifaz de sequedad y dureza de sentimientos en el cual sólo muy de tarde en tarde brillaba relámpago fugaz de tiernos afectos? Ni pude saberlo en la época a que me refiero, ni lo supe después tampoco, porque me ausenté del pueblo y cuando a él volví, pasados algunos años, el boticario viejo no formaba ya parte del mundo de los vivos.

La adolescencia, la juventud, tenían solas, como dejó dicho, el poder, la facultad y el privilegio de arrancar una nota alegre a aquella naturaleza extraña a las dulces afecciones, a aquel corazón cerrado al parecer a las delicadezas de sentimiento generosos.

Recuerdo que a mí —muchacho entonces de trece a quince años— me atraía, no sé por qué, aquel hombre grave, aquel carácter serio y displicente, al mío tan desemejante, y que buscaba siempre la ocasión de contemplarle de cerca y de oírle hablar.

Un día en que se me presentó una de éstas y en que oyéndole y mirándole estaba de hito en hito, fijóse en mí, por casualidad sin duda, y señalando con el índice el bello que comenzaba ya a sombrear mis labios y mejillas, me dijo entre

risueño y burlón: Debes quitarte eso que está muy feo; la cosa es fácil. No tienes más que untarte con un poquito de aguarrás; luego coges un fósforo, nada más que uno sólo, y te lo acercas encendido a la cara; en seguida te queda limpia como una patena. Ya ves que el procedimiento no puede ser más sencillo. Y mi hombre se puso tan satisfecho a decirlo como si me hubiese dado una receta infalible para extirparme un callo sin dolor.

Infalible era y soberana su receta, como maleante su intención de que me desollara la faz.

Este es el único hecho concreto que de mis relaciones y trato con este sujeto se destaca distinto y claro entre mis recuerdos juveniles.

Muy difícil y casi imposible me sería hoy, por poderosa que fuese mi fuerza de inducción y de análisis obrando sobre impresiones de la adolescencia, de por sí débiles y fugitivas, y esfumadas y borrosas por la acción de sucesos posteriores de mi vida y de los años transcurridos, cuya esponja ha pasado sobre aquellas, hacer un estudio psicológico acabado de mi personaje y presentarle tal cual era realmente en lo interno y en lo externo. Si intentara este estudio y me esforzara en dar relieve a la fisonomía del ente físico y moral, no me resultaría *d'après nature*; y sólo obtendría un traslado infiel en que los rasgos vivos de la realidad sustituidos estarían por toques y pinceladas de la fantasía.

No me atrevo, pues, a intentarlo, y prefiero dejar el tipo desdibujado a desnaturalizarlo y hacer de él un remedo imperfecto.

Al trasladar al papel estos tipos de otra época, constituyentes de una sociedad con otros hábitos, con otra educación, con otros ideales y aspiraciones, me he propuesto sólo reconstituir esa sociedad de un pueblo pequeño en los comedios de este siglo, para hacerla revivir al término del mismo, rindiendo así tributo de respeto a la memoria de los que fueron; tratando de evocar en los viejos sus contemporáneos gratas remembranzas y de inspirar a los jóvenes de esta generación fin de siglo el deseo de imitar lo que en aquellos sus antepasados de imitación fuese digno.

Entre los tipos de este libro no encontrará el lector ni uno solo que sea fruto de ingenio de sus facultades imaginativas. Todos son tomados del natural: copias hechas con la mano apoyada en el tiento de la experiencia y de los desengaños, manejando el pincel de los recuerdos impregnado en los colores matizados de las ilusiones y esperanzas de una edad feliz.

* * *

Cuando yo lo conocí y pude fijarme en él, tendría el boticario viejo de cincuenta a sesenta años; y por los jóvenes entonces, de veinte y cuatro a treinta, supe más tarde algunas particularidades de su modo de ser en el medio social en que vivió.

Era miembro de una especie de club, o círculo, cuyos socios de ideas muy avanzadas en aquella época en que alboreaban los principios y las tendencias democráticas informadoras de nuestra sociedad actual, llevaban la representación del progreso y eran decididos sostenedores de las libertades del ciudadano contra la reacción religiosa y la opresión y la tiranía de un régimen político-administrativo ignorante y fanático.

Franc-masones, en su mayor parte, los individuos de dicho club, no estoy seguro de que lo fuese también nuestro protagonista; pero sí puedo decir, por referencias, que se distinguía entre los más exaltados y los que con más decidido empeño se oponían a las disposiciones y manejos dictatoriales de las autoridades calomardinas de entonces, burlándose muchas veces y poniéndolas en ridículo.

No tenía todavía su asiento por los años a que me refiero la capitalidad judicial y militar del distrito en el pueblo residencia del boticario; y radicaba aquella en una población antigua, de costumbres levíticas, donde el primero reasumió el mando y la autoridad supremos civil, político y judicial, uno de esos alcaldes corregidores de poder omnímodo, establecido en dicha población elevada a la categoría de Villa.

En pugna desde los comienzos de este siglo los dogmas estrechos de una religión que la despótica Roma, en consorcio con el jesuitismo, pretendía imponer a los pueblos, con las ideas filosóficas de la gran revolución político-social que reconoció los derechos del hombre y rompió las cadenas de absolutismo, en pugna estuvieron también la antigua Villa, representación de lo pasado y caduco, con el pueblo naciente hijo del siglo revolucionario y amamantado en ideas progresivas y librepensadoras.

Y en esa lucha de un presente lleno de vida y juventud, con un pasado ya decrepito; de una sociedad en risueño amanecer, con otra en pálido y triste ocaso, llevaba con orgullo nuestro farmacéutico uno de los estandartes del progreso y con fe y ardimiento combatía por su ideales.

Era el alma de todos los planes y el genio creador y organizador de casi todas las intrigas urdidas por los liberales del pueblo nuevo, para desbaratar los propósitos o hacer ineficaces las resoluciones de sus contrarios los retrógrados de la Villa vieja.

Verdadero espíritu revolucionario y demoleedor, este boticario, fue uno de los elementos más activos de la decadencia de la Villa enemiga y eficaz instrumento de la prosperidad y del engrandecimiento del pueblo que le vio nacer.

A su energía y actividad y, más que a éstas, a su pronta y feliz inventiva y a su sátira mordaz y contundente, debe aquel en primer lugar su elevación a capital del distrito judicial y militar, base de su ulterior adelantamiento.

Mereció, pues, por este concepto el boticario viejo bien de su compatriotas; y digno fue de que las generaciones que en su patria le sucedan dediquen a su

memoria un recuerdo de gratitud, como yo lo hago en estas líneas, escritas con el intento de darle a conocer.

Que no lo he logrado, con la claridad y precisión debidas, ya yo lo sé y lo temía antes de empezar: pretenderlo de mi sería exigencia casi absurda.

Limítanse, pues, mis modestas aspiraciones de copista a que por el traslado pueda sacarse el original.

Si he conseguido mi intento podrán decirlo sólo los actuales sexagenarios y septuagenarios de mi pueblo.

CLARITA

A la inseparable compañera de mi infancia: a Joaquina, mi hermana más querida. A ti que conociste bien a Clarita, nuestra... amiga, y la viste morir, te dedico este Boceto, Dibujado de memoria. Le faltarán muchos perfiles; pero el cariño que profesaste a la muerta, suplirá las faltas del copista.

Por el diminutivo de su nombre la nombraban los suyos cuando niña; siguiéronles los extraños en esta costumbre y Clarita fue hasta los setenta años.

Siempre que de ella me acuerdo asoma a mis labios la sonrisa. No sonrisa de desdén o de burla, sino de afecto cariñoso y compasivo. La quise bien, y más de una vez me dio pruebas de su ternura: de la que por otro ser era capaz de experimentar aquella naturaleza excepcional, más digna de lástima que de indiferencia o censura.

Constituía esta mujer un curiosísimo caso patológico digno de las disquisiciones de un Lombroso. Merecedora de estudio atento y de observación minuciosa, hubiese sido la neurosis que de aquel organismo se había enseñoreado y en él dictaba leyes como soberana absoluta, determinando manifestaciones del histerismo más caracterizado.

Clarita fue un ente fisiológico hijo de este siglo histórico: un espíritu influido por la educación descuidada de la mujer en los comienzos del mismo, en que la instrucción en el orden moral y religioso era mezquina y mal dirigida, y en los demás superficial y casi nula. Concurrieron a agravar en ella éste desequilibrio psicológico, circunstancias especiales de su existencia en la niñez, que influyendo en su desarrollo físico, intelectual y moral, fueron tal vez las determinantes de aquel estado morboso.

Era la más joven de entre las hijas de una Señora, dama principal en la sociedad de su pueblo, de carácter bondadoso y virtudes ejemplares. Y por ser el Benjamín de la casa, y por la viudez de su madre ocurrida siendo ella aún muy niña, fue el objeto en que se reconcentraron todas las tiernas afecciones de la que la dio al ser y alivio y consuelo a los dolores de la esposa herida en los afectos más hondos de su corazón.

Creció la niña y desarrolló su cuerpo y su espíritu en una atmósfera de ternezas y solicitudes, de mimos y complacencias que enervaron su organismo y desquiciaron sus facultades psíquicas.

No conozco bien los pormenores de su vida en la adolescencia y en su primera juventud. Conservo, sin embargo, reminiscencias de haber oído a su respecto algo relativo a unos primeros amores contrariados por su familia.

La violencia y oposición que se hizo a aquella naturaleza irritable de por sí, a aquel carácter no domado y dirigido hasta entonces sólo por los impulsos de una voluntad sin freno, supongo lógicamente debieron de haber sido los factores que de manera más directa obraron en su modo de ser y operaron en su personalidad la evolución que la impuso una nueva faz que inmutable y permanente había de subsistir, con sus necesarias consecuencias, en el porvenir.

Cuentan los que la conocieron en sus mocedades, que era garrida hembra, dotada de encantos y atractivos singulares; puesto que un sí es no es huraña y esquiva. Alabanzas hacen de la esbeltez de su talle, de su porte y ademanes elegantes y distinguidos, de la corrección de los rasgos de su fisonomía.

Cuando yo la conocí, mejor dicho, en la época en que en mi memoria la contemplo, había Clarita entrado ya en su segunda juventud. Estaba en ese período de la vida en que la mujer hermosa, si ha sido madre, llega al apogeo de su belleza, si ha permanecido célibe y doncella, pierde su gracia y su frescura, la flexibilidad del cuerpo y las delicadezas exquisitas del alma.

Paréceme estarla viendo en estos momentos. La tez de su rostro, un tanto descarnado, tenía la blancura pálida del marfil, y en su frente y mejillas era tersa y brillante, sin asomos de ese vello tenue y finísimo, ceniza de albréchigo que, como ligero velo aterciopelado, cubre con antifaz encantador el rostro de las jóvenes doncellas. Sus cejas, bien arqueadas pero escasas; los ojos, más que pequeños, achicados por contracción involuntaria de los párpados; la nariz recta y fina y un poquito arremangadas las ventanas; pequeña la boca, y los labios muy delgados perdidos en ambas comisuras. El cuello airoso, descansando sobre hombros bastante anchos. El pecho liso, sin curvas ni turgencias; como si la naturaleza, juzgándoles ya inútiles, dejado hubiese marchitar y disolverse los preciosos atributos de la maternidad. La curva de las caderas amplia y bastante pronunciada, y no muy estrecha la cintura. Su andar era decidido y majestuoso; pero sin los encantos de la gracia y desenvoltura juveniles. Para terminar este retrato, los perfiles y rasgos de su cara y el conjunto de su persona revelaban un alma no muy pía ni blanda y sentimientos egoístas.

Tal era Clarita a los cuarenta años. Una mujer todavía en estado de merecer, pero cuyo carácter se negaba a que se la considerase como tal: como si en ella se hubiesen extinguido ese afán y anhelo innatos en las hembras de ser agradables y atractivas, de despertar en el hombre deseos y entusiasmos.

Repugnaba el trato social y sus fórmulas, y huía las ocasiones de hallarse en comunicación con individuos del sexo feo. Parecía que estos le inspiraban un sen-

timiento análogo a la repulsión: este era uno de los rasgos característicos de su idiosincrasia.

Tal vez soñara en los albores de su pubertad con un amor ideal. Quizá se lo fingiera real y encarnado en el primer hombre que hizo latir su corazón, y quizá también en la lucha de sus sentimientos con los consejos e imposiciones de su familia, ofendida en sus afectos más íntimos, sintiera desvirtuarse y desvanecerse su ensueño en su alma virgen de mujer amante y enamorada; y al ver marchitas y deshojadas sus ilusiones, consiguiera, por un esfuerzo supremo de la voluntad imponer silencio perpetuo a los arranques de su ternura y reconcentrar ésta, guardando para sí misma el caudal de afecciones que con otros seres hubiese compartido.

No sé si después de su primer ensayo amoroso, que la oposición de su familia hizo abortar, sintió alguna nueva inclinación. Si así fue, como lo presumo, debo creer que en ella poco o nada se interesó su alma: sería, sin duda, apetito de la carne, deseo del placer sensual, ignorado por una mujer que se siente todavía codiciada en las postrimerías de su belleza. Sea de esto lo que quiera, y haya así pasado o no, lo cierto es que a los cuarenta años Clarita miraba a los hombres con prevención y antipatía; y Cupido embotaba sus flechas en aquel corazón de hielo en que extinguido estaba por completo el fuego vivificante del amor.

A esta edad empezaron a manifestarse en ella con caracteres determinados los desarreglos nerviosos de su organismo.

Su vida se hizo sedentaria. Casi nunca salía de casa y pasaba horas y horas en el cuarto en que se bañaba y tenía su vestuario, entregada a largas y repetidas abluciones; a descolgar de las perchas faldas y cuerpos de su trajes y volverlos a colgar, después de sacudidos y cepillados; a sacar de roperos y cómodas la ropa blanca —en cuya limpieza y brillantez parece se recreaba— y a colocarla de nuevo en su sitio, con gran cuidado, sin pliegos ni arrugas; a reconocer y examinar prolijamente sus alhajas, en sendos estuches colocadas, y a otras faenas inútiles y pueriles.

Almorzaba casi siempre sola; pues su madre ya achacosa se levantaba muy tarde y de ordinario lo hacía en la cama.

Poco o nada se cuidaba del aseo de la casa y de sus atenciones.

Una de las primeras manifestaciones de su trastorno histérico, fue un horror invencible a la tisis y a las personas de las cuales tuviese antecedentes de que estuvieran o pudieran estar, por vicio hereditario, atacadas de ese mal.

Cuando por casualidad se encontraba en presencia de un tísico, sufría contrariedad terrible. Alterábanse su facciones, crispábanse su nervios y buscaba un pretexto cualquiera para alejarse de aquel ser cuya proximidad juzgaba ella un peligro inminente para su salud y para su vida.

De los tísicos y de todas las personas de sus familias, o de las que con aquellos tenían trato más o menos íntimo, huía como de la peste. Cuando alguno de los de su casa salía a paseo, a visitas o a otros quehaceres, al volver era por ella interrogado minuciosamente sobre si había estado en casa de fulano o de mengano, o si había tenido *roce* con sutano o perengano —tísicos reales o por ella supuestos—; y la indagatoria la efectuaba procurando taparse con un pañuelo boca y narices —para evitar la absorción de los microbios— y situándose a distancia respetable del presunto inficionado.

En su cuarto entraban, a parte de su doncella, contadísimas personas. Y si por acaso se le extraviaba la llave de aquel u olvidaba la dejaba en la cerradura, cojía la con la diestra, envuelta en su delantal o en un pañuelo, y sometía inmediatamente a tres o cuatro lavados con jabón de Castilla. A las mismas o más severas precauciones de lavados y hasta de fumigaciones sometía todos aquellos objetos que temía hubiesen sido maculados por el contacto impuro de un tuberculoso.

Este miedo, este horror a la enfermedad pulmonar y a su similares, la hacían vivir en zozobra y ansiedad continuas, y a ellos subordinaba todos sus actos y pensamientos. La tisis era para Clarita una obsesión constante, un fantasma que de continuo la perseguía, acibarando todos los momentos de su existencia. El terror que la muerte le inspiraba, avivaba y agrandaba, por otra parte, en su cerebro enfermo, sus aprensiones de verse invadida por la temible dolencia, sin fijarse ni parar mientes en que ésta elige de ordinario sus víctimas entre los jóvenes o adolescentes.

Su manía tenía períodos de exacerbación y remitencia, y en ocasiones era sustituida por otra de carácter completamente distinto y que revestía mayor gravedad por la violencia con que afectaba sus facultades anímicas.

Consistía en una especie de sugestión pecaminosa, por efecto de la cual fingíase la pobre Señora poseída del espíritu de mal y, por ende, que todos sus pensamientos, actos y palabras, como inspirados por aquel, eran vitandos y maculados estaban por la baba inmundada de las impurezas carnales y del más horrendo sacrilegio.

Durante las terribles crisis de esta manía mística o religiosa acentuábase la palidez de su rostro; hundíanse sus ojos en las órbitas y lanzaban destellos intermitentes de chispa eléctrica. Su discursos y sus acciones no reflejaban determinaciones de la voluntad, antes bien parecía le eran extrañas, que de ellas no tenía conciencia, como si naciesen de otro yo al suyo en un todo ajeno. Hablaba en voz baja, y la emisión era precipitada y dificultosa. Dormía muy poco y durante el sueño se agitaba en el lecho lanzando lastimeros ayes, como si las ideas insanas que durante la vigilia la persiguieran tomaran cuerpo y realidad monstruosas en los momentos en que los nervios, obedeciendo a la lasitud del organismo, aflojaban en su tensión.

¡Qué miserable y triste existencia!

Lástima profunda y respetuosa conmiseración inspiraba aquel ser infortunado, víctima de los extravíos de su imaginación enferma.

Intentaba a veces hacerse superior a aquella influencia hipnótica que la dominaba, y vencerla con la oración y otras prácticas de la religión católica.

De hinojos ante una imagen de la Virgen que en su alcoba sobre una mesa pequeña y dentro de una urna tenía, alumbrada por una lamparilla, rezaba fervorosamente horas enteras. Oía misa con frecuencia, confesaba y comulgaba; y solía lograr en ocasiones amortiguar, desvanecer casi la obsesión; pero en otras alzabase ésta rugiente y más impetuosa, como irritada por la presión que sobre ella se ejerciera.

Clarita convertíase entonces en una verdadera demoníaca. Decía que en sus rezos se había mofado de Jesús y de su Madre, mezclando a las palabras de sus oraciones frases groseras y desvergonzadas. Figurábasele que después de la comunión había escupido la Sagrada Forma, y horrorizada del acto sacrílego, y en la duda de si lo había realizado, preguntaba afanosa a todos cuantos a ella se acercaban si lo que se imaginaba sería cierto: logrando muy difícilmente sus deudos y amigos acallar sus escrúpulos y disuadirla de sus desvaríos.

También se daba a pensar en estos accesos sobre la Concepción inmaculada de la Virgen, negándose a creerla unas veces, otras admitiéndola con fe íntima y convicción profunda, y divagando sobre este y otros misterios, con el empeño de persuadirse de la verdad de todos.

Solía calmar en casos tales la agudísima excitación nerviosa de que era víctima un sacerdote anciano muy amigo de su casa, que la trataba desde niña y casi la había visto nacer. Los consejos y exhortaciones del buen cura obraban como sedante sobre aquella imaginación calenturienta y llevaban a su ánimo una calma y tranquilidad relativas.

Más tarde, cuando Clarita llegó a esa edad en que la mujer pierde la facultad más preciosa e interesante entre las que caracterizan su condición de hembra —la de dar vida en su entrañas a otro ser—, cuando pasó la *línea tropical* de los cincuenta, cesaron casi por completo sus trastornos mentales. La *loca de la casa* dejó de exhibirse, calló como una muerta, y sólo persistieron en aquella naturaleza desequilibrada padecimientos orgánicos, localizándose sin determinar ya perturbaciones cerebrales.

Quejose después con frecuencia de dolor y picazón en los ojos, sin que en ellos pudiera observarse causa que los motivara; mucho la preocupaba esta dolencia contra la cual la recetaba el médico, —supongo que agua destilada con gotas de lo mismo— encargándola no leyese ni escribiese, ni ejecutara acto alguno que pudiera excitar o irritar el órgano enfermo.

Observaba ella con escrupulosa fidelidad las prescripciones facultativas, y en una ocasión en que despedía a una amiga quien mucho estimaba, a su manera, le

dijo con acento que quería ser tierno y sentido: Extrañará V. quizá que no lllore al decirle adiós; pero, el médico me lo tiene prohibido por mis ojitos.

¡Extraña naturaleza aquella! A pesar de su desequilibrio físico, moral e intelectual, a pesar de sus sufrimientos reales o imaginarios, tuvo una vida larga de más de setenta años y su muerte fue dulce y casi sin agonía.



CUADROS VIVOS

A la Sociedad Casino de Arrecife. Miembros suyos fueron los personajes de estos cuadros; tomen a solo los breves instantes que, aquellos que lo son al presente, tarden en hojear este libro.

La casa era pequeña: de esas de planta baja que nosotros llamamos terreras, situada a espaldas de la iglesia parroquial. En su fachada, bastante extensa, abríase la puerta de entrada —no al portal, porque no lo había, sino a la sala o cuarto que hacía sus veces— entre dos ventanas simétricamente colocadas; junto a la ventana de la derecha y a la altura de la guarnición superior de su marco, determinábase un hueco rectangular cerrado con una vidriera: especie de tragaluz. Hacia esquina por la derecha la casita a la calle adyacente a un costado de edificio Santo, y por esta calle tenía otra puerta.

Abierta está; penetremos por ella y conoceremos las interioridades de esta morada de modesta apariencia.

Medio metro más alto que el piso de la calle se halla el dintel de aquella puerta, y para subir hasta él hay que apoyar antes un pie sobre el canto o piedra sin labrar que sirve de peldaño. Un pequeño esfuerzo... y nos encontramos en un patio estrecho e irregular.

Fue primero rectángulo; pero, la construcción de una pieza adosada a uno de los costados más largos del cuadrilátero —al de la izquierda entrando— le convirtió en octógono. Esta pieza, a cocina destinada, con puerta al patio mirando a la de la calle, ocupó gran parte de la superficie de éste y dejó un pasillo estrecho a manera de tubo entre su pared exterior y la de la derecha del mismo patio. Frente por frente del tubo estaba la puerta de una de las habitaciones más importantes para los moradores temporales de la casa: el comedor. Ya fuera del callejón veíase también otra puerta practicada en la pared de la izquierda del rectángulo primitivo. Ésta puerta ponía en comunicación el patio con la ya nombrada sala o salón: *Santa santorum*, y mejor cuarto del *crimen*, como veremos más tarde. Entremos

en él. En sus paredes seis huecos: tres a la calle; una puerta y dos ventanas —ya las citamos—; uno al patio; otro en la pared de la derecha inmediato a la ventana del mismo lado entrando de la calle, puerta de un dormitorio pequeño, y otro próximo a la puerta del patio, entrada a una alcoba al comedor contigua.

Tal era la casa: ni más ni menos.

Los pisos eran de mortero, con baches y surcos más o menos hondos, iniciados por el roce continuo de plantas de... zapatos y botas, no muy suaves ni blandas, y determinados y agravados por la incuria. Los techos, formados de vigas de pino y astillas de la misma madera, con cubierta de tierra amasada con troncos y granzones de paja: *torta* llaman esto en el país.

Los muebles: en la sala una mesa grande, rectangular —la de los *sacrificios*—; dos pequeñas junto a las paredes; unas cuantas sillas, hasta diez o doce, con asiento de enea las más, el de las restantes de madera: todas muy *cómodas*... y pare V. de contar. En los dormitorios... no entrar será lo mejor. Baste decir que en ellos hay sendas camas, ni muy blandas ni limpias, y que se nota ese olor característicos de las habitaciones en que se duerme, y se asean mal y no se airean ni ventilan. Olor nauseabundo: atmósfera con gérmenes tóxicos, que diría un higienista. En el comedor, achicado en beneficio de la alcoba contigua —lo de la contigüidad ya lo apuntamos—, una mesa larga y estrecha, de esas que *Figaro* comparó con alma de vizcaíno, y varias sillas en torno a ella; otra mesa pequeña en un ángulo a la derecha junto a la entrada y en el de la izquierda un lavamanos.

Esta es la descripción topográfica del cuadro y estos son sus accesorios. Conocida la escena, vamos a ocuparnos en dibujar las figuras que en ella han de moverse.

* * *

Comenzaremos trazando la del dueño de la casa, a quien no podemos llamar anfitrión, en absoluto, porque no siempre hacía el gasto.

Por su edad respetable, por la circunstancia de ser el amo y por otras muy atendibles le corresponde este honor de derecho y en justicia.

Don Benito era su nombre; y benditos su pachorra y su carácter bondadoso, siempre consecuente e inalterable.

Allá en sus mocedades fue naviero y algo así como capitán de buque, sin título de piloto: eso que antes llamaban *capitán de papeles* y hoy sobrecargo: jefe a bordo en lo administrativo y económico. Hizo largos viajes a Levante y a Poniente. Vio muchas tierras, conoció muchos hombres y aprendió la ciencia difícilísima de vivir bien con todo el mundo. ¡Y vaya si sabía vivir el buen D. Benito! Generoso y atractivo, un buen camarada; pero... ¡muy cuco!, con más *conchas que un galápagos*, puesto que de corazón compasivo y humano. Residió

gran parte de su vida en regiones remotas y tornó al país ya viejo y sin fortuna conocida. No obstante, portábase en su casa como rico.

Su mesa era siempre abundante y hasta espléndida, para los propios y los extraños. Dádivoso, rayano en el derroche con sus parientes y deudos, prestaba también gustoso su dinero a los amigos... que podían devolvérselo, y nunca le faltó una onza para entretenerse en *verlas venir*, o en juntar naipes de un mismo palo, del nueve al tres ambos inclusives. Cuanto le tocaba la de perder cantidad de consideración, dejaba de jugar sin molestia ni contrariedad aparentes; y si alguno le hacía indicaciones respecto a su mala suerte, contestaba invariablemente: ¡Bah! ¡Eso que es para quien ha perdido navíos y fragatas! y se quedaba tan tranquilo. Lo de la pérdida de las fragatas no era en él pura baladronada: una perdió, en efecto, según cuentan, en cuyo casco y cargamento estaba muy interesado.

El gastar excesivo de D. Benito, no conociéndosele bienes de fortuna, ni sueldo ni renta alguna, fue para la gran mayoría un verdadero rompe cabezas y motivo de variados anecdóticos comentarios; pero hubo al fin quien, dándole vueltas y más vueltas al asunto, llegó a columbrar allá en lejano continente la mina de donde provenía el metal precioso.

Mostrábase entusiasta por las bellas Letras, con las personas ilustradas; y cuando alguna de éstas visitaba su casa, sentíase muy satisfecho y hasta orgulloso de mostrarle su pequeña biblioteca compuesta de obras no muy selectas, puesto que ilustradas en su mayor parte, con buenos grabados y encuadernadas lujosamente.

Se desvivía por complacer y agasajar a sus huéspedes, amigos o simples conocidos; y su mayor placer consistía en que éstos saliesen contentos de su casa y se hiciesen lenguas de su hospitalidad franca y rumbosa.

No era glotón; pero, buen *gourmet*, le gustaban las comidas finas. De sus hábitos de marino, conservó el de ir a la cocina, condimentar por sí mismo suculentos y sabrosos guisos y confeccionar y aderezar exquisitos platos de repostería.

¡Cosa digna de ver era el buen D. Benito, ceñido al cuerpo el blanco mandil, en mangas de camisa arremangadas hasta el codo, entre cazuelas, calderos, sartenes y peroles, catando una y otra salsa; observando si el almíbar está a punto, si el horno tiene calor suficiente para el asado o el pastelón, si claras y yemas están suficientemente batidas y cuidando de todas esos mil detalles y pormenores que requieren las partes componentes de una buena mesa! Hacía gala de conocimientos culinarios y se ufanaba con el éxito feliz de sus croquetas, albóndigas, *ragoûts*, *salmis*, arroz a la valenciana y otras varias composiciones de las cocinas francesa y española. Si le alababan su buen paladar y sus aptitudes para el arte de *Bryat Savarin*, dirigía mirada agradecida a su interlocutor, acompañada de plácida maliciosa sonrisa.

No se armonizaban sus delicadezas en la comida con su gusto detestable en cuando al fumar se refería. Lo mismo le daba un aromático veguero que una *tagarnina* apesotosa. Estas eran las de su consumo ordinario. Cuando regalaba un

tabaco y se le interrogaba sobre su calidad, contestaba muy serio: es de los que dan humo.

Modesto en su indumentario, iba siempre muy pulcro.

Su tipo era el de uno de esos viejecillos simpáticos, de fisonomía franca y bonachona. En la cara enjuta, de salientes pómulos, brillaban dos ojillos grises, tras los cristales de las gafas. La nariz saliente y fuerte, la boca y las mejillas hundidas, por pérdida de huesos caninos, incisivos y molares, y la barbilla casi terminada en punta. Tardo en el andar llevaba el busto inclinado y apoyaba su diestra en grueso bastón.

Aunque volteriano y franc-masón, frecuentaba el trato del Cura del pueblo de su residencia habitual. Le invitaba con frecuencia a su mesa, obsequiábale con regalos de *bucólica* en las fiestas del Patrono, y le dispensaba siempre todo género de atenciones y respetos. No iba a la iglesia, o si iba alguna vez era por pura fórmula; pero aplaudía y hasta excitaba las aficiones místicas de las señoras sus parientas que con él vivían, facilitándolas gustoso cuanto les hacía falta para satisfacer esas aficiones, que se traducían generalmente en mantos para la Virgen y flores para sus andas; en bordados manteles, con orla de ricos encajes, para el altar mayor; en misas y novenarios y en preciosos paños de seda, con flecos de oro, para el copón o la custodia.

Tal era el sexagenario D. Benito cuando le conocí, y tal fue hasta que murió... de viejo, con cerca de noventa navidades.

¡Vida larga, próspera y feliz!

En cuanto a su muerte, tranquila y exenta de temores debió de ser la de un hombre cuyas ideas sobre la existencia del alma, sobre el pasado, el presente y el porvenir del ser humano, cuya filosofía, en una palabra, se sintetizaba en la frase siguiente:

“No me acuerdo de haber dejado de existir”.

Más de una vez me ha hecho meditar esta afirmación *tant soit peu* panteísta del buen D. Benito.

* * *

Después de esta figura, la más interesante de nuestro cuadro es la de su huésped a cama y manteles; segundo anfitrión de la casa durante las temporadas en que ésta estaba abierta a los amigos.

D. Amadeo, primogénito de una familia rica y de abolengo ilustre, heredó de sus padres fortuna considerable, consistente en fincas rústicas y urbanas, con cuyas rentas se daba buena vida y ayudaba a vivir a más de cuatro.

Hombres de su tipo y de su temple quedan ya hoy muy pocos.

Organismo admirablemente equilibrado, llegó a los sesenta años sano de cuerpo y de espíritu; y nadie al ver su robustez y agilidad le atribuyera más de

cincuenta, puesto que su lengua barba cana de patriarca diera indicios de que a la ancianidad se iba acercando.

Esta barba servía de marco a una cara redonda —curtida por el Sol más que morena— con cejas también canas y muy cargadas. Sus ojos tenían un matiz azulado borroso, y era de ordinario dura e imperante su mirada. Sus labios carnosos y sensuales dejaban ver cuando sonreían el fondo bondadoso de un alma de niño. La exterioridad ruda y de pocos amigos; el interior dulce y suave como una seda. Su fisonomía, siempre seria y adusta, ocultaba la ternura y la benignidad de un corazón generoso y humano.

Jamás accedía desde luego a lo que de él se solicitaba, y contestaba siempre con brusca y destemplada negativa, para experimentar luego el placer íntimo de dejar obligado al postulante, satisfaciendo con creces su demanda.

Sus parientes y deudos tenían de él cuanto querían y más, y la desgracia encontró siempre abierto su corazón y su bolsa. Quizás sus ojos jamás vertieran una lágrima, pero muchas enjugó D. Amadeo.

Residía habitualmente en el campo, en su casa solariega; y en ella, durante el verano, trataba a cuerpo de rey a los amigos que iban a pasar algunos días en su compañía ya participar de su *dolce fare-niente*.

Amante del *eterno femenino*, conservó hasta su muerte sus instintos e inclinaciones mujeriegas; y su naturaleza vigorosa tuvo el privilegio de prolongar los verdores de su juventud y con ellos la facultad y la aptitud de dar satisfacción a sus apetitos sensuales. Tal vez este privilegio le fue fatal.

Entre la amistad y el amor se deslizó su existencia. Con los amigos en la campestre casa solariega, y en la de D. Benito, en el pueblo. Con la mujer... en todas partes: guardando siempre los respetos debidos a su decoro y a la sociedad en que vivía.

Sin dolencia alguna, sin sufrimientos, sin agonía, pasó de la vida a la muerte. Sólo un instante duró para él el tránsito fatal. Atómitos y apenados contemplaban sus amigos su cuerpo exánime, momentos antes lleno de vida, dudando todavía de la triste realidad. La muerte mostróse con él benigna: ni alteró sus facciones, ni impuso a sus miembros, hasta pasadas muchas horas, la rigidez cadavérica. La palidez y el frío: estos fueron los únicos signos determinantes del no ser de D. Amadeo.

* * *

Las dos figuras principales de estos cuadros ya dibujadas, eran como núcleo y centro atractivo en torno al cual giraban y se determinaban otras varias más o menos interesantes que sufrían su ascendiente, pero sin las cuales ni la casita al templo vecina abría sus puertas, ni en ella las dos mesas —la del verde tapete y la del mantel más o menos blanco— tenían víctimas ni sacrificadores.

A grandes rasgos tracemos los caracteres típicos de estos personajes colocados en segundo término.

* * *

D. Longinos y D. Demetrio, hermanos entre sí y creo que algo parientes de D. Amadeo: pareceme que primo le decían.

D. Longinos, el menor en edad y mayor en corpulencia —más alto y más grueso—, era también el más escuchado y atendido entre los amigos; no sé si por más inteligente o porque había sabido manejarse mejor y superaba a su hermano en bienes de fortuna. Si bien es verdad, que entre ellos todo era común: no había aquello de tuyo y mío.

Juntos habitaban una casa rural de su propiedad, en la cual vivían en aislamiento casi absoluto, sin otra sociedad que la de sus colonos, aparceros y criados, dedicados exclusivamente al mejoramiento y cultivo de sus tierras, de las cuales obtenían pingües rendimientos. Su vida, si vida puede llamarse la que hacían aquellos seres humanos, se sintetizaba en el labrado y abono del terreno; en la siembra y recolección de los distintos frutos; en la cría de ganado vacuno, para su servicio y para la venta, del lanar y cabrío para el aprovechamiento de leche, lana y carnes, también a la venta destinadas, y en la de aves de corral, amén de algún cerdo, todo con el mismo destino. Goces del espíritu... quizás les fuese ignorada su existencia. Respecto a los del cuerpo, ni siquiera los groseros del comer y beber bien.

En aquella casa en que todo abundaba, porque la tierra y los corrales daban de todo, la mesa era menos que frugal.

Se comía mal, y sólo lo estrictamente necesario para sostener el organismo: *comer para vivir*, era la máxima de D. Longinos y D. Demetrio; y sus afanes y desvelos todos dirigíanse a atesorar, a juntar en la caja, o en los talegos, onza sobre onza y duro sobre duro... ¿Para qué, si no tenían hijos?... ¿Pero, no es un goce para muchos, goce con ninguno comparable el contemplar el dinero reunido a fuerza de privaciones y sacrificios, y ver un día y otro como van engrosando, engrosando los sacos hasta quedar repletos, y luego llenar otros y otros, y convertirse en tesoro inmenso de oro y plata acuñados, con las efigies de los reyes de distintas dinastías, lo que un principio fue mezquino acervo de roñosos ochavos y medias pesetas desgastadas?

Los dos hermanos tenían la pasión del vil metal, que diría un poeta. Estaban por lo positivo; y positiva y limpia y saneada llegó a ser la fortuna que a su muerte legaron a sus parientes; sobrinos en primero y segundo grado.

Vivieron para hacerse ricos, y atesorar fue el afán y el objeto de su existencia. Cumplidamente vieron satisfechos y realizados uno y otro.

A pesar de su amor al dinero, permitíanse alguna vez que otra el lujo y la calaverada, cuando con los amigos se reunían, de arriesgar a una *sota o un caballo*,

o a los azares del *burro inglés*, unas cuantas monedas de oro —no muchas, que eso les hubiera sido imposible—, más que por satisfacer el goce de jugadores, por doblar o triplicar aquellas, monedas y aumentar con la ganancia su tesoro.

Marcadas con alguna señal tenían ellos todas sus piezas de oro, como cosa de su propiedad exclusiva y que de sus manos no debiera volver a salir; y cuando, por serles contraria la suerte, en otras las veían, separábanse de la mesa del juego, paseábanse por la sala, y de vez en cuando solía D. Demetrio acercarse a alguno de los gananciosos y, señalando con el índice una de las monedas que éste delante tenía, decía con acento de reproche y desconsuelo: “Esta fue mía”.

Aparte de su pasión o de su vicio dominante, si quiere así llamársele, eran D. Demetrio y D. Longinos muy buenos sujetos: serios y puntuales en sus tratos, amigos de sus amigos, atentos y cariñosos con sus parientes y allegados, sin ser nunca con los extraños menesterosos caritativos. Poco o nada vibró en ellos la fibra delicada del amor y la compasión al prójimo: no fue la caridad su rasgo característico.

* * *

Reverso de la medalla de estos dos hermanos era D. Victoriano. Carácter franco y generoso, espíritu cultivado, corazón abierto a todos los sentimientos nobles, D. Victoriano adquirió en extranjera tierra sólidos conocimientos en la profesión consoladora y humanitaria a que se dedicó, con vocación verdadera, logrando distinguirse entre sus condiscípulos durante los cursos de su carrera, como se distinguió y sobresalió más tarde en la práctica de su difícil arte.

Enamorado de éste lo ejercía con entusiasmo sentido y noble desinterés; y sin fijarse jamás en el mucho o poco provecho que de él le resultase, mostróse siempre desprendido y caritativo con los que carecían de recursos para satisfacerle sus honorarios.

De esta suerte se ganó las simpatías de todos y conquistó los corazones de los desheredados de la fortuna: fue para estos un amigo cariñoso. No adquirió riquezas, porque las despreciaba; pero obtuvo lo que vale mucho más que el oro y que la plata: el respeto y la consideración de sus iguales y el afecto de sus inferiores. Bien puede asegurarse que D. Victoriano no tuvo un enemigo, y que, todavía hoy, existe quien tribute a su memoria recuerdo sentido de gratitud.

Pequeño de cuerpo, pero de alma grande y generosa, su característica fue una actividad constante del espíritu que le impulsaba a rendir culto fervoroso a la ciencia que cultivaba con entusiasmo y fe. Su profesión era para él un verdadero sacerdocio.

Accidentes fútiles y sin importancia, fueron siempre, para este hombre encariñado con las dolencias de la humanidad, los goces materiales de la vida; por más que su educación en la capital ilustrada y culta por excelencia donde pasó su

juventud le hiciera adquirir gustos refinados en ciertos pormenores de la existencia y costumbres un tanto sibaríticas.

Su mesa era modelo de delicadeza y esplendor; más que por la variedad de los manjares y por su confección exquisita, por la manera primorosa de presentarlos, por el arte que presidía al arreglo y disposición de vajilla y cristalería, por la factura elegante de éstas, por la finura del tejido y artísticos dibujos de los albos manteles y servilletas, en una palabra, por todos esos mil detalles de ornamentación, que son para las personas de buen gusto más interesantes que la comida misma, e influyen poderosamente en los goces que ésta proporciona a los paladares delicados.

En muy poco —ya lo hemos dicho— tuvo D. Victoriano siempre el dinero. Cuanto adquiría, y más, lo gastaba sin tasa ni medida en su casa y con sus amigos. Pudo llegar a rico en su pueblo, pero no fueron sus características la mezquindad y el ahorro.

Esa actividad constante del espíritu que, ya lo dijimos, era el rasgo típico de su carácter le impelía, en los ratos en que desocupado le dejaba el ejercicio de su profesión, a reunirse con sus amigos y con ellos pasar algunas horas del día *tirándole de la oreja a Jorge*.

La suerte que se le mostró siempre adversa, llegó a la larga a irritarle, y a convertir en pasión vehemente lo que en principio fue sólo pasatiempos o medio de distracción. Cuando perdía (casi siempre), tomaba cuerpo y forma reales en su fantasía acalorada la contraria suerte, y con ella entabla ruda lucha cuerpo a cuerpo, en la que quedaba vencido moral y materialmente.

Los graves compromisos y sinsabores acerbos que estas bregas continuas le ocasionaron, lleváronle fatalmente a buscar el olvido de su situación angustiosa en libaciones repetidas de bebida infernal que embotó su inteligencia y estragó su organismo.

¡Murió D. Victoriano! Y su muerte fue golpe que repercutió dolorosamente en muchos millares de corazones; y la conducción de su cadáver al lugar del eterno descanso, espontánea y dolorosísima manifestación de duelo.

Anciano él ya y muy joven yo todavía, sentíame atraído hacia aquel ser generoso y benévolo que me inspiraba ardientes simpatías y respeto afectuoso: más de una prueba me dio de la ternura casi paternal con que me distinguía.

Al hacerlo constar aquí, tributo al recuerdo de D. Victoriano la expresión de la gratitud que le debo y nunca olvidaré.

* * *

¡Don Valentín!

Con pena y desconsuelo estampo aquí su nombre.

Le quise como se quiere a un amigo del alma: a un compañero de toda la vida.

Casi un niño era yo todavía cuando le conocí y le traté: él un hombre en la plenitud de la vida. Contaría entonces de treinta y cinco a cuarenta años.

Y no fue obstáculo la diferencia de edades para que nuestras almas se unieran, para que se armonizaran nuestros caracteres, como si hermanos gemelos hubiésemos sido.

Verdad es que raras veces, bajo la envoltura humana, late un corazón tan generoso y expansivo como el de D. Valentín. Por excepción peregrina y singularísima dota a un ser la naturaleza de las condiciones y circunstancias que en él se reunieran para constituir un carácter tan extraordinariamente original.

Nacido en dorada cuna; huérfano de madre en la adolescencia, con un padre pero poco cuidadoso de esa primera educación doméstica informadora de los sentimientos y del modo de ser del hombre futuro, D. Valentín creció y se desarrolló moral y físicamente casi en libertad absoluta. No obstante esta circunstancia y la de haber pasado lejos de los suyos los primeros años de su juventud, expuesto a los viciosos ejemplos y a los consejos perniciosos de otros jóvenes, sus compañeros de estudios universitarios, no se corrompió aquel espíritu fuerte y sano; no se maleó aquel corazón de niño; no se torcieron sus rectas inclinaciones, ni el trato y roce continuos con muchas y distintas personalidades, ni la triste experiencia de los años, le robaron la confianza descuidada, la inocencia casi candorosa, constitutivas del fondo de su carácter y de sus sentimientos.

D. Valentín fue hombre, y llegó niño a la edad madura: por la delicadeza y ternura de su alma y por la facilidad compasiva con que se asimilaba hacia propios los ajenos sufrimientos.

Terminó su carrera *pro-formula*, no porque hubiera de hacer valer su título, ni ejercer de jurisperito. Los *erges* y *distingos* de la filosofía del derecho; la clásica y acomodaticia interpretación a que las leyes se prestan y los sofismas y argucias de los leguleyos, reñidos estaban con su carácter recto y justiciero, con la nobleza y generosidad de su alma.

Volvió a su pueblo al terminar sus estudios, sin que los conocimientos adquiridos ni los años pasados en el duro aprendizaje de la existencia, hubiesen modificado en poco ni en mucho sus cualidades ingénitas. Franco, confiado, e ignorante de las decepciones que amargan la vida salió del hogar paterno; y a él tornó sin que su entidad moral sufrido hubiese cambio ni transformación apreciables.

De la vida de estudiante de su época —vida un tanto libre, independiente y desligada de trato y de las conveniencias sociales— guardó D. Valentín ciertos resabios.

Rendía escaso culto a la gracia y hermosura femeninas, y no frecuentaba la sociedad de las señoritas de su clase. El amor fue en él, más que sentimientos del corazón, deseo y apetito de la carne. Una de tantas necesidades naturales que, una vez satisfecha, no turba el ánimo ni deja en él impresión alguna, hasta que a sentirse vuelve el estímulo de satisfacerla de nuevo.

Las murmuraciones y chismografías, propias de un pueblo pequeño, le divertían y encantaban; y era digno de notarse que acogía siempre con marcada fruición las que a las hembras se referían, adornándolas e ilustrándolas con exageraciones hiperbólicas, cuando las repetía y comentaba.

De humor jovial y muy decidor, complaciase en la burla y en la sátira con los amigos; no por mortificarles y ofenderles, sino por darle gusto a la *sin hueso* y reírse a mandíbula batiente. Sus críticas punzantes, sus frases cáusticas jamás salían del corazón. Todas eran pura broma y pretexto para dar satisfacción a su chispeante locuacidad.

Carácter siempre igual y consecuente, costábale mucho trabajo incomodarse, y de su amigos todo lo soportaba. Si alguna vez se sentía vivamente contrariado, la manifestación de ese sentimiento sólo duraba en él breves instantes, y pronto a imponerse volvía su natural alegre y expansivo. *Genio y figura hasta la sepultura*: anciano ya, achacoso y abrumado bajo la pesadumbre de compromisos y disgustos fue el mismo siempre D. Valentín.

Ajeno a los afectos conyugales y a sus dulces derivaciones, pasó su existencia residiendo unas veces largas temporadas en su vetusta casa solariega, en el pueblo natal, asistido por una como ama de llaves o directora de cocina y alcoba —ejemplar típico de esas mujeres que suelen entrar de servidoras en la casa de un solterón y llegan a convertirse en dueñas y tiránicas dominadoras—; y otras, que solían ser frecuentes, en la capital, donde vivía solo en casa propia y almorzaba y comía en la fonda, cuando no era comensal de D. Benito y D. Amadeo, sus amigos íntimos, cuyas expansiones e *inocentes* recreos compartía.

A pesar de su aislamiento y de la frialdad de su hogar, no se secaron en su corazón las fuentes de los sentimientos tiernos y compasivos, y dispuesto estaba siempre D. Valentín lo mismo a socorrer un infortunio, que a arriesgar cinco duros al azar de un *párolí de rey y cinco*. Los *párolis* le seducían y subyugaban.

Estos y la escasa o ninguna atención que prestara a la administración de su cuantiosa fortuna, de la cual sólo se ocupaba incidentalmente, cuando le faltaba dinero, le pusieron en los últimos días de su vida en situación difícil y hasta angustiada.

Indiferente, descuidado, sin pensar jamás en el mañana, procurando engañarse a sí mismo respecto al estado de su hacienda, formando de continuo propósitos de reformar sus hábitos y costumbres y dedicarse a cuidados y atenciones urgentes para reparar las brechas abiertas en su capital por sus dispendios excesivos y compromisos onerosos, aquel ser indolente y extraño a las miserias del vivir, rodó por la pendiente fatal del abandono hasta la negra sima del no tener y de la penuria. Y al chocar en su duro fondo, organismo formado para una existencia libre de imposiciones y de trabas, se rompió y deshizo.

Apenado me dejó su pérdida; y con sentimiento íntimo y verdadero he dejado correr la pluma para tributar un recuerdo a su memoria y a la amistad acendrada que le profesé.

* * *

Con estos personajes a grandes pinceladas delineados; con D. Apolo y D. Maximino, más amante el primero de las Musas que de las tareas oficinescas que le obligaba su cargo de empleado en Hacienda (para el cobro de ciertos impuestos y derechos); más fiel guardador de lo ajeno que de lo propio, un si es no es atolondrado, y con el prurito, por añadidura, de referir casos y cosas a sí mismo relativas, que nadie creía y que él, con su poderosa facultad imaginativa, llegaba a fingérselas reales y ciertas; y el segundo, joven de esos que en las Américas califican de *muy vivos*, dotado de gran ingenio para buscar los garbanzos del día y agenciar algo para el mañana, y bastante instruido en el difícil arte de saber perder algo para ganar mucho: arte que estriba en el conocimiento de los hombres con quienes se trata y de sus preocupaciones y flaquezas, con estos personajes, decía —ya pasado a la historia—, formando un total de ocho, algunos más, todavía hoy existentes, se componía la tertulia o reunión de amigos que en la casita, al principio descripta, del buen viejo D. Benito, asociado para los gastos de comedor a D. Amadeo, tenía su asiento distintas temporadas, durante la estación de fríos y lluvias, con sesiones permanentes, en ocasiones, de seis y de ocho días consecutivos, sin perdonar sus sendas noches.

* * *

Figurémonoslos sentados, en torno a la mesa del comedor y, mientras manejan tenedor y cuchillo, oigamos como en los momentos en que, entre bocado y bocado masticado y engullido, dan paz a las mandíbulas, refiere D. Valentín, con sus pelos y señales —como si visto lo hubiese— un suceso verde y picante en que es heroína fulanita o menganita, cuya piel queda hecha trizas por las terribles tijeretadas de su lengua mordaz.

Como comenta el hecho, entre un reniego y un bufido, D. Amadeo, y como D. Victoriano sale a la defensa de la dama, atenuando el caso o poniéndolo en duda. Como D. Apolo, inspirado en lo que acaba de oír, intenta relatar una aventura amorosa que a él le ocurriera en sus mocedades; aventura que todos ponen en *cuarentena*, y a propósito de la cual le dispara D. Valentín dos o tres indirectas cáusticas de las del Padre Cobos. Como mientras se adoba el cuero a la infeliz, quizás virgen, y mártir de la calumnia, D. Benito dirige a unos otros miradas picarescas por cima los cristales de las gafas, y anima su cara plácida, maliciosa sonrisa. Como el serio y estirado D. Longinos escucha caer atento y sin pestañear aquel chaparrón de críticas y chismes, mientras su hermano D. Demetrio, a su lado, se hace el sueco y sigue abstraído en la dulce, confortativa faena de trasladar a su estómago los buenos bocados que nada le cuestan, en desquite de su ayunos y privaciones voluntarios.

Dejan por fin aquellos curtidores tranquila a la víctima o víctimas de su maledicencia; gira la conversación sobre otro asunto y háblase del bueno o del mal tiempo y de como será ogaño la cosecha. Rompe entonces su mutismo D. Longinos, y pinta, con el pesimismo exagerado que le sugiere su afán de labrador codicioso, el mal estado de los trigos por la aljorra y el pulgón; lo amarillo y mustio de los garbanzos por la escarcha; la viña invadida por el *oidium*, sin esperanzas de stirparlo a pesar del mucho gasto de azufre; la epizootia (*morriña* decía él) que hacía estragos en el ganado lanar, y otras mil plagas que invadían y devastaban animales, árboles y plantas. D. Victoriano le oye con gesto desdeñoso — como quien oye llover—; encójese de hombros D. Valentín, y D. Apolo recita una poesía bucólica de Garcilaso, mientras D. Amadeo asegura que la viña de su majuelo está sana y frondosa y que sus trigos de la Vega se han librado de la *mácula*.

Háblase de política, y D. Valentín, a fuer de buen liberal, truena y se indigna contra Narvaez y sus procedimientos reaccionarios; pronuncia un elocuente y patriótico *speech* y termina: “¡Pásmense Vds., señores! ¡Nunca los progresistas comedido hubieran tales atropellos!”. D. Amadeo le replica, poniendo a los repúblicos de ambos partidos como no digan dueñas, y D. Benito se acuerda entonces del tirano Rosas (argentino), y habla de los *salvajes unitarios*, de las guerras intestinas del Uruguay, de Orive y otros ilustres americanos, sin olvidar a D. Simón Bolívar el de Venezuela. A D. Apolo se le viene a las mientes un sucedido de la guerra civil de los siete años en que fue actor un su pariente, que jamás estuvo en España; pero se lo destripa D. Valentín con sus carcajadas y cuchufletas. D. Demetrio no interviene tampoco en la discusión política, pero come y bebe; y lo mismo hace D. Maximino, mientras observa y estudia a unos y otros. Interviene en el debate un D. Urbano, con una vaciedad que recoge D. Valentín para tomarle el pelo. Este D. Urbano estaba entonces y está todavía por *urbanizar*; pero, ¡es hombre rico!

Llegan al café; D. Amadeo y D. Valentín encienden sendas pipas; D. Longinos y su hermano fuman pitillos; le da fuego a una tagarnina D. Benito; D. Victoriano masculla el rico veguero y, entre la humareda del mismo combustible de distintas formas y calidades y las copas de ron y de cognac, paladeados por unos y bebidos de un trago por otros, términase la comida y pasan anfitriones y comensales a la sala o séase *cuarto del crimen*.

* * *

Antes de entrar en este iremos un momento a aspirar el aire puro del mar vecino que se divisa desde la puerta del patio a la calle; en tanto se prepara la mesa de los *sacrificios*, se enciende las velas, se saca los libros de *texto*, propios para aquel *curso*, y da comienzo la función, después de llenas las formalidades del

ritual: pujar la banca, echar ases etc.; o prepara los naipes para el *burro inglés* o para la partida de *golfo*.

Penetramos ya en la estancia.

Uno de los *sacerdotes* empuña en la izquierda mano el *libro de oraciones*, y con la diestra saca primero, una a una, cuatro hojas del volumen —las dos primeras y las dos últimas— que pone sobre el tapete formando un rectángulo. Los *fieles* van colocando *sendas ofrendas* junto a las hojas y, una vez colocadas, oyese la *voz del celebrante* que, con grave entonación, pronuncia la *frase sacramental*: “juego”. Vuelve el *sacrificador el tomo sagrado* y D. Valentín quitándose la pipa de la boca exclama: “Voy a jugar; pároli de rey y cinco”, y entre las dos hojas indicadas deposita su óbolo. Va tirando de los folios el *celebrante* y aparece el rey: D. Valentín da un salto en su asiento y le aprieta la oreja a su *ad-latero*, manifestación en él de gran contento. D. Victoriano se tira del bigote y masca su tabaco con movimiento nervioso: señales de que ha perdido. D. Apolo, lápiz en ristre, hace anotaciones cabalísticas en un papel; D. Maximino retira doblada *su ofrenda* y los demás, unos hacen otras nuevas, otros observan las peripecias del acto.

Sigue arrancándole fojas al breviario el oficiante: silencio absoluto. Todos los ojos fijos están en el tomo que se va deshojando; y en todos los rostros, en unos más que en otros, retrátase la ansiedad mas viva.

Aparece en una de las páginas la figura contraria al cinco. D. Demetrio pone cara de regocijo; cruza con una raya D. Apolo uno de los apuntes de su papel; D. Victoriano levántase bruscamente, tira el cigarro y se dirige a una mesita inmediata a refrescar las fauces, y D. Valentín da con el puño golpe violento sobre la mesa murmurando con rabia: “¡Y no morirse esa sota!”.

La sota era la contraria al cinco; pero en seguida le pasa el acceso y dirige a cualquiera una pulla que él mismo celebra con risas.

Reúne el *sacrificador* las hojas sobre el tapete esparcidas, forma de nuevo el tomo, y el acto se repite una y muchas veces, con variaciones de *entreses*, *cachuchas*, *mamarán* y *elijan*, intercaladas en el curso de la celebración, hasta que, ya hecho su negocio o víctima del azar, el que lleva la batuta dice: “Otro talla” y deja el puesto.

Durante la sesión, se ha levantado más de una vez de su asiento D. Demetrio para acercarse a D. Maximino o a otro de los gananciosos y, después de examinar con ojos tristes algunos de los áureos bustos de Felipe V., Carlos III, Fernando el *Deseado* o D^a. Isabel, exclama con voz doliente la frase consabida: ¡Esa fue mía! D. Victoriano ha destripado más de cuatro tabacos menudeando las libaciones; D. Valentín ha encendido varias veces la pipa y deseado otras tantas o más la muerte a doses, sietes, caballos y ases, sin perder nunca su humor chancero; D. Amadeo ha lanzado muchos bufidos y reniegos; D. Apolo ha llenado sus papeles de signos, sin que su pérdida o ganancia haya excedido la cantidad módica de tres a cuatro pesetas; D. Maximino ha hecho su agosto y D. Benito, chupa que chupa

su feroz tagarnina, mira a unos y otros y dice de vez en cuando a los quejumbrosos; “el que no quiere tamo que no vaya a *l'era*”.

* * *

Y en ésta y otras inocentes distracciones y en las no menos inocentes de comer y beber bien y murmurar del prójimo —sin la intención mas leve de hacer daño, por supuesto, y sólo por pasatiempo— se pasaban aquellos buenos amigos, reunidos dentro de las cuatro paredes de aquella humilde casa, semanas y meses; sin cansarse de perder los desgraciados, afanosos de ganar más los venturosos.

* * *

Terminados están los cuadros. Resucitados por mi pluma, tal vez indiscreta, han revivido el espacio de breves momentos sus personajes.

Seales a todos la tierra leve: que su memoria merecedora es de todos mis respetos.

LA CASILLA DEL RESGUARDO

A la Sociedad Democracia de Arrecife

¡Ya no existe!

La piqueta de las reformas urbanas la derribó; y en su lugar se alza hoy edificio más importante y de mejor aspecto.

Esta piqueta reformadora, como han dado en llamarla, embellece, es verdad, las poblaciones y las restaura y remoja; pero, también es cierto, que, a los que vamos para viejos, nos entristece el ver, como, a sus golpes, desaparecen casas y cosas llenas para nosotros de recuerdos halagüeños de la juventud.

Más que modesta, era pobre y humilde la casita. Apenas si merecía este nombre: un solo piso, una habitación única y un patio muy pequeño. Inmediata al mar, la resaca la salpicaba muchas veces con sus espumas. Tenía una ventana y una puerta. La ventana se miraba en el líquido espejo; la puerta abríase a una plazoleta formada en la calle por el frontis de un almacén y la fachada posterior de una casa a ésta contigua —rezagadas tres o cuatro metros de la alineación de aquella— y la pared del frontis de la casita y otra calle perpendicular a la anterior, a lo largo del costado del almacén.

Me acuerdo que la puerta de éste estaba cerca de un metro más alta que el piso de la plazoleta, y que a ella se subía por una rampa de mampostería, junto a la cual yacía, desde muchos años antes, grueso bloque de mármol prismático rectangular, traído no sé de donde.

¡Cuántas memorias felices conservo de este sitio, del puente a él vecino y de las casas inmediatas!

Muchas, muchísimas tardes de los días alegres de mi niñez, corrí y juguéteé por allí con mis compañeros. Próximas estaban dos casas para mí muy queridas: la de mis abuelos maternos y la del que fue más tarde mi amigo verdadero. En ambas, indistintamente, dábamos breves treguas a nuestros juegos; confortábamos nuestros estómagos con alguna sabrosa golosina y encontrábamos consuelo y alivio a nuestros quebrantos cuando, llorosos y

maltrechos, a ellas acudíamos buscando consuelo o remedio a algún desaguisado o descalabradura sufridos.

Recuerdo, pero de manera muy vaga, que la casita fue un tiempo —muy cerca de cincuenta años hace— algo así como cuartelillo puesto de un cabo y dos carabineros, encargados de la vigilancia aduanera del puerto. Más tarde, se convirtió en casilla de los prácticos o pilotos del mismo, en la cual se custodiaba el timón, bandera, remos y demás enseres del bote en que aquellos salían a señalar a los buques el fondeadero; y también se guardaba la bandera timón &c. de la falúa de la Sanidad, a cargo ésta (la falúa), de un gallego de mal talante y lisiado de uno de los remos inferiores por más señas.

En la casilla se reunían todos los domingos y días de fiesta, desde las diez de la mañana hasta las dos, y de cuatro a seis o siete por la tarde (según la estación), varios amigotes viejos marítimos y terrestres, a jugar a la Brisca, Malilla, Solo, Napolitana y otros juegos de puro pasatiempo: pretexto para beberse unas cuantas botellas de lo blanco o de lo tinto, o unas copas de ron que pagaban los perdidosos.

Veíase allí el patrón Señor Mateo Antonio, anciano ya, pero robusto y de fuerte contextura. Cara redonda, muy espesa la barba can, y muy encrespadas las cejas, sobre unos ojos grises de córneas sanguinolentas; nariz algo chata, de encarnación muy roja, y boca grande con labios gruesos y agrietados.

Había servido en sus mocedades de nuestramo en algunos buques de la carrera a América y luego fue patrón de uno propio dedicado al cabotaje. Dejó el servicio activo y en la actualidad desempeñaba las funciones de práctico del puerto.

Hallábase en su compañía su colega en practicaje —maestro Colás le llamaban—: viejo de pocas carnes, pero sano y de musculatura recia. Tipo opuesto al de su compañero: el uno alto y grueso, de cara ancha; el otro de baja estatura, seco, con una fisonomía en cuyos rasgos se dibujaba la astucia y el recelo, con algunas líneas muy acentuadas de carácter tenaz e irascible. Unos ojillos azules muy vivos daban indicios de su clara inteligencia; y servía de marco a su rostro, siempre afeitado, un collar de barba estrecho, que, a manera de barboquejo, arrancaba del cabello sobre ambas sienas y rodeaba cara y cuello. También ejerció de contraamaestre, sirvió en la armada Real y, de sus viajes a Oriente y Occidente, contaba muchos y variados episodios.

Con estos dos lobos de mar se juntaban otros de tierra.

Un viejecito ya encorvado por los años, que eran muchos, pero vivaracho, alegre y decidor; muy aficionado al sexo, al cual todavía rendía culto a pesar de sus setenta. Un molino de su propiedad en las inmediaciones del pueblo, era —según los maldicientes— el escenario de sus comedias amorosas. Por su edad y por su natural benévolo e indulgente, todos los denominaban *papá Juan*.

Un maestro calafate, hombre corpulento y forzudo; manos y brazos de acero, desarrollados en el manejo del mallo y de los hierros de meter y cortar estopa. Manos y brazos capaces de derribar un buey de un puñetazo: temibles si hubieran

de obedecer a una voluntad y a una intención menos mansas y compasivas: un cuerpo de gigante con un corazón de niño, era *hermano* Bonifacio; conocido por todos por este dictado cariñoso.

Un carpintero de ribera chancero y buen vividor: no conocía penas, y sus características eran la burla y la broma. De todo y por todo se reía. Habíanle puesto un apodo y no le gustaba que le nombrasen por él. Cuando algún amigo se permitía esta libertad, no le hacía maldita la gracia, y murmuraba amostazado: eso de motes y apodos es cosa de gente baja y mal criada.

Otros dos o tres personajes más formaban con los citados la tertulia de la Casilla del Resguardo —así la nombraban—, en la cual tenía entrada y solía echar su cuarto a espadas el gallego cojo que servía a los tertulianos de asistente o ayudante para fregar vasos y copas y traer las bebidas, con alguno que otro bocado excitante de la sed: eso que llaman *armadero* los bebedores en su jerga tabernaria.

Solía de vez en cuando asombrar las narices a la puerta de la casilla, echar un párrafo y hasta una mano a la Malilla, el dueño de la bodega cercana, de la cual se surtían los tertulianos. Aunque no se le pueda contar en el número de éstos, por su facha y figura originales, merece ser conocido.

Más bien alto que bajo, y grueso antes que delgado, tenía en sus hombros un desnivel notable: el izquierdo más alto que el derecho; parecía que éste arrastraba consigo la cabeza. Llevaba ésta cubierta de ordinario con sombrero de copa, que, obedeciendo a la inclinación de la misma, aparecía a veces en línea paralela al horizonte. Vestía siempre de chaqueta —de paño oscuro en el invierno, de dril blanco en el verano—, chaleco y pantalones invariablemente de esta última tela. De genio comunicativo y condescendiente, tenía parroquia numerosa; y en su bodega se arreglaban, por su mediación, cuentas y diferencias entre vendedores de pescado, pescadores y trabajadores del muelle. Llevaba las partidas del *debe* de sus parroquianos en la pared con rayas hechas con carbón, o con yeso detrás de la puerta, y no las equivocaba, por más que, respecto de muchas de estas cuentas, poco le importara el yerro o la omisión: muchos de los deudores pagaban en los tres plazos consabidos: tarde, mal y nunca.

El viejo bodeguero no se alteraba por esto y esperaba paciente a los morosos. Sólo en muy raros caso les hizo sufrir persecuciones de alguaciles y otros canes de la trailla curialesca.

Pasaba horas enteras el Señor Antonio Juan (éste era su nombre) paseando delante de su despacho de bebidas, y me parece estarle viendo en este instante tal cual era, con su cara de hombre serio y honradote a carta cabal, sus manos en los bolsillos de la chaqueta, su cabeza inclinada sobre el hombro derecho y su sombrero de poco pelo y color de ala de mosca en posición horizontal.

Volvamos a los socios de la Casilla del Resguardo.

Juntábanse en ella, como dejamos apuntado, esos lobos de mar y de tierra, viejos ya casi todos y, por ende, inofensivos, los domingos y días feriados a echar

una cana al aire y tener un rato de expansión, tomando unas copas y jugando a los naipes el importe de éstas.

Allí el patrón Señor Mateo Antonio refería a sus amigos los lances del último viaje a la costa africana de su pailebot, dedicado a la pesca del salado; y les daba cuenta de las ganancias que le produjera dicho viaje por sus soldadas como dueño. Alababa la valentía con que, contra mar y viento, se había defendido el barquichuelo en el temporal del Noroeste que le había cogido en la travesía (*traviesa*, decía él), y contaba, con pelos y señales, las maniobras practicadas a bordo para *aguantarse a la capa* y a los apuros en que se vieron su tripulantes un día en que, no pudiendo resistir ya el empuje de las olas y del viento, tuvieron que *derribar, rompiendo la capa*, y correr en popa. Este relato, hecho por referencias del patrón de mar de la embarcación, lo acompañaba el bueno del señor Mateo Antonio con las voces propias de mando, dadas a gritos, mezcladas con algunas de las variadas interjecciones del léxico de la gente de mar y acompañadas con los movimientos adecuados al marinero que iza un foque, que coge un rizo a la mayor o a la trinqueta, que sube por un obenque o estay a ejecutar una maniobra peligrosa, o que, amarrado con los guardines del timón resiste, afianzándose en la caña con las manos y en la cubierta con los pies, los terribles balances que imprimen al ligero esquife las alborotadas olas. Cuando terminaba su narración estaba el Señor Mateo jadeante y sudoroso. Limpiábase la frente con el dorso de la diestra, echábase un vaso de vino al colete, casi de un trago, y, ya reposado, seguía contando hazañas de su *navío y de su gente* hasta que el maestro Colás lograba meter baza y se quedaba en el uso de la palabra.

Este oponía siempre a las proezas referidas, otras realizadas por él y sus compañeros en las campañas marítimas contra ingleses y franceses; hechos heroicos en que, después de terrible cañoneo, venía el abordaje y la lucha al arma blanca. ¡Y no eran hachazos, cuchilladas y mandobles, los que repartía el maestro Colás! En lo más recio de la pelea y cuando los contrarios caían como chinches al mar y sobre el puente de su buque, a los certeros y tremebundos golpes del contraamaestre, solía interrumpirle el zumbón del carpintero de ribera, lanzándole alguna objeción dubitativa para tomarle el pelo. El nuestro le miraba con desdén y lástima, se encogía de hombros y seguía su narración mientras el carpintero se reía por lo bajo sin creer de ella ni una palabra.

El *hermano* Bonifacio, que casi nunca jugaba, pero bebía, escuchaba atento y sin pestañear, sentado en su silleta, todos estos relatos y, al fin y a la postre, tal era la atención que les prestaba, se quedaba dormido sin intervenir en ellos de otra suerte.

Papá Juan sí que era aficionadillo a los naipes y por un envite daba la camisa. ¡Y no era menuda la greasca que armaba cuando su compañero le hacía una mala jugada y equivocaba la seña de la malilla o de la sota! Poníase en pie, daba puñetazos sobre la mesa y ni el *sursum corda* le hacía creer que él sólo tenía la culpa de

la pérdida del chico. A cada jugada, una discusión que degeneraba en disputa, con el acompañamiento obligado de *ajos y cebollas*.

¡Gran tipo *papá Juan!*

Entre copa y copa y entre *chico y chico*, mientras barajaban los naipes y ajustaban la cuenta del tanteo, contaba el bueno del vejete sus empresas y aventuras con las hembras.

Relamíase de gusto a referir que la Petra, criada del Alcalde, había quedado en ir al molino —al sacrificio, como si dijéramos— al día siguiente; que una casadita de pocos meses tomaba varas y que, de fijo, sucumbiría como otras muchas, e iría también al molino. Que en una zapatería, a donde solía ir a pasar algunos ratos, se murmuraba en días pasados del estado *demasiado interesante* de la Marcelina, chica muy linda y recatada, cuya virtud nadie había puesto en duda hasta entonces. Y era digno de ver como el vejete, con sus sonrisas maliciosas, salvedades y reticencias, quería insinuar a su auditorio la idea de que el fruto que llevaba en su vientre la hermosa y poco precavida Marcelina era obra suya.

El carpintero de ribera, cuando más entusiasmado le veía, desataba la sin hueso y; “Todo eso que V. nos cuenta de la Petra, la Marcelina y la casadita de pocos meses, supongo lo habrá V. soñado anoche —decíale con sorna—; pues no es creíble que a sus años las muchachas le hagan caso, ni V. pueda dar satisfacción a los deseos de éstas”. —¡Calla, tú, tonto! Replicaba el viejo verde ¡nadie sabe de lo que yo soy capaz con las mujeres!— Y se quedaba tan ufano y orgulloso, como si fuera verdad lo que afirmaba.

Con las narraciones náuticas y belicosas de los contra maestres; las imaginarias victorias amorosas de *papá Juan*, los cuentos y chismes del mismo, de un verde muy subido; con las chanzas y bufonadas de carpintero de ribera y su risa sempiterna; los ronquidos del *hermano* Bonifacio, que despertaba sólo para apurar la copa; con los sendos tragos de vino o de ron que se propinaban los comensales, las peripecias del juego y el chupar la tagarnina y la pipa, pasaban horas y horas, reunidos en la Casilla del Resguardo, ya borrada de plano topográfico de mi pueblo, estos lobos de mar y de tierra: tipos de los cuales ya en él no queda ni un solo ejemplar.

Otra edad: otros hombres, otros usos y otras costumbres.

DOÑA MARTA

A mi querida hermana María Ana.

*Aunque la varío el nombre, creo descubrirás por el retrato quien fue esta doña
Marta y la recordarás complaciente.*

Señora de campanillas, pero sin los remilgos y las etiquetas propios de las de su clase, trataba a iguales e inferiores con llaneza y amabilidad afectuosas. A todos sus conocimientos los medía en su familiaridad ingénita por el mismo rasero y a todos les nombraba siempre por el diminutivo de su nombre, así contasen más años que Matusalén. Carácter benévolo, cándido y jovial, conservó casada y viuda la inocencia ignorante y sin malicias de la doncella impúber nacida en buenos pañales y con recato escrupuloso educada junto a una madre virtuosa, dama del siglo pasado, de severas, cristianas costumbres.

Creció la niña y desarrolló su no muy perspicua inteligencia en un medio ambiente místico, saturado de escrúpulos y preocupaciones.

Pedía la bendición a sus padres al acostarse y al levantarse; rezaba el rosario en familia, cumplía con la Iglesia y asistía puntualmente a jubileos, novenarios y procesiones, amén de los ayunos en cuaresma y días de vigilia. Mas su natural alegre y expansivo triunfo del medio y de la educación religiosa: fue una buena cristiana, humana y compasiva, pero no hipócrita ni gazmoña. Casáronla —que no se casó ella— muy joven con su pariente: uno de esos matrimonios de conveniencia que se arreglaban antes y aún hoy se arreglan en familia. Y si sumisa estuvo doncella a la autoridad paterna, sumisa continuó casada a la voluntad o al capricho de su esposo y señor. No hizo más que cambiar de dueño: sus padres por su marido.

Pero el carácter de doña Marta no se alteró en nada por el cambio. Con la misma paciencia y tranquilidad inalterables con que oía consejos y advertencias de los que la dieron el ser y les obedecía, escuchaba los mandatos y observaciones de su cónyuge, no muy suave ni amoroso en su trato íntimo conyugal.

Verdad es que el pariente no se casó enamorado; que los atractivos de doña Marta no eran grandes, y que ella, como tampoco simpatizaba mucho con él, no

se esforzaba por realzarlos, ni empleaba los recursos que el amor, a falta de ingenio, sugiere a la mujer amante para conquistar y atraerse al hombre a quien adora.

No obstante, reinaba en aquel hogar una paz octaviana —sólo interrumpida de vez en cuando por alguna impertinencia acrimoniosa del marido que, dicho sea de paso, iba ya para *villa vieja*—, gracias a la obediencia pasiva de su dueña y a la indiferencia con que ésta oía los *sofiones* maritales.

Así vivieron algunos años, hasta que la Parca vino a desatar muy oportunamente, cuando a doña Marta, a pesar de su pasividad, se le iba ya haciendo pesada la cruz con que, sin consultar su voluntad, la cargaron, aquel lazo formado más por el interés que por la inclinación y la prudencia.

Libre ya doña Marta del yugo marital y fuera de la patria potestad, si no varió de carácter, varió sí y mucho de hábitos y de costumbres.

Se acabó el ayunar continuo en la época cuaresmal y en los días de precepto: decía que los ayunos la debilitaban y le producían trastornos orgánicos; y añadía —no sé a quien oiría la especie— que la salud del cuerpo reñida no estaba con la del alma. No más jubileos y novenarios: la atmósfera de la iglesia, con sus emanaciones de incienso, de cera derretida y otras que de los fieles provenían, no muy sanas ni aromáticas, la asfixiaba y ocasionaba intensas cefalalgias. Cumplía si como buena devota el precepto de oír misa los Domingos y fiestas de guardar; y a esto quedaron reducidos los actos exteriores de sus creencias religiosas.

En lo que más se determinó e hizo patente la transformación de sus costumbres, fue en el aliño y adorno de su persona. Antes, poco o nada cuidábase de éstos, ahora les dedicaba atención minuciosa, se esmeraba en el vestir y, sobre todo, en el arreglo y ornamentación de su cabeza. Horas enteras pasaba ante el espejo, ocupada en la formación de bucles y rizos; en la corrección de las curvas que su cabello, dividido en dos cortinas, delineaba sobre su frente y sienes, y en la más graciosa y artística disposición de los encajes, cintas y blondas de sus tocados y cofias.

Es de observar que en esta reforma radical, realizada en su gala y atavío personales, no siguió doña Marta las imposiciones y mandatos de la moda del día. No quiso someterse a su tiranía, harta sin duda de las ya soportadas, y el corte de sus faldas, el color y la forma del corpiño, la disposición en éste de lazos, botones y abalorios, y muy particularmente su tocado eran *sui géneris*, completamente originales: obra exclusiva de su gusto y de su capricho, con tendencias a lo que había advertido en la indumentaria de su abuela y de su madre. De esta suerte empavesada doña Marta, y trascendiendo a esencia de Pachouli —su perfume favorito— atraía las miradas de todos y mal disimuladas burlonas sonrisas.

Estrechó entonces los lazos que la unían a su parentela e intimó con sus amigas y simples conocidas, a las que trataba con afabilidad y atención agasajadoras, dándolas los más cariñosos epítetos: a las parientas las decía siempre, fuera cual fuese el grado de consanguinidad, primita del alma, y a las amigas, hermanita; no cansándose de besarlas y acariciarlas y de prodigarlas toda suerte de mimos y lagoterías.

Frecuentaba saraos y tertulias; recibía con frecuencia en su casa a amigas y amigos y les obsequiaba en el comedor con exquisitas golosinas de todas clases, de las cuales tenía de continuo en su despensa provisión abundante y selecta, amén de excelentes vinos añejos de sus bodegas, y variedad de licores finos.

Se me olvidaba la nota más característica de su vestir.

Gustábale mucho dejar al descubierto cuello, garganta y parte de los hombros; tal vez por el placer de que el aire los bañase o por coquetería inocente. La verdad es que esas partes de su busto eran blancas y mórbidas, con hoyuelos deliciosos, y que bajo la tela de su corpiño se adivinaba las turgencias de un seno abundoso. Por este capricho o coquetería de doña Marta, los cuerpos de sus vestidos tenían el corte propio para mostrar sin velos lo que de esos encantos no vedaran la honestidad y la decencia. Lo mismo en casa que de visita o de paseo, iba la buena señora haciendo gala, en su ingenuidad y sencillez ingénitas, de hechizos que otras mujeres sólo dejan ver, aunque algo más que ella, en bailes de etiqueta, recepciones y banquetes.

No ensanchó doña Marta en su viudez, por el mayor roce y trato más frecuente con personas cuyas e ilustradas, el estrecho círculo de sus conocimientos, y vivió siempre ignorante de todo aquello que no se relacionara con la pequeña sociedad en que giraba. De lo que ocurría fuera de ella nada sabía.

Un día en que un señor extranjero, su amigo, relataba sucesos de la guerra de Oriente, cuestión palpitante entonces en Europa y objeto de la conversación diaria en todos los círculos, y citaba a Napoleón III, la reina Victoria, el mariscal Canrobert, a varios príncipes rusos terminados en *kofy* y otros personajes, la cándida y bondadosa señora, después de escucharle sin pestañear y con muestras de sentida admiración, le dijo, acercándose mucho a él y estrechando con interés y efusión una de sus manos: "Pero, dígame, amiguito de mi alma ¿esa gente vive todavía?".

¡Si estaría enterada doña Marta de los casos y las cosas del mundo!

Muchos años se prolongó su viudez, sin que diera jamás con sus actos pábulo a la chismografía y maledicencia, moneda corriente en los pueblos pequeños. Aparte de sus pueriles caprichos y de sus originalidades y extravagancias en la indumentaria, era la señora dama muy recatada y virtuosa.

Y es llegada la ocasión, antes que doña Marta traspase los límites que de la vejez le separan y antes que canas y arrugas, que ya comienzan a lucir y determinarse, borren o alteren los rasgos propios de su fisonomía, de decir algo de su personalidad física.

Era alta y gruesa; ancha de cintura y caderas; poco airoso de talle y movimientos; el seno abundante y muy pronunciado, los hombros gruesos y el cuello más bien largo que corto, pero sin gracia. El conjunto de su rostro, en que se dibujaba una boca estrecha y de labios carnosos, una nariz fina de forma no muy correcta, unos ojos pardos algo salientes de sus órbitas y de pestañas cortas y escasas, con cejas largas, pero poco pobladas, y una frente no muy ancha y deprimida,

retrataban, con la bondad de sus sentimientos, su candidez e ignorancia y la pobreza de su espíritu.

¡Bienaventurada criatura!

Con los años se agravó en ella su exageración en el vestir. Llevaba de ordinario abundancia de enaguas; la falda de colores chillones muy ahuecada y recargada de lazos, botones, encajes y faralaes. En sus manos gordas y grandes brillaban esmeraldas, rubíes, diamantes y topacios, engarzados en anillos de forma antigua y bastante estrechos para que los dedos encargados de lucirlos resultasen achorizados. Lucía también en el pecho, cuello y orejas, alfileres, gargantillas y arracadas de valor, puesto que de forma y gusto pasados de moda: prendas de familia usadas por tres o cuatro generaciones. Su cabeza, amén de las cintas y encajes de sus gorros y cofias, ostentaba hermosas piochas, cuya figura anticuada revelaba la misma procedencia que las demás joyas. Con tales atavíos, doña Marta producía el efecto de una mujer disfrazada en traje de época ya lejana. Un día en que, desplegando todas sus galas, fue a visitar a una de sus amigas, la hija de ésta, niña entonces de siete a ocho años, que salió a recibirla, al ver aquella extraña figura quedóse sorprendida y asustada y, sin esperar a que acabase de subir la escalera, escapó hacia e interior de la casa gritando con voz atribulada: "¡Mamá, máscaras!".

Y en efecto, una máscara parecía en ocasiones doña Marta.

Pasó de los cincuenta. Fresca, sana, bien conservada todavía y ya rayana en los sesenta, voló a segundo tálamo con un señor a quien duplicaba la edad — poco más de treinta años tendría éste— que se enamoró quizás de sus apetitosas carnes aún tersas y lucientes, y sin quizás de sus no menos atractivos predios, bodegas y fincas urbanas, que hacían de la dama, mirada desde el importante punto de vista del interés, lo que se llama un *boccato di cardinale*.

Y no debió pesarle a doña Marta el unirse de nuevo a la sacra coyunda; pues, a parte de renovación de gustos y dulzores de la unión conyugal —los cuales fueran acaso evocados por ella con desconsuelo durante las solitarias noches— su segundo esposo la trató siempre con cariño, verdadero o fingido, y le dispensó los respetos y las atenciones delicadas que ella se merecía, como esposa, ya anciana, y como mujer y rica.

Resultado; que al morir doña Marta dejó a su paciente y discreto cónyuge por heredero único de todo su caudal.

* * *

¡Cuántas personas habrá todavía en el pueblo en que residió habitualmente esta señora que con placer se acuerden de su trato alegre y franco, de su bondad agasajadora, de sus sentimientos caritativos y de la rareza y originalidad de sus trajes!

A estas les agradará, de fijo, el hallarse con su retrato más o menos fielmente traslado por mis recuerdos a este libro.

UNA PAREJA

A mi joven amigo D. Manuel Díaz Pérez. Por excitación suya tracé los rasgos de esta pareja. Por Vd. muestra su gentileza entre mis Tipos. Sufrá, pues, paciente que se la dedique.

Monaguillo fue él en su adolescencia; abandonó la carrera y no llegó a sacristán. Dejó la iglesia por un taller de obra prima, pero nunca pasó de oficial adocenado.

Ella comenzó de niñera, ascendió a moza de cocina, luego a cocinera y, ya madura, se unió con él en santo lazo.

¿Por qué se juntaron estos dos seres? ¿Cómo se verificó la atracción mutua? Por la oposición de los caracteres.

No tuvo ella en su juventud ni siquiera ese atractivo que la inmensa mayoría de las mujeres posee a los quince, designado por los franceses con la frase *beauté du diable*. De joven fue fea; y ya se sabe que ésta terrible enfermedad se agrava con los años.

Cuando se casó era casi horrible. De corta estatura, desgarbada y sin gracia en el cuerpo; el pecho liso y sin curvas; la cara morena, con labios gruesos y escamosos y ojos pequeños, por entre los cuales se dibujaba una nariz ancha y chata; la frente estrecha y deprimida y el pelo negro, grueso y crespo. Tal era en lo físico la Pepa —así se llamaba ella—.

Nada ganaba considerada moralmente. Záfia, de carácter agrio y destemplado, gruñona y soberbia, dispuesta estaba siempre a contestar con una coz a cualquiera que la hablase, aún a las mismas personas a quien servía. Con sus compañeras de servidumbre andaba siempre casi a la greña y, por un quitame allá esas pajas, las llenaba de improperios y armaba con ellas la de Dios en Cristo. Era un genio insufrible el de la Pepa, y su lengua más temible que los arranques de su ira.

Con tales dotes y condiciones, preguntarán los lectores, ¿cómo encontró quien con ella apechugara?

Ahí verán Vds.

Con la Pepa se cumplió una vez más la ley fatal de los contrastes.

En ella encontró el señor Ramón —éste era el nombre de él— la costilla que le faltaba.

Bonachón, condescendiente, manso y dócil, era el reverso de la medalla de su media naranja.

En su cara, siempre de Pascua, se retrataba la bondad de su carácter consecuente e inalterable. Carácter propio a soportar sin quejas ni reproches los ímpetus furiosos de la hembra fiera con quien compartió su existencia durante muchos años. Sólo él hubiera cargado con paciencia aquella cruz pesadísima.

El señor Ramón era un hombre metódico, económico y de costumbres tan morigeradas que, según muchos aseguran, hasta que se casó con la Pepa no había tratado ni tenido comercio íntimo con mujer alguna. Casto y limpio de impurezas carnales llegó al lecho nupcial, y su *bella* cónyuge tuvo el privilegio de recibir las primicias de las expansiones amorosas del señor Ramón y de deshojar la flor de su virginidad. ¡Caso rarísimo! Poquísimas mujeres podrán vanagloriarse de contarlo. Debemos de suponer, pensando honradamente, que la Pepa pagaría a su marido en la misma moneda. No lo aseguramos; pero es de presumir que así fuera, dadas las circunstancias de la doncella y prescindiendo de lo que haya de verdad en el concepto del refrán: nunca falta un roto para un descosido.

Por sus condiciones morales, era el señor Ramón apreciado de todo el mundo; y las personas pudientes de su pueblo le encargaban servicios y comisiones que le ayudaban a vivir y a aumentar sus ahorrillos.

No había imprenta en el pueblo; y el señor Ramón hacía las veces de esquila invitatoria, llevando de casa en casa las nuevas infaustas o felices de la defunción de D. Fulano y de la ahora de su enterramiento, o de natalicio de un vástago de D. Zutano. Recorría el pueblo entero con la lista de todos los vecinos acomodados, cuando de una suscripción pública se trataba, y recogía los donativos. Repartía a domicilio los prospectos manuscritos de las funciones teatrales de una sociedad de aficionados, y también los anuncios de las novelas nuevas —o viejas editadas recientemente— a dos cuartos la entrega. En fin, el señor Ramón, aparte de lo que agenciaba con la alezna y el tirapié, sacaba buenos cuartos de sus comisiones y poco a poco fue engordando el *gato* que llegó a convertirse casi en tigre y más tarde en dos casas de planta baja, cómodas y espaciaosas.

Sabía leer y escribir y ocupábase también en la redacción y escritura de las misivas amorosas de doncellas y fregonas ausentes de sus amantes, y en las de las que madres y esposas dirigían a sus hijos y maridos trasmarinos.

La lectura frecuente de anuncios de obras literarias, despertó en él deseos de adquirir las novelas de títulos atractivos, con portadas en que se representaban escenas dramáticas y espeluznantes. Y lo que en un principio fue no más que curiosidad pueril, convirtióse más tarde en manía y en vicio. Todas las obras cuya publicación venía anunciada en los prospectos que recibía el encargado en el pue-

blo de varias casas editoriales españolas, todas las adquiriría el Sr. Ramón. Mostrábase orgulloso con sus libros encuadernados, en cuyos lomos brillaban en doradas letras los nombres de los ingeniosos novelitas —en boga en aquella época decadente de la literatura patria— Fernández y González, Tárrago y Mateo, Pérez Escrich, Parreño, y otros *ejusdem fúrfuris*.

Más de una noche se pasó en claro el buen señor Ramón embebido en la lectura de “El cura de aldea”, “El cocinero de su majestad”, “Los hijos perdidos”, “El Tribunal de la sangre” y otros engendros del mismo jaez; y más de un disgusto le dieron los aficionados a leer libros ajenos; pues le pedían prestados los suyos y no se los devolvían.

Tenía ya biblioteca numerosa, si no selecta, cuando se casó, y pocos más tomos vinieron después a aumentarla; pues su mujer era enemiga declarada de las Bellas Letras y, sobre todo, de gastar dinero en cosas que nada producían y que no servían, decía ella, más que para calentarse la cabeza y consumir velas o aceite.

Desde que la Pepa tomó el mando supremo de la casa del señor Ramón —decimos el mando supremo porque éste hizo abdicación completa de su autoridad y de sus derechos y consintió que aquella se pusiera sus pantalones— quedó prohibida la entrada en ella de nuevos libros; y cuando el señor Ramón no resistía al deseo tentador de adquirir furtivamente alguno que por su título prometía a su espíritu horas de placer y grato esparcimiento, si ella lo descubría, ya estaba armada; y el esposo oía de los labios de su *amable y prudente* compañera, que le ponía como no digan dueñas, las frases más lisonjeras, y a veces sentía alguna que otra *caricia* de sus *blancas* manos.

Tenía la Pepa una cualidad que mucho la enaltecía; y, puesto que hemos hecho mención de sus defectos, no debemos, en justicia, dejar aquella en el tintero. Era muy laboriosa: no había trabajo por duro y penoso que fuese que la arredrara.

Al unirse al señor Ramón, no quiso en manera alguna serle gravosa y decidió contribuir a sostener las cargas de matrimonio y a aumentar el peculio conyugal estableciendo una panadería. Ella amasaba, caldeaba el horno, ponía el pan a cocer, lo sacaba cuando estaba a punto y luego lo expendía en una venta que en su misma casa había establecido: especie de figón en que se daba un tente en pié a los campesinos que diariamente bajaban al pueblo y tenían por apeadero la casa del señor Ramón.

El trabajo y la economía, ayudados por la fortuna, llevaron viento en popa al puerto del bienestar y la prosperidad a nuestra pareja. Pero escrito estaba que no habían de disfrutar durante mucho tiempo de sus dulzuras.

El genio irascible de la Pepa, sus arranques atrabiliarios y su espíritu de perpetua contradicción, llegaron a un extremo tal que al pobre señor Ramón, a pesar de su docilidad y mansedumbre, se le fue haciendo cada día más insoportable la

vida en común con ella; y para guarecerse de los nublados que a diario desencadenaba sobre él su temible mitad, veíase precisado a huir de su hogar y a dejarla dueña y señora absoluta del mismo, entregada a las expansiones de su cólera.

Estas tenían a veces un carácter en alto grado cómico.

En nuestra pareja no hubo nunca esa intimidación y cordial franqueza engendradas al calor de la ternura y de los afectos mutuos. De novios se trataron de usted; y después de casados, si el tú halagüeño y cariñoso salió algunas veces de los labios de la Pepa, cuando al señor Ramón se dirigía, fue sólo en los momentos escasos en que entre los cónyuges reinara tranquilidad y armonía relativas. Cuando éstas se alteraban, y la boca repulsiva de la Pepa vomitaba sapos y culebras, entonces modificaba ella el tratamiento, y el usted duro e incisivo se escapaba de su laringe, articulado con variadas entonaciones sarcásticas.

Un día ocurriósele al señor Ramón comprar a uno de los hombres de campo, parroquianos de su venta, una carga de ese fruto —de la familia de las cucurbitáceas— que las doncellas con novio tienen en aborrecimiento por el temor de que de ellas pueda decirse que sus amantes las *dieron calabazas*, y creyendo haber hecho una buena compra, por lo módico del precio, fue satisfecho de la misma a dar cuenta de ella a su mujer. Nunca lo hubiera hecho. La Pepa en su afán de contrariar a su marido y de censurar todos sus actos, juzgó inconveniente y perjudicial el negocio; y se desató contra aquel en un diluvio de improprios, obligándole, para no ahogarse, a echarse a la calle precipitadamente. En ésta se le presentó ocasión de vender con ganancia el fruto recién comprado y, creyendo satisfacer a la Pepa y desarmar su cólera, realizó la venta. Volvió inmediatamente a participar a aquella que ya había desaparecido el motivo de su molestia, pues el artículo estaba vendido con beneficio; y su esposa lejos de aplacarse, subió de punto en su exasperación y en sus denuestos, porque podía haberse realizado, decía, con mayores ventajas.

Con estas o parecidas escenas cómico-dramáticas, repetidas a diario, se holgaban mucho los vecinos de la conyugal pareja y las personas que frecuentaban su casa; pero aquellas (las escenas) eran cada día más mortificantes y abrumadoras para el pobre señor Ramón, y la vida matrimonial llegó a convertirse para él en un verdadero suplicio que se agravó y extremó cuando la Pepa, caldeaba sin duda por el fuego, no de las pasiones, sino de horno en que cocía el pan, se dio, para mitigar la sed y los ardores que este fuego producía en su organismo, al uso y al abuso de las bebidas *negras y blancas* y cogía cada mona que era un portento.

El comienzo de éstas (de las monas) era casi siempre belicoso, y luego degeneraban en tristes y mortecinas, con acompañamiento de ayes, suspiros y lágrimas.

Comunicóse al señor Ramón la afición de su consorte a las bebidas espirituosas, y chistosísimo era el oír de las disputas y contiendas provocadas por cuál de los dos bebía más. A la Pepa figurábasele siempre que su hombre le llevaba en los tragos la ventaja. El señor Ramón no estaba conforme; y de aquí cuestiones

interminables con acompañamiento de injurias y golpes, en los cuales tocaba al varón la peor parte.

El vicio contraído por nuestra pareja dio por resultado fatal y necesario el abandono de sus intereses y la decadencia gradual de los mismos, que la condujeron en los últimos años de su existencia a un estado limítrofe con la miseria.

No descendieron la Pepa y el señor Ramón hasta su espantosa sima porque ambos murieron a tiempo. Primero, el señor Ramón: minado y destruido su organismo por el alcohol, y su espíritu pusilánime por los disgustos y contratiempos domésticos, que con los que en más breve tiempo consumen y aniquilan las energías más viriles y los ánimos más esforzados. Luego, y a poco, la Pepa, víctima de su intemperancia.



El primer artículo de este número de la revista de la Universidad de Chile, publicado en el mes de agosto de 1960, es el que aquí se reproduce. En él se hace un análisis de la situación de la enseñanza superior en Chile, y se propone un programa de reformas que se considera necesario para el desarrollo de la educación superior en nuestro país.

El primer artículo de este número de la revista de la Universidad de Chile, publicado en el mes de agosto de 1960, es el que aquí se reproduce. En él se hace un análisis de la situación de la enseñanza superior en Chile, y se propone un programa de reformas que se considera necesario para el desarrollo de la educación superior en nuestro país.

El primer artículo de este número de la revista de la Universidad de Chile, publicado en el mes de agosto de 1960, es el que aquí se reproduce. En él se hace un análisis de la situación de la enseñanza superior en Chile, y se propone un programa de reformas que se considera necesario para el desarrollo de la educación superior en nuestro país.

El primer artículo de este número de la revista de la Universidad de Chile, publicado en el mes de agosto de 1960, es el que aquí se reproduce. En él se hace un análisis de la situación de la enseñanza superior en Chile, y se propone un programa de reformas que se considera necesario para el desarrollo de la educación superior en nuestro país.

El primer artículo de este número de la revista de la Universidad de Chile, publicado en el mes de agosto de 1960, es el que aquí se reproduce. En él se hace un análisis de la situación de la enseñanza superior en Chile, y se propone un programa de reformas que se considera necesario para el desarrollo de la educación superior en nuestro país.

DOS TIPOS CALLEJEROS

A mi distinguido amigo D. Ginés González Brito. A Ud. que mejor que yo, se acordará de la pobre Ambrosia y del mísero José Pata, me permito dedicarle mis retratos. No son fotografías: serán si acaso esbozos trazados con mano torpe, insegura, borrosos y desdibujados. La memoria, como la mujer joven y bonita, a los que vamos para viejos nos vuelve desdeñosa las espaldas.

Dos hijos de la ignorancia y de la miseria. Dos de esos seres desgraciados que el vicio engendra y que, nacidos en su lodo inmundo, crecen, se desarrollan y viven en ese medio.

¡Qué existencia dolorosa de abyección y sufrimientos!

El recuerdo que de ellos conservo es muy vago. No en balde han transcurrido cerca de diez lustros.

* * *

Ella era una mujer joven todavía —apenas contaría treinta años—, pero aviejada por terrible enfermedad física.

Me acuerdo que su aspecto me infundía terror y repulsión invencibles; y que, si alguna vez me acercaba a ella movido por la compasión, para darla una limosna, me alejaba en seguida más que de prisa, pues su presencia se me hacía insoportable.

En mi ya larga vida no he observado un caso patológico con manifestaciones tan singulares como el de Ambrosia: así se llamaba.

Antes de determinarse la dolencia que la aquejaba y que la convirtió en bestia repugnante, dicen fue moza agraciada, dotada de encantos y atractivos. Ni sombra de éstos quedaba en ella cuando la conocí. ¡Qué mudanza tan rápida y radical!

Su cuerpo enflaquecido, casi sin carnes, no tenía ni una curva, ni un rasgo siquiera que revelase la plástica de la mujer. Terroso era el color de su cara, y la piel semejava un pergamino arrugado. Su boca ¡qué horror! en movimiento ner-

vioso incesante, dibujaba las muecas más espantosas e increíbles que en rostro humano pueda jamás haberse contemplado; y parecía imposible que aquella brega continua de nervios y músculos fuese, sin que éstos se relajasen y por cansancio cesasen en su labor, tan duradera y persistente. Impresión de angustioso sufrimiento se experimentaba al ver dibujarse aquella interminable mueca infernal, que a suplicio anticipado de condenado por la Iglesia romana al fuego eterno se parecía; y de presumir era que la sensación recibida reflejo fuese sólo de los padecimientos de aquel ser infortunado.

El vulgo ignorante y fanático pególe a Dios el parche de la enfermedad de Ambrosia, y muy serio afirmaba que la sufría en castigo de sus liviandades.

Respecto a Dios, supongo, por razones que no sería discreto exponer aquí, no intervendría por modo alguno en su estado; y, en cuanto a la víctima, afirmo que no era de él responsable. Si fue liviana e impura, lo fue necesaria y fatalmente: por imposiciones irresistibles de su mísera naturaleza.

Atacada desde la pubertad por ese mal infame a que la ciencia da el poético nombre de Ninfomanía, tuvo que sucumbir a sus mandatos imperiosos y entregarse inconsciente en brazos del desenfreno y de la lujuria.

¡Mujer infortunada! No conoció el recato ni el pudor, las flores más fragantes de la virginidad; y, apenas núbil, sintióse impulsada a satisfacer el deseo ardiente e insaciable de entregarse al macho, y de pasar de uno a otro sin mitigar jamás el apetito devorador de la carne.

¿Qué responsabilidad podría exigirse a Ambrosia de sus actos, si estaba poseída de la más espantosa de las demencias?

El mal, ya lo he dicho antes, hizo en su organismo tan grandes estragos que su juventud fue un soplo no más. Pasó de la pubertad a la vejez casi sin solución de continuidad. Antes de los treinta años Ambrosia no era ya mujer: convirtióse en una cosa, en un harapo asqueroso y repugnante. Felizmente vivió poco.

La terrible neurosis, atacó no solo al rostro, sino a todo el cuerpo. Me acuerdo de verla andar arrastrándose casi, apoyada en un palo, y recorrer así las calles de pueblo implorando la caridad, con su sempiterna mueca en la boca, esforzándose por articular algunas sílabas que, roncas y desgarradas, salían apenas de su laringe.

Servía de diversión a la chiquillería soez y malvada, sin conciencia de serlo, y sufría, impotente para defenderse de ella o huirla, los escarnios de obra y de palabra de que la hacían objeto.

Admitiendo la existencia de un Dios inteligente piísimo y misericordioso, y a la pareja humana como hechura suya y su obra más acabada y perfecta, no he podido explicarme jamás —sin duda por limitación y pequeñez de mi entendimiento— la vida de estos desgraciados seres irresponsables, y la finalidad de la misma: seres creados exclusivamente para el sufrimiento... ¡qué obra tan odiosa!

Basta de filosofías y vamos al otro tipo.

Como Ambrosia fue José fruto del vicio; y heredó de sus progenitores, a más de una inteligencia limitadísima, rayana en el idiotismo, los instintos más perversos.

Era borracho, ratero —no se elevó a la categoría de ladrón por falta de inteligencia— lujurioso como un sátiro, desvergonzado y pendenciero.

Veíasele diariamente, recorrer las calles del pueblo por oleaje tumultuoso, con el obligado acompañamiento de granujas que le seguían a todas partes apostrofándole y lanzándole de vez en cuando alguna que otra peladilla de arroyo. No sufría paciente nuestro tipo estas *indirectas* contundentes, y revolvióse furioso contra sus inocentes perseguidores, contestándoles con idénticos argumentos: más de uno de aquellos volvió a su casa descalabrado.

Durante las crisis de sus consuetudinarias borracheras, vomitaba las frases más soeces del diccionario pornográfico y gritaba a voz en cuello una que era como la característica de su estado: “¡retumba vino!”. Tal vez reflejo y expresión gráfica del efecto producido en su cerebro por la acción del alcohol.

A veces desarrollábase en él una especie de frenesí o locura erótica que se traducía en ataques bruscos a la primera mujer que junto a él pasaba; a la cual poseyera con violencia o ahogara entre sus brazos, no pudiendo satisfacer en ella su bestial apetito, sino hubiese habido quien impedirselo pudiera.

Metíase de rondón en cualquier casa a pedir una limosna o a llevarse lo que a mano encontrara; y si el dueño molesto con sus fechorías repetidas llegaba a tiempo de echarle a cajas destempladas, vengábase el idiota arrojando piedras a las ventanas y haciendo víctimas de su enojo insensato los cristales de las mismas.

¡Vamos, que era una alhaja el tal José *Pata*! Estos fueron el nombre y el apodo con que se le designaba. Nada sé respecto al origen de este último; aunque presumo que, con expresión tan baja e inculta, querría el pueblo dar forma gráfica a la idea que de aquel ser grosero y zafio se formara. Es el pueblo en ocasiones, sin saberlo, escultor de ideas consumado. Cuando se pone a ser artista, no hay quien en gracia e ingenio le aventaje.

Verdadero hijo del arroyo, José *Pata*, en la calle vivía despierto, y en la calle, o en algún muladar o restos de casa derruida, se entregaba al sueño; y cobijado bajo la techumbre azul del hermoso cielo de mi patria, y cubierto con la tenue y finísima sábana de su atmósfera tibia y suave, digería, inconsciente y descuidado de un mañana en que no pensaba, las azumbres de vino o aguardiente libadas durante las horas de la vigilia.

Este tipo que aquí dibujo es común a todos los pueblos de mundo —¡qué sociedad no tiene sus escorias!— No por su singularidad y rareza. Le coloco entre

los que forman este libro: pero, habiendo sido el único en su especie en mi pueblo, en la época a que me refiero, sin que se haya reproducido hasta hoy el ejemplar, he querido dar con él y con el de Ambrosia dos muestras del vicio —impuesto en ésta por la Naturaleza, heredado en aquel—, para que no falte a la luz que irradia de alguno de los otros tipos e ilumina mis cuadros, los toques de sombra indispensable a dar vida y relieve a las figuras.

José *Pata* murió, claro está, como había vivido. Un día quiso vengarse un menguado, ¡valiente fazaña! de no sé que acción ruin por el idiota cometida e su perjuicio; le llevó a una taberna y allí le dio a beber pócimas tan infernales que le ocasionaron la muerte a las pocas horas.

En un lugar inmundo encontraron a José *Pata* durmiendo el sueño eterno.

Quizá fuera para este desgraciado el suceso más fausto de su vida el dejar de existir.

To die to sleep: morir es dormir; dijo el gran dramaturgo inglés.

PEPE PLACENTA

A mi hermano Pepe. No había de olvidarte en mis dedicatorias. Dale un vistazo a este tipo, tu homónimo y, si no te agradase, cállatelo: si te gusta... lo mejor será que te lo calles también.

Hombre entrado ya en años era, hace cerca de cincuenta, en la época a que se remontan los recuerdos que de su persona conservo.

Entonces no le llamaban Pepe, sino D. José.

La variante familiar de este nombre empleáronla para designarle sus amigos de la niñez allá en su pueblo; pues es de advertir que este *tipo* no es de MI TIERRA. Si le doy entre éstos carta de naturaleza es porque él se la ganó con su prolongada residencia en aquella.

Fue ratón de sacristía en sus mocedades: le tiraba la Iglesia. Ofició primero de acólito; ayudó a decir misa y aprendió de memoria todas las oraciones de la misma, incluso las palabras místicas de la consagración. Cantó luego en el coro *Kiries y Laudes*; y de tal suerte se familiarizó con las ceremonias del culto y se posesionó de todo lo concerniente al ritual, que llegó a fingirse, en su fantasía, ministro del Señor; puesto que sin tonsura y sin las nociones más elementales de Teología y Cánones. Tampoco del latín sabía ni el *quis vel qui*.

En su deseo exaltado de ejercer el sacerdocio, más que por vocación y convencimiento, *pro pane lucrando* —medio de agenciarse los garbanzos, cómodo, descansado y sin quebraderos de cabeza, muy en armonía con su carácter— se le ocurrió, en una de las visitas pastorales que giraba a sus ovejas el Prelado diocesano, solicitar de éste monda y llanamente, le invitiese de las Sagradas Ordenes: “sólo, decía él, para tener derecho a decir una *misita redonda*”; y cobrar por ella, como es natural, digo yo, de los fieles devotos el consabido estipendio de las dos pesetas, del medio duro o del duro: según los grados de la fe de aquellos y el estado de sus bolsillos.

No entendió o no quiso entender el Obispo lo llano y sencillo del deseo del postulante, y no interpretó favorablemente a éste lo de la *redondez de la misita*

—que quizás tradujo por redondez de estómago— y contestó con un seco, “no ha lugar a lo solicitado”.

Como consecuencia de esta negativa, don José Placenta se fue alejando de la Iglesia, y trató de ganar por otros medios humanos el pan que por los divinos no le era dado procurarse.

Persistieron en él sus instintos ingénitos de roedor y siguió siendo ratón; sólo que varió de medio ambiente: dejó la sacristía por la escribanía.

A la atmósfera saturada de las emanaciones del incienso y de la cera, de los Santos y de las flores de trapo, de las sotanas, albas, sobrepellices y casullas, mezcladas con las que dejan tras sí las beatas y los beatos, diarios visitantes de la casa de Dios y sus dependencias, sustituyó la que es característica de esas habitaciones estrechas y poco aireadas en que, sobre las tablas sin pintar de mezquina estantería, yacen cubiertos de polvo y atacados por el microbio de la polilla cartapacios y legajos, y en que, junto a una mesa de *pintado pino* (como la del poeta), sobre la cual la tinta vertida dibuja continentes de mundos desconocidos, invadidos por un mar formado con residuos de salvaderas, se sientan el escribano y su pasante y, entre chupada y chupada de colilla muchas veces apagada y otras tantas encendida, y entre un bostezo y un gargajo, le dan a la mal cortada pluma y desuellan con ella media humanidad, dejando por puertas, cuando no sin vida, a la otra media.

Afinidades singulares existen, sin duda entre la gente de Iglesia y la gente de curia. No es nueva esta observación y en ella han coincidido todos los que hasta hoy dedicaron su ingenio y conocimiento a los estudios sociales.

En lo externo: de negro visten curas y escribas y fariseos; lucen traje talar en las ceremonias de sus ritos respectivos; y tanto tiene la toga de sotana o balandrán, como el boneto de birrete. La misma muceta cubre sus bustos cuando llegan a doctores, abstracción hecha del color de la tela.

En lo interno: intérpretes se llaman los primeros de la Ley divina y jueces en asuntos espirituales; sentencias dictan los segundos en los temporales e intérpretes son también, en virtud de títulos que no dan ciencia sino suficiencia, de las leyes humanas; y lo mismo tuercen, falsean y desfiguran y truncan la verdad y el derecho éstos en lo humano que aquellos en lo divino.

Dicho sea con la consideración debida a tan altas instituciones sociales y dejando a salvo las excepciones honrosas.

Estas afinidades latentes en la entidad moral de Placenta, fueron las que le llevaron de la Iglesia a la escribanía.

En la de un su complaciente amigo se pasaba las horas muertas desempolvando legajos, compulsando expedientes, desenterrando ab-intestatos y estudiando con atención minuciosa árboles genealógicos. Y con tanta discreción y tino se dedicó a la poda y selección de los brazos y ramas de alguno de éstos, que llegó a verle florecer y cargarse con abundante fruto. No logró cogerlo y saborearlo ¡pobre Placenta! pero consiguió ser durante algún tiempo el coco y la pesadilla de los pro-

pietarios todos de una isla, y tener en jaque a sus caciques grandes y pequeños. Pero en esto, como en todo, la política metió la..., y agostó el dorado fruto que, haciéndosele agua la boca, contemplaba D. José ya maduro y próximo a caer en sus endémicos bolsillos, convertido en onzas de oro, centenes, duros y pesetas.

El éxito desgraciado de este asunto, al cual dedicó durante muchos años toda su energía, inteligencia y actividad, y que constituyó su única esperanza de salvación en lo temporal después de su naufragio en la *misita redonda*, le hizo sufrir horriblemente y produjo en su espíritu y en su organismo, cansados y gastados ya en la brega continua del mísero vivir, el desfallecimiento y la muerte.

Dos fueron los fines de la existencia de Pepe Placenta: el poder decir una *misita redonda* y el sacar a flote del *maremágnun* de papel sellado en que estaba sumergida, una extensa e importantísima propiedad compuesta de varias fincas rústicas y urbanas.

Ninguno de ellos vio cumplido. En la persecución del primero se estrelló contra un obispo, en la del segundo contra un gobernante. La Iglesia y la política fueron los escollos en que zozobró nave con tanta habilidad y perseverante inteligencia dirigida.

Temibles son estos escollos: no extrañamos las desgracias de D. José.

* * *

Separa o divide las dos etapas importantes de la vida de Placenta, aquella en que pretendió cantar misa y la en que estuvo próximo a chuparse la hermosa breva de la higuera desenterrada por él de entre los mamotretos de una escribanía un claro o laguna en la cual encontramos algo digno de apuntar que pondrá más de relieve el ser moral de nuestro personaje.

No rompió abiertamente con la Iglesia, cuando la negativa del Obispo, y siguió cumpliendo ostensiblemente con los deberes de buen católico. Oía misa, confesaba y comulgaba; pero, poco a poco fue liberalizándose hasta que llegó, si a la manifestación de sus ideas hemos de dar crédito, al republicanismo rojo. No tuvo Barcía, Capdevilla y otros *ejusdem furfuris* de la revolución septembrina apóstol más ardiente de su credo.

Suponen algunos, y quizás estén en lo cierto, que este cambio radical operado en Placenta, obedeció a una necesidad de las circunstancias en que le colocaran el éxito desgraciado de su pretensión de cantar una *misita redonda*; y que fue en él algo así como un *modus vivendi* conveniente e indispensable a preparar el terreno en que más tarde había de operar.

Ladino y astuto supo encubrir sus no sanas intenciones con la máscara de la hipocresía y engañar, adulando, a aquellos que podrían serle útiles a la realización de sus propósitos ulteriores.

Sabía D. José ocultar la ruindad de éstos bajo un exterior plácido y complaciente y cubrirlos con el atractivo de un lenguaje suave y untuoso: frases con capa de almíbar y fondo de rejalgar, pronunciadas con dulce acento y ritmo cadencioso.

Empezaron entonces a significarse sus instintos de picapleitos y, llegada la sazón oportuna, se desarrollaron de manera rápida, dando muestras gallardas de la agudeza de su ingenio para provocar, defender y ganar litigios amañados y de mala ley.

* * *

A grandes rasgos dibujada hemos presentado al lector la fisonomía moral de Pepe Placenta. Para completar su personalidad intentemos retratarle tal cual era en lo físico, de cuerpo entero.

Más bien alto que bajo; busto desarrollado, sostenido por piernas delgadas; en su faz casi lampiña y siempre afeitada se retrataba la astucia y el recelo que se asomaban a las ventanas de unos ojillos grises pequeños, de pestañas escasas y cejas apenas determinadas: sí lo estaban, y bastante, la nariz y la boca, en la cual se dibujaba sonrisa indefinible.

Vestía de ordinario pantalones de lienzo blanco, chaleco de lo mismo y chaqueta de color obscuro; negro y ancho pañuelo se anudaba a su cuello, cubría su cabeza con alto sombrero de copa y gruesos zapatos de tres suelas resguardaban sus extremidades inferiores.

No sé si en su trato íntimo con la gente de iglesia contrajo el vicio inocente, puesto que no muy limpio, de tomar tabaco; pero, lo cierto es, que Placenta abusaba del negro y del verdino; y de ello daban muestras inequívocas sus chaleco y camisa, de continuo maculados con los residuos de esos polvos. Como es natural usaba pañuelo de esos que llamaban de hierbas (vulgo moqueros), propio para limpiarse las narices cuando el tabaco excitaba la mucosa; y era de notarse que el tal moquero no lo sacaba Placenta de bolsillo, sino que, siempre y cada vez que de él había menester, se quitaba el sombrero y de sus profundidades lo extraía; dejando con frecuencia por esta circunstancia al aire la cabeza cana.

Era muy parco en la acción al hablar, y sus frases las acompañaba sólo con la de su brazo derecho que movía, doblando los dedos meñique y anular de la mano correspondiente y dejando extendidos el índice y el del corazón con lo que parecía que repartía bendiciones: la mano izquierda la guardaba de continuo en el bolsillo de este lado de sus pantalones.

Fue Placenta hombre comunicativo y de muchos amigos; y en la época que pudiéramos llamar de transición de su vida, aquella en que se mostró revolucionario y hasta demagogo, tuvo la manía de recibir en su casa y de obsequiar a sus amigos con cenas y saraos.

Tristísimos y penosos fueron los días postreros de la existencia de D. José. Después del fin desastroso de su litigio contra una isla entera, se ausentó de ésta buscando en otra, que le fue conocida en su juventud, medios de subsistencia. No los encontró el infortunado; y viejo y achacoso, y casi en la indignencia, pagó su tributo a la Naturaleza.

LA DONCELLA

A mi buen amigo D. Enrique Sáenz. A Ud., amigo mío, destino La Doncella. Espero la acogerá con cariño y agasajo; ya que no por ella, por mí que le aprecio a Vd. de veras.

Por este *alias* la conocían todos.

Mujer entrada en carnes y en años; alta, frescachona, blanca y sonrosada, era la *doncella* un bocado apetitoso, a pesar de sus cuarenta bien cumplidos.

Este *tipo* es exótico como el anterior. Joven todavía se trasladó de su tierra a la mía y en ella vivió mucho tiempo hasta su muerte, acaecida hace más de siete lustros.

La Doncella la llamaban; y en verdad que su carácter y los rasgos de su fisonomía revelaban su doncellez y su virginidad de cuerpo y de espíritu. Franca e ingenua, descubría en su trato la inocencia y la pureza de su alma; y su frente y sus mejillas aterciopeladas —mezcla de leche y de sangre— y las lumbreras de sus ojos azules mortecinos, pregonando estaban las primeras, que los besos del amor carnal no las habían desflorado; que las llamaradas de la pasión jamás se habían a ellas asomado, las segundas.

Brillaban en la persona de *la doncella* el aseó y la pulcritud, y complacíase, más que por coquetería mujeril y por deseo de agradar, por dar satisfacción a una necesidad en ella ingénita, en presentarse siempre de veinte y cinco alfileres.

Ataviada con sus mejores galas, veíasela desde la noche a la mañana con aires de reina y soberana señora, tras del mostrador de su tienda, sin que el tráfico continuo de bajar y subir artículos de los andamios y el de otros servicios prestados a su parroquia, descompusiesen su tocado ni ajasen ni arrugasen los pliegos de su falda y demás accesorios de su traje. Como acabada de salir del tocador estaba *la doncella* al cerrar su establecimiento a las siete de la tarde. Nadie al verla a esa hora diría que hacía diez o doce, no cesaba en el movimiento incesante de

medir, de desenvolver y envolver, de desdoblar y doblar, de abrir y cerrar armarios, de contar dinero y de hacer apuntaciones; amén de estrechar las manos de las parroquianas sus amigas y de cambiar con éstas sendos pares de besos.

En el aliño de su persona ponía *la doncella* atención y cuidado minuciosos; y el aparecer siempre limpia y, hasta donde se lo permitía su fortuna, engalanada y lujosa, era su preocupación constante. Armonía perfecta guardaba el aspecto de la tienda con el de su dueña. Todo en aquella era arreglo, limpieza y buena disposición de los distintos efectos para la venta. Y puesto que estos fuesen muy variados y heterogéneos, *la doncella* tenía el arte de agruparlos por secciones y de formar con éstas un conjunto atractivo y agradable a la vista.

No reñían allí las cuarterolas y pipas de vino y de aguardiente con las cajas de azúcar; ni las golosinas de almendras, huevos &c., que en estante especial se exhibían para envidia y tormento de chicuelos, chocaban con las que en otro estante, en forma de cintas de seda, galones y trencillas de oro, encajes finos y vistosas flores de trapo o de cera, animaban los ojos de mozas y casadas y despertaban sus instintos naturales de coquetería.

Fue, según cuentan, *la doncella*, la primera que puso a la venta en mi pueblo el dulce zumo de la caña en polvo y piedras convertido, rebajándolo de su categoría de ingrediente de farmacia, hasta entonces, a la de artículo de consumo y vulgar y común. Supongo que de esta circunstancia ella se envanecería; como orgullosa se mostraba con ser la única en expender en el pueblo seda en hilo y en rama, pañuelos y encajes de lo mismo y otros primores de la industria de los laboriosos hijos de la isla en que nació.

Considerada *la doncella* como jefe y directora de un establecimiento comercial, sólo alabanzas y aplausos merece por sus aptitudes para desempeñar tal cargo y por la gracia y amabilidad con que acogía a sus *marchantes* y les hacía tragar, con frases dulces y melosas ponderativas de la excelencia de sus artículos, los que eran objeto de los deseos de aquellos. El o la que entraba en la tienda de *la doncella*, saltó de fijo con algunas pesetas de menos en el bolsillo o con cuenta abierta en los libros de la casa y, por añadidura, satisfecho de la locuacidad, afectuosa y de las atenciones de su simpática dueña.

Poseía *la doncella* el don especialísimo de eso que llaman los franceses *faire l'article*, y con tal ingenio y gracejo lo empleaba, que no cansaba ni molestaba el oír en sus labios los elogios hiperbólicos con que enaltecía las condiciones de bondad, baratura &c. de sus géneros.

Sus vinos y aguardientes, azúcares, velas y flores de cera; pañuelos, cintas y encajes de seda, galones y trenzas de oro, todo era, según ella, de calidad superior y... todo *doncello*. Sin duda quería expresar con esta palabra la legitimidad y pureza de las bebidas, la finura y delicadeza de los tejidos y la factura artística de las velas de era adoradas con flores de la misma materia. *Doncellos*, eran sus vinos y aguardientes, *doncello* el azúcar, *doncellos* pañuelos y encajes y *doncellos* flores y

velas; y doncella era ella también de hecho, confirmada por el pueblo y conocida en el mismo con este epíteto.

No abandonaba jamás *la doncella* su tienda en los días laborables y sólo en los de fiesta se la veía salir a misa y a paseo luciendo su cuerpo vistoso y en él galas de lujo a la moda de entonces.

La prenda más característica de su tocado era alto sombrero de fieltro adornado con cintas, plumas y flores, que formaban sobre su cabeza llamativo edificio. Cuando pasaba *la doncella* hombres, mujeres y niños se fijaban en ella y la admiraban.

Mujer y solterona tenía sus caprichos y manías: señalábase entre éstas la de coleccionar piezas de cobre de uno y dos maravedises de valor. Guardábalas en botijas; y un gran número llenas de aquellas, encontró a su muerte el que la heredó.

Vendiendo sus artículos *doncellos* y con su *gancho* especial para darles salida logró reunir *la doncella* fortuna considerable; y ya de edad muy avanzada se fue a la tierra con su doncellez, dejando grato recuerdo de su existencia en todos los que la conocieron y cultivaron su trato.

EL SEÑOR LUIS

A la Sociedad "Círculo de Amigos" de Arrecife.

Hijo de humildes labradores que en aparcería cultivaban una pequeña porción de las extensas e importantes heredades de una riquísima casa señorial de abolengo ilustre, pasó su niñez dedicado al pastoreo de cabras y de ovejas.

Y a fe que en ninguna de las Arcadias modernas habrá apacentado ganados pastor tan original y peregrino, así en lo corporal como en lo espiritual, como el Sr. Luis.

Era la encarnación verdadera de uno de los hijos legítimos de la región imaginaria con tanta verdad como gracia descrita por el novelista inglés Swift en sus "Viajes del Capitán Gulliver".

Muy reducidas las dimensiones del tronco y de las piernas; manos y pies pequeñitos, como los de una niña; cabeza también pequeña y el rostro dulce, atractivo, afeminado, constituía aquel organismo humano, en la pequeñez bien proporcionada de sus miembros, un ejemplar típico de los habitantes del país de Liliput.

Era el Sr. Luis un hombre en miniatura; pero un hombre en cuanto al carácter: en lo que respecta a la forma, una mujercita. Piel blanca y tersa; brazos y piernas con la plasticidad encantadora del sexo bello, de curvas suaves graciosamente onduladas. El pelo finísimo, como una seda, y muy lacio. Cejas arqueadas y estrechas; ni sombra de vello en las mejillas, barbilla y labio superior. Cuello corto; pecho espacioso, con morbideces y tetillas turgentes y desarrolladas. Las caderas y las partes posteriores del tronco bien determinadas; la voz atiplada, de timbre pastoso y acariciador al oído.

Cualquiera hubiese tomado al Sr. Luis por una de esas niñas en quien el desarrollo orgánico es prematuro, si las manifestaciones características del ente psicológico no desmintieran rotundamente lo que la plástica de su envoltura pregonaba.

Muy joven todavía, casi un niño —de 12 a 14 años—, acompañó a sus padres en una de las visitas que periódicamente hacían a la Señora, su ama, para

rendirle cuentas de su aparcería y ofrecerle algún modesto presente, como muestra y expresión de su cariño y respecto afectuoso. Costumbres patriarcales de antaño, hogaño caídas en desuso.

Ver las hijas de la dama —doncellas impúberes entonces— al hombrecito y que dar prendadas de su pequeñez y de sus gracias infantiles, todo fue uno con rogar a su madre que indicase al padre de aquel le dejase en casa en calidad, más que de sirviente, de compañero de los juegos y solaces propios de su edad y de su sexo, en el cual incluían al liliputiense.

Accedió, como era natural, el buen labriego a las primeras insinuaciones de su Señora, y hete aquí al Sr. Luis (así le llamaron más tarde) trasplantado de los valles y majadas que habían sido hasta entonces los limitados horizontes de su existencia libre e independiente, sin pasado, presente ni porvenir, a las estrechas exigencias de una vida para él completamente nueva en un hogar extraño; vida informada por costumbres y por usos antitéticos a los suyos propios, y por conveniencias, preocupaciones y miramientos de los cuales estaba ayuno.

Durillo y trabajoso debió de ser para aquel niño menudito, afeminado y con alma de hombre, el aprendizaje de los melindres e hipocresías de una educación culta y hasta refinada, entre damiselas que le consideraban sólo como muñeco, objeto de sus caprichos y de sus travesuras, y acaso como juguete propio a satisfacer curiosidades femeniles incipientes.

En esta escuela no se desarrolló el cuerpo, pues éste permaneció estacionario, pero se forjó el espíritu, se formó el carácter del pigmeo con los elementos constituyentes de su levadura primitiva, maleados quizás y pervertidos por las influencias del medio y por los accidentes y las circunstancias que mediaron en su trato y comunicación con las señoritas, sus maestras, y que él estimó tal vez vejatorias a su dignidad de hombre, aunque pequeño, y deprimentes de su condición de ser humano.

* * *

Pasó de la adolescencia a la edad viril sin que ninguno de los signos fisiológicos característicos de esta transición fuesen en él advertidos: pigmeo y niño era, y niño y pigmeo siguió siendo. La carne permaneció silenciosa, sin una sola manifestación de sus apetitos.

Las señoritas a quienes sirviera de entretenimiento, llegaron a la edad en que cada una había de echar el ojo a otro muñeco a más altos fines destinados; y, conseguido, pasaron todas, o casi todas, a nuevo estado (una sola permaneció en el honesto) y abandonaron la casa materna; desde muy niñas estaban huérfanas de padre.

Al Sr. Luis se le destinó entonces a la fácil y poca molesta comisión de llevar, cuando ocurría, algún recado a quien era menester; y a la, para el pigmeo muy

agradable, de ir dos veces por semana, caballero en un asno, a este servicio destinado exclusivamente, a traer de una hermosa hacienda que la Señora poseía en un pueblo de campo cercano, frutas y hortalizas para el regalo de la casa.

Sobre el pollino, gordo y reluciente por los cuidados y atenciones del que le montaba, enjaezado con primor y llevando sobre la silla limpias alforjas tejidas en el país con lana teñida de colores vistosos, formando caprichosos dibujos, se ostentaba orgulloso el pigmeo. Y a fe que cabalgaba en él gallardamente y que era un jinete consumado, a pesar de lo corto de sus piernas.

Gustábase al Sr. Luis llevar siempre al galope su montura, y con el látigo y la espuela le estimulaba de continuo y también con ciertas cosquillas demasiado expresivas que, con una punta acerada en que terminaba el mango de su latiguillo, le hacía en la cruz de los remos delanteros. El borrico protestó en un principio, con brincos, coces y otros excesos, de las punzantes intimaciones de su caballero; pero, convencido al cabo de que era inútil, y de que éste no caía, ni cedía, se vio obligado a obedecer y a ir siempre a la carrera.

Cierto es que el jumento debía a su dueño, pues por tal tenía al Sr. Luis cuidados singulares y hasta mimos. El pigmeo no le dejaba de la mano, y a diario dedicaba lo menos una hora a su aseo y compostura, con almohaza, cepillo y esponja; cuidaba de que no faltase nunca en su pesebre la fina paja o la hierba; de darle a sus horas ración más substanciosa, y de regalarle de cuando en cuando con alguna que otra golosina: mendruguillo de pan, mazorca de maíz tierno o terroncillo de azúcar.

El cuadrúpedo no pudo menos que mostrarse agradecido a tantas y tan señaladas muestras de deferencia y llegó a encariñarse con el hombrecito, manifestándole sus sentimientos con rebuznos entusiastas, siempre y cada vez que a la cuadra le sentía acercarse; con miradas tiernas y amorosas, cuando delante le tenía, y con esos movimientos de contracción de los belfos, simuladores de la risa en estos tan sufridos como útiles mamíferos paquidermos, y expresivos de su alegría y satisfacción.

* * *

Por esta época se acentuaron y determinaron en el Sr. Luis las características de su ente psicológico, y se mostró tal cual era o le habían hecho las circunstancias de su vida de pastor libre e independiente, primero, de juguete, más tarde, de niñas mimadas y voluntariosas.

Mostrábase con todos uraño y adusto y dejaba ver sentimiento invencible de aversión hacia los niños. Extremaba este sentimiento con las mujeres. No toleraba broma alguna de las criadas de la casa o de las amigas de éstas; y cuando trataban de hacerle algún halago o manifestación afectuosa montaba en cólera y las prodigaba los más duros o infamantes epítetos. Tendría conciencia, sin duda, de

su impotencia física para satisfacer los deseos o apetitos que en la mujer pudiese despertar, y al sentirse solicitado por ésta recrudeceríase la irritación que esa impotencia le ocasionara y como ofensa o injuria consideraría las insinuaciones amorosas de seres cuya existencia juzgaba inútil, y cuyo trato y comunicación íntimos lejos de tener para él aliciente y atractivo, le rebajaba y humillaba a sus propios ojos.

Difícil es determinar y puntualizar las sensaciones que en el corazón del pigmeo se desarrollarían al contacto de una hembra, pero lo cierto es que, por lo menos en la apariencia, se traducían en desvío y malquerencia.

Visitaba con algunos amigos una taberna vecina a la casa de su ama; y de estas visitas y amistades resultaron *alegrías y chispas* que el bueno del Sr. Luis cogía muy a menudo en los últimos años de su existencia.

Tenía la embriaguez quisquillosa y pendenciera, y era de ver al hombrecillo, dando traspiés, arremeter látigo en mano contra los granujas que, cuando le veían calamocano, le apostrofaban con algún apodo o le tiraban piedras. Si en ese estado de embriaguez se juzgaba lastimado u ofendido por algún hombre, así fuera más alto y forzado que un Goliat, nuestro pigmeo no se achicaba por eso, tiraba de un cuchillo pequeño, pero muy afilado, que con vaina de suela llevaba siempre a la cintura, sujeto entre ésta y la pretina del pantalón, y muchas veces la comedia hubiera terminado en tragedia a no huir el ofensor o a no mediar en el lance las personas presentes.

Cuando estaba embargado por el alcohol no conocía a nadie, ni a nadie respetaba; excepción hecha de la Señora su ama, cuyas reprimendas oía humilde y cabizbajo y con señales de arrepentimiento, hasta que lloraba amargamente y la borrachera se resolvía por la vía húmeda: quiero decir, por la vía de las lágrimas.

También respetaba y temía a un sacerdote que ejercía en la casa de su Señora funciones de administrador, el cual solía de vez en cuando amonestarle, de obra más que de palabra, con argumentos contundentes y convincentes.

Vivió muchos años el Sr. Luis sin sentir cariño a ningún ser humano; todos sus afectos los reconcentró en su asno y en un perrillo que no se separaba nunca de su lado y a quien puso por nombre *Poeta*. *Poeta* y el jumento fueron sus únicos amigos y compañeros, y como a tales les trataba.

No sé a punto fijo que edad tendría el pigmeo cuando murió —cincuenta años, poco más o menos—, pero sí sé que fue en lo externo y en lo interno hasta su muerte, lo que había sido desde su juventud: enemigo de las mujeres y de los niños.

Sus razones tendría para ello el Sr. Luis.

Nota al Tipo Sr. Luis

Este Tipo, estudiado y escrito hace ya cinco o seis años, estaba destinado por su autor a figurar el primero entre los de esta serie. Teníale aquel en particular cariño —tal vez por ser su primogénito— y era su predilecto.

Cuando trató de realizar su propósito de dar a la estampa este libro, buscó entre sus papeles las cuartillas de este Tipo, y no las halló: habían desaparecido. El Tipo se perdió y apenas si quedaban de él en la memoria de su copista reminiscencias confusas del ente fisiológico y psicológico y sólo vaguedades de la forma externa con que le determinara y diera vida y realidad literarias.

Mucho contrarió este extravío al autor, y decidido estaba ya a que se perdiese por siempre el recuerdo del original, con la desaparición no muy lejana de los pocos seres que le conocieron y que, ya en la segunda mitad de la existencia, a la muerte se van aproximando, cuando se despertó en él, por efecto sin duda de la contrariedad sufrida o por influencias del cariño que le inspirara su primera copia, recrudescido y avivado por la pérdida, afán ardiente y deseo punzante de hacer revivir el Tipo en estas páginas.

Seguro está el escritor de que este segundo traslado no se aproximará al primero en arte y en verdad. Que no logrará dar en el presente al Tipo la pristina gracia y el encanto que tal vez consiguió darle, y el lector quizás le hubiese encontrado, en el que desapareció; pero, si no realizara su intento de reproducción, quedarle en su conciencia algo así como remordimiento. Tal vez llegaría a fingirse, por un extravío de su imaginación excitada por la violencia impuesta a su voluntad, que había dado muerte a uno de sus hijos.

No resiste, pues, a los mandatos imperiosos de su ser; y haciendo revivir en su memoria al Sr. Luis, le da o intenta darle calor, vida y forma tangible en las presentes líneas.

Fíjese el lector en esta nota y, si le pareciera, prescinda de la lectura del Tipo.

UNA SÚPLICA

Carísima lectora, lector estimadísimo: a vosotros los que me hayais dispensado la gracia de comprar este libro, ruégoos encarecidamente no lo presteis a persona alguna. Los aficionados a leer obras que otro ha pagado, son entes que no merecen consideración, ni aprecio: azote de los ingenios y plaga de las repúblicas. No desatendais mi demanda.

EL AUTOR

Los autores de este libro han tratado de presentar un panorama general de la historia de la literatura española, desde sus orígenes hasta el presente. El objetivo principal es ofrecer una visión clara y concisa de los principales autores, obras y movimientos literarios que han conformado la tradición literaria de España. Este libro pretende ser una herramienta útil para estudiantes y lectores interesados en comprender la evolución y el significado de la literatura española a lo largo de los siglos.

123



MIGUEL PEREYRA DE ARMAS

(Arrecife de Lanzarote 1841-Santa Cruz de Tenerife 1908)

Escritor, periodista, crítico teatral, traductor, profesor de francés y matemáticas, defensor de ideales liberales y profundo conocedor de la literatura y de la cultura de su época. Estuvo vinculado al grupo de intelectuales, políticos, colaboradores de la prensa, escritores y eruditos lanzaroteños como Antonio M^a Manrique, Antonio, Tomás y Elías Zerolo Herrera, Benito Pérez Armas, Isaac Viera, José Betancort Cabrera (Ángel Guerra), Francisco Fernández de Bethencourt, así como con otras muchas personalidades canarias de su época como José Tabares Bartlett, Guillermo y Patricio Perera, Domingo J. Manrique, Rafael Martín Fdz. Neda, Diego Crosa, Nicolás Estévez, Franchy Roca, Mesa y López, Francisco González Díaz, Santiago Beyro, Arturo Sarmiento, Antonio Goya, Adolfo Febles y Mora, Luis y Agustín Millares Cubas.

Escribió *Tipos de mi tierra*, un conjunto de «cuadros al natural» dentro a la estética del regionalismo de finales del siglo XIX y principios del XX, aunque su prosa se deja seducir por un interesante sesgo vinculado al naturalismo literario. Como profundo conocedor de la escena dramática nos dejó el ensayo *Un cuarto a espadas*, amén de artículos periodísticos en la prensa regional, traducciones del francés y colaboraciones culturales como conferenciante de excepción y animador de concursos literarios.

SERVICIO DE PUBLICACIONES
CENTRO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS

LIBRERIA CANAIMA S.L.

84-95938-01-4
TIPOS DE MI TIERRA
19-Jun-02
Referencia:LE00015 00
044 TEHAS CANARIOS